BIBLIOTECA DE "LA RAZON"
VOLUMEN I

9 Conferencias dadas en Santiago

(CHILE)

POR

BELÉN DE SÁRRAGA

EDITADAS POR EL DIARIO RADICAL

LA RAZON

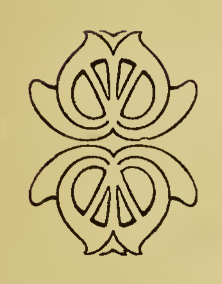
PRIMERA EDICION: 10,000 EJEMPLARES

Imprenta y Encuadernación VICTORIA, Nataniel 65

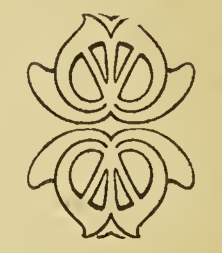
BIBLIOTECA DE "LA RAZON".—VOLUMEN 1.

Belén de Sárraga

CONFERENCIAS

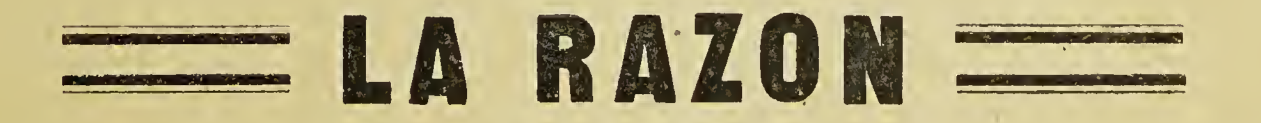


Sociológicas y de Crítica Religiosa, dadas en Santiago de Chile en Enero y Febrero de 1913 seguidas de sus Críticas, por



FEDERICO R. TONDA

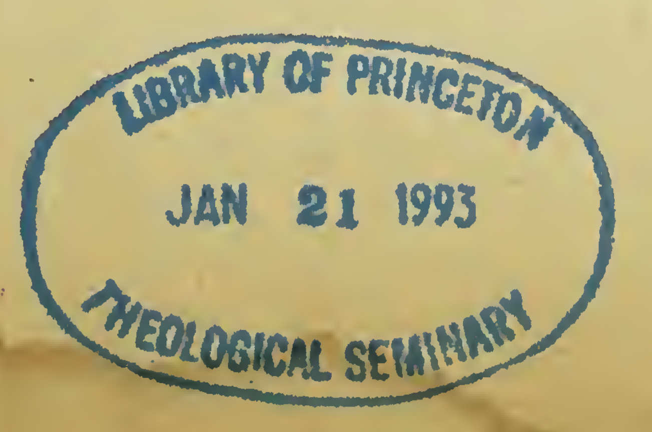
EDITADAS POR EL DIARIO RADICAL



PRIMERA EDICION: 10,000 EJEMPLARES

-1913-

Santiago de Chile
IMPRENTA "VICTORIA"
65-Nataniel Cox-65





CARLOS RIVERA
Director de "LA RAZÓN" que ha sostenido toda la campaña en pró de la eminente conferencista.

Belén de Sárraga

FEDERICO R. TONDA
Redactor de "LA RAZÓN" autor de las Críticas que acompañan a cada conferencia.



INTRODUCCION

CHILE ha sido, por razones de raza y de juventud, uno de los reductos predilectos de Roma. Sus hijos, siguiendo la tradición, aceptan la religión católica sin darse la molestia de pensar siquiera, en la razón determinante de aquella aceptación.

Es así cómo los fieles de tal religión son, casi en su totalidad, inconscientes.

Son católicos *porque sí*; pero si se les preguntara, cuáles son las bases, cuáles las tendencias, cuáles las características, cuál la historia del catolicismo, seguramente se encogerían de hombros y dirían, como el Manolo del cuento: «*Eso... vaya, no hay para qué saberlo*»

Y en realidad, es preferible, mil veces preferible para los ministros del catolicismo, que la historia de su religión permanezca ignorada; que el mundo no se dé cuenta de la defraudación que ella significa para el antiguo cristianismo; que no se palpe la metamórfosis sufrida por aquella idea eminentemente social y redentora que desparramara el Nazareno, y que hoy no es más que un sucio sistema empleado por una

turba de audaces e hipócritas, para esplotar la ignorancia de los pueblos.

Y fué en estas circunstancias, en que el país soportaba sumiso un yugo mil veces odioso, cuando llegó a nuestra capital la eminente conferencista libre-pensadora Belén de Sárraga, trayéndonos con su palabra convincente y pletórica de verdades, el primer sacudimiento de rebeldía que levantará mañana a las multitudes en un formidable grito de protesta.

Belén de Sárraga ha venido a decirnos cuál es el mal, cuál es el más grave de los males que aqueja a nuestro organismo social. Ha puesto la mano sobre el flemón; y estrechándolo y oprimiéndolo con altivez y valentía ha conseguido hacerle reventar, en fuerza de su propio vírus.

Y la máscara bajo la cual encubrieran hipócritamente sus desnudeces asquerosas, sus bajas pasiones, sus estafas y sus crímenes, ha caído! El pueblo que ha escuchado a la señora de Sárraga, ha comprendido que se le estaba esplotando; y se retira a su Dios en las fuerzas vivas de la Naturaleza, a ese Dios que no necesita de altares ni de víctimas en holocausto, ni de representantes que vivan a costa del trabajo ageno, ni de obispos y papas, que ostenten diamantes y pedrerías amasadas con el sudor y las lágrimas de los pueblos.

Belén de Sárraga ha sembrado entre nosotros la semilla de la reivindicación. Su paso por Chile significa para los chilenos, lo que la aurora para las tinieblas de la noche: el advenimiento de la luz, de esa luz meridiana a cuyo contacto las mentiras y los prejuicios relijiosos se esfuman, los templos y los ídolos se derrumban al peso de la realidad que sucede a la fantasía, y la naturaleza aparece esplendorosa, radiante de poesía, alzando hasta el infinito un Himno a la Ciencia que avanza, y a la verdad qne se adueña del mundo.

¡Sigue adelante, infatigable sembradora de las nuevas ideas, con esa valentía propia de los grandes predestinados, y

con esa abnegación característica en los apóstoles de una idea de depuración y de justicia social!

Sigue adelante; y el triunfo coronará tus ánsias de regeneración, y refrescará tu corazón atormentado por las lágrimas de tus hermanos que se debaten dolorosamente en la ignorancia, sintiendo los horrores del hambre y de las esplotaciones inicuas, y la amenaza de un castigo eterno para después de la muerte...

Sigue impertérrita en tu hermosa, en tu nobilísima tarea. Nada, ni nadie podrá detenerte, porque tus ideas están ya palpitando en el ambiente, alentando dentro del corazón de las multitudes, y abriendo al cerebro nuevos y luminosos horizontes.

Este pueblo esforzado y sumiso, esta víctima resignada de todas las injusticias sociales, esperaba, cual nuevo Lázaro, la voz que le dijera: «Levántate y anda».

Alfredo Ilabaca León





Primera Conferencia

Trayectorias Humanas

Debo, señores, después del agradecimiento a las frases elogiosas con que la persona encargada de presentarme ante vosotros ha adornado mi modestísima labor, debo dirigir mis primeras palabras con un saludo, el más ferviente y el más sincero hacia el pueblo de Chile, representado aquí en todas sus clases y en todas sus manifestaciones de actividad; en sus clases intelectuales, por la prensa y por esa juventud estudiosa cuya palabra acaba de dejarse oir en este sitio, (*se refiere la conferencista al discurso de presentación que leyó el señor Presidente de la Federación de Estudiantes*); con sus clases populares, por esos brazos del trabajador, el agente activo y el agente poderoso de todos los pueblos; hacia este Chile, señores, que en unión del país vecino, de esa Argentina que sólo vive separada de Chile, por una cadena de montañas, llegará un día, tal vez no muy lejano, en que sean el eje del movimiento intelectual que debe traer libertad y progreso a la América.

Sirva mi saludo también a la mujer chilena, a quien en primer término van dirijidas mis conferencias, sin que esto indique que yo quiero establecer aquí una distinción por un sexo; para mí, señores, todos los seres han nacido para procurar el progreso y la felicidad de la humanidad.

Hemos de recordar también que os unen a vosotros, hijos de esta tierra chilena, conmigo, hija de la tierra española, vínculos de sangre; estrechos vínculos de raza; más si esto no fuere suficiente, también el respeto que me merece la Historia de Chile, escrita en páginas gloriosas de esas razas aborígenes, en donde el progreso se manifiesta ya con vuelos de

águila, con magníficos vuelos. A vosotros, señores, con los afectos de la raza, como digo, el recuerdo de estas generaciones vivas que son sangre española mezclada con raza araucana y que vienen a dar a estas tierras americanas, con la raza nueva, fecundidad y fuerza para las grandes empresas, para las grandes conquistas, señores, con que sueña el progreso y la libertad moderna.

Y, después de esta manifestación, no me presento, pues, a vosotros, como una extranjera que pide hospitalidad en suelo extraño; yo llego hasta vosotros como una hermana por la sangre y como una compañera por la causa, que viene a visitar a aquellos compañeros suyos que con ella concuerdan para realizar unidos una obra que interesa al elemento popular y que le interesa en esencia y en la forma, a la expresión de la conciencia pública.

Hubo un tiempo señores, en que necesidades de la época y por exigencias de la Conquista, sólo vinieron a las tierras americanas soldados conquistadores y sacerdotes que les acompañaban con el crucifijo en la mano. Pasaron aquellos tiempos de conquista: surgieron las libertades americanas y hoy los españoles que vienen aquí, no vienen en nombre de una religión, ni vienen siquiera en nombre de un gobierno determinado. Vienen en nombre de algo que es superior a todo: vienen en nombre del trabajo y de las energías populares, que dan fuerza a este pueblo y conquistan en todos un sentimiento de solidaridad, y hacen que en el progreso americano surja al mismo tiempo, el imperio de la fuerza de la raza que aquí nace, la cooperación, y el entusiasmo de los brillantes apostolados españoles.

Más aparte de todo esto, señores, yo debo también antes de comenzar mi tarea, alguna otra expresión de los sentimientos, de las ideas que aquí me han traido y que me harán por algún tiempo convivir con vosotros. Aparte de esa patria chica, de ese concepto de la patria que todos poseemos y que todos amamos, aparte del sentimiento de esa patria que tiene para nosotros los recuerdos de la infancia, los afectos de los primeros sentimientos que en nosotros surgen, los recuerdos que no acaban nunca, los besos de la madre y los sentimientos expresivos del primero y más puro de los amores; aparte de ese sentimiento poderoso, señores, que existe en todos nosotros, absolutamente en todos, como afecto, como respeto y como recuerdo sagrado de nuestra infancia, existe entre los hombres de ideas progresivas, entre los corazones entregados a la libertad, entre las conciencias que ya vuelan por mundos superiores, entre los cerebros, señores, en que se agitan las notabilísimas ideas de redención, existe otra Patria grande, inmensa, que no tiene frontera, tan grande señores, tan inmensa y tan infinita como la idea que ella cobija. Inmensa, porque recoje a todas las patrias; infinita porque recoje todas las grandes ideas. En esa gran Patria,

señores, en la Patria del ideal, en la Patria de los grandes ideales de progreso comulgamos todos nosotros, convivimos todos nosotros los de diversas razas, los de diversos pueblos, los de diversos continentes; y en esa Patria, señores, que es la Patria de la Ciencia, que es la Patria del Progreso, que es la Patria de la Justicia, que es la Patria del Pensamiento Libre, en esa Patria, señores, yo no puedo ser extranjera ante vosotros, ni lo sois vosotros ante mí, porque por encima de los mares y a despecho de los continentes, los grandes corazones se unen, con el entusiasmo del amor a las grandes ideas y sentimientos fundamentales, en el amor a los pueblos y en el amor de las libertades populares.

Precisamente, señores, por ese grande amor a la Patria infinita de la idea, por ese grande amor a la Libertad del Pensamiento, por ese sentimiento infinito que nos hace desear, que nos hace concebir algo más grande, algo más equitativo y más justo todavía, algo suficientemente superior a aquello que concibiera el pensamiento en su raudo vuelo, en busca de sublimes ideas; para ese pensamiento, he venido entre vosotros, y es por eso señores, que he querido tomar para esta mi primera conferencia, para esta mi primera conversación entre vosotros, algo que afecta, porque debe determinar la base de mis conversaciones sucesivas, a esa libertad del pensamiento, esa imposición del pensamiento que nosotros amamos y que nosotros defendemos.

Cuando vemos que los pueblos aspiran a una cantidad mayor de libertad, cuando vemos que los estados constituídos toman en cuenta la opinión pública, cuando llegamos a esta conclusión en política y en sociología, cuando vemos transformados los viejos moldes en que la Sociedad se formara, entonces falta el hombre que piensa.

En esta conclusión, en que se establece la diferencia del mundo que fué y el que será, estudiaremos las varias trayectorias, no deteniéndonos en cada una de ellas, porque, con la evolución del hombre y del mundo intelectual, sucede lo que con el arco íris; sería muy difícil determinar dónde termina un color y dónde empieza el otro; sería muy difícil determinar, dónde empieza o termina cada una de las épocas evolutivas. Si se determina cuáles han sido las partes que obligaron a marchar i cuáles los agentes que siendo útiles son ahora perjudiciales, podríamos determinar 3 grandes grupos que se desenvuelven a través de los años: El 1.°, en donde aparece el hombre-niño, todavía sin inteligencia formada; el 2.°, es aquel en que los hombres y las masas sienten el anhelo de servir, presienten ya las causas de la vida y el 3.° es éste, que no ha terminado todavía, es este, en que el hombre no se contenta con servir, sino que ha conseguido crear.

Os hablaré señores, en esta primera conferencia, del hombre que conocéis; os hablaré del hombre primitivo tal como la Sociedad lo acepta; os

hablaré de aquel hombre insignificante, débil, de cerebro rudimentario. Débil, no porque lo fuera físicamente, sino porque no conocía los medios de defenderse de la Naturaleza; de cerebro rudimentario, señores, perdido en las selvas de las primeras edades, enfrente de una naturaleza salvaje, que de nada podía protejerlo, e ignorando señores, también cómo debía defenderse, cómo debía recojer, acallar y dominar aquellas fuerzas de la Naturaleza y cómo en suma, podría él, desarrollando su cerebro, llegar a ser como lo han sido los hombres de nuestros días, verdaderos dominadores, verdaderos soberanos de las mismas leyes naturales.

Aquel hombre perdido en las sinuosidades de las selvas, desconocía todo por completo; era el hombre niño, era el hombre cuyo cerebro todavía dormía en la cuna arrullado solamente por los gritos y las manifestaciones de una Naturaleza absolutamente salvaje y en vano aquel hombre que nada sabía y que nada conocía y que nada podía preveer, miraba en torno suyo para buscar algo que lo protejieso; solamente encontraba las fieras que le despedazaban, aquellos otros animales pequeños que eran el fruto, que eran el único alimento de los unos y de los otros; en vano él buscaba por todas partes algo que le defendiese de aquellas fuerzas naturales: observaba, porque nada sabía; nada podía obtener, porque nada conocía aún; y fué entonces, señores, fué en aquella época en que el hombre mirando por primera vez cuanto le rodeaba, apenas con discernimiento suficiente para poder razonar sobre lo real y lo ficticio, miraba hacia arriba, y veía como se desenvolvían las grandes fuerzas naturales y llegó a sospechar, viendo como el sol se levantaba un día (y ascendía hacia el horizonte; como se resplandecía la tierra y hasta los animales se alegraban y parecía que hasta la propia naturaleza sonreía en sus flores y sentía el hombre el calor de los rayos solares y parecía que su mirada se alegraba también; y mirando más tarde, señores, como el sol cruzaba el horizonte, como el sol se ocultaba en el espacio y volvía la noche y con la noche la obscuridad, y con la obscuridad los temores y con los temores los inmensos peligros para el hombre, llegó un momento en que, lógicamente, el hombre miró hacia lo alto y comprendió todo el principio de su devoción, en aquello que era para él la expresión de una divinidad, puesto que era la manifestación del poder y de la fuerza: el hombre adoró al sol porque en su infantil comprensión, no podía imaginar sino un ser sobrenatural, algo superior a él, que tenía el poder de levantarse y dar con su encumbramiento, vida, y tenía el poder de ocultarse y dar con su ocultación las tristezas y los temores para el hombre; y surgió entonces con el primer sentimiento de la divinidad, con el primer sentimiento que no era todavía la fé, que erá sencillamente el temor, surgió también la primera devoción del hombre: surgió la oración primitiva, la oración que se ensanchó mas tarde cuando el hombre tuvo

más necesidades; oración que al través de los siglos no fué solamente elevada al sol, se concretó mas tarde en algo que del sol emanaba.

Vino señores, la creación, la aparición en la tierra, del fuego, hermoso misterio para el hombre, misterio que para nosotros nada significa y que fué para el hombre primitivo como el descubrimiento, como la magnificencia de todo el poderío celeste que bajaba hasta la tierra para redimirla.

¿Cómo se inicia, señores, en la tierra la primera línea de fuego? ¿fué acaso un rayo de sol que encendió la hoguera? ¿fué tal vez el roce impensado de un pedernal con la rama seca?

Fuere lo que fuere, la chispa de fuego surgió; con el fuego, el primer descubrimiento para el hombre: vió en el fuego retratados todos los atributos de su dios primitivo. Era el fuego el que calentaba, el que tenía luz y calor como el sol y entonces el hombre llamó al fuego el hijo primogénito de su padre, llamó al fuego el hijo de Dios que venía a la tierra para redimir al hombre; y cuando el viento, moviendo la hojarasca, la hacía producir la llama, creó el hombre la tercera persona de la divinidad: el aire; el espíritu de Dios dimanando desde lo alto, venía a agitar en su marcha al niño Dios, para hacerlo fuerte y dar con él al hombre la redención que necesitaba.

Tal fué señores, la manifestación primitiva, tal fué señores, aquella trinidad que hoy miramos con los ojos con que se vé las bellas pinturas que nada de raro significan, que hoy escuchamos como se escucha el canto de la poesía lejana que aún nos agrada por sus tonos y por sus melodías, pero grande señores, en su concepción, grandes señores, a través de los siglos, mil veces más grande que aquellas otras trinidades antropoformas que vinieron más tarde a imponerse en las religiones; por que si estas trinidades, señores, dan a Dios una forma de hombre y le dan con esa forma los atributos humanos, las faltas humanas, en cambio esa otra trinidad con que soñaba un pueblo niño que despertaba a la vida de la razón, aquella trinidad, poseía todas las poesías primitivas del hombre en la cuna de la bella poesía del Oriente, en cambio señores, el misterio de las grandes cosas encarna el propio misterio de la vida, porque mientras aquí es solo un Dios antropoformo el que se muestra como pendón de enganche para dominar las conciencias, allá señores, es por la intuición del hombre que busca los elementos de la Naturaleza y va a adorar la vida en todas sus grandes y soberanas manifestaciones.

A este sentimiento religioso se debe la influencia benéfica que preside el primer tipo de religión. Sus sacerdotes son sin discrepancia, hombres superiores.

En esa infancia humana, ellos son los que especulan ya con los principios científicos. Los vemos encausar el movimiento humano y vemos aquellos grupos de hombres dar los primeros pasos para la realización del

rendimiento del genio, por mandato de la divinidad. Después forma el arte a impulsos de ese sentimiento religioso; vemos levantarse todas esas maravillas que nos hacen admirar aquellas antiguas ciudades; vemos obras que nos asombran, como las pirámides de Egipto; vemos también, hacer cálculos matemáticos, y cuando el pueblo pregunta, asombrado de ello, entonces se le contesta que todo es debido a la voluntad de Dios; y es también, a impulsos de este mismo sentimiento religioso, que tiene nacimiento la misma filosofía. Más, la filosofía, que se desenvuelve en la Grecia, que reune unos cuantos hombres y hace que empiece a divulgarse la metafísica, se oculta al pueblo, porque también es miedosa...

Cuando la propia filosofía nace del sentimiento religioso, y cuando se desprende de la religión, entonces esta evoluciona y sigue el camino de aquella.

La Libertad no en vano es el estado natural del hombre: donde se observa una opresión, se encuentra una perseverante rebeldía: tapad sino la boca, el cráter de un volcán, y veréis la tierra abrirse en derrededor por diferentes partes; así el hombre podrá humillarse, podrá seguir arrastrando la cadena, pero cuando menos se piensa la Libertad levantará bandera.

Cuando el pueblo sueña por la liberación de los suyos, en el corazon de las grandes masas van naciendo esas ideas.

Es entonces cuando se realiza, es entonces cuando se abre una nueva trayectoria del pensamiento humano. Y quiero referirme ahora al cristianismo social, de pensamientos grandes, que ya tiene la noción de lo que han de ser las libertades que nosotros concebimos; de aquel cristianismo que une en un estrecho abrazo, para la idea común, a ricos y pobres; que une para no ser atrapados por los zarpasos de la fiera, que une en un compañerismo admirable, al esclavo y al Señor; es de ese cristianismo que habla por primera vez de la igualdad social, es de ese cristianismo que tiene mucho más de humano que de divino, que tiene más de aplicable; y si es callada esta libertad por los enemigos de ella, es porque no pueden ver las realidades de la tierra. Por eso el Dios creado por el cristianismo no se parece al Dios creado por los religiosos.

El Dios de Jesús, de los cristianos, no castiga, perdona; no es Señor, es el Padre; no tiene la venganza en su mano, tiene la palabra de amor.

La sociología presciente la igualdad; representa vivamente la igualdad del espíritu humano y en ella se congregan hombres de todas las razas y de todas las clases. Ese Dios en forma humana, no tiene altares, y por lo tanto, no paga altares.

El Estado sabe que en aquella luz hay una abjuración, vé un verdadero peligro para la Sociedad, y se une al sacerdote para perseguir el cristianismo. Mas, cuando a pesar de todo, por cada uno de los cristianos que mueren, se levantan cien, cuando el Estado vé que no puede triunfar so-

bre el cristianismo, entonces un Constantino ocupa el primer puesto, se le coloca a la cabeza de esa religión y la transforma al catolicismo, haciéndola religión del Estado.

Es por eso que la iglesia habla hoy de ese *grande* que le dió paz y libertad; sí, le dió paz... pero esa paz fué la señal de guerra para todos los que no tenían sentimientos católicos. Es entonces cuando podemos decir que el cristianismo muere. Aquella idea hermosa, que buscaba el culto en la relación de las buenas obras, el antiguo culto se refunde con el moderno.

Vienen después los nuevos dioses; la propia diosa Isis, revuelve sobre sus piés la media luna y sirve de diosa en la religión nueva i el sacerdote toma el hábito de los viejos sacerdotes egipcios.

Cuando veo yo aquella grandiosa manifestación cristiana, cuando admiro aquellos hombres y los veo morir a mano armada y que no quedan más, recuerdo aquella narración bíblica, cuando Judas besa a Jesús. Lo mismo hace Constantino. Al abrazar el cristianismo, lo hace morir. Entonces, puede decirse, de aquella trayectoria de investigación que surje en Grecia, que el pensamiento humano en esta nueva trayectoria, tiene en frente de él, al sacerdocio, que se reconoce enemigo de la ciencia.

Y no pasan cuatro siglos cuando es destruída la biblioteca de Alejandría; no pasa mucho tiempo en que la religión declara reos de Estado a Pensadores y Filósofos. Todos recordarán esa época terrible, aquella *noche de diez siglos*, época en que el pensamiento humano desea grandes conquistas científicas y se vé detenido. Todos conocen hechos más positivos, todos conocen lo de la conquista de los árabes; es aquella época en que Granada cae en poder de los reyes católicos.

A pesar de que todo se opone al desenvolvimiento de la Ciencia, vemos cómo ésta se desenvuelve para levantar más tarde su bandera libertadora. Hubo un momento en que el sacerdocio declaró inútil la Ciencia. Dios lo había hecho todo y el hombre no podía investigarlo.

Fué entonces cuando declaró que la tierra era un plano inclinado. Un día es Copérnico, el que en su célebre teoría y en su libro de «La Revolución de los astros» dice que la tierra es un simple planeta que gira al rededor del sol, entonces la maldición cae sobre su tumba.

Cierto día es un monje, es Galiléo, el que recoje el anteojo y mira el movimiento de la tierra, más tarde por su debilidad física, abjura con las manos sobre el Evangelio. Pero se conoce su célebre frase «sin embargo se mueve». Después Giordano Bruno, toma el anteojo, descubre las constelaciones, contempla las bellezas siderales, etc., deja el anteojo, y cae esa religión anonadada por la falsedad.

Pero si el dogma religioso muere, surje otra religión: la de la eterna vida del progreso y de la materia. Nadie recuerda hoy los nombres de los

que condenaron a Copérnico, Galileo y Giordano Bruno, pero el nombre de ellos está grabado en todos, y la estátua del último se levanta en Roma frente a la puerta del vaticano con el emblema de la Ciencia. Por lo demas, gocemos con estos triunfos, que hasta los propios adversarios aceptan como buenos.

Un día, un hombre, Colón, buscando el paso para las Indias, descubrió un nuevo mundo. La religión se negaba a concebir la creación del continente nuevo. Noé no había tenido más que tres hijos para poblar los tres continentes y si América existiera, Noé habría de tener un cuarto hijo. Y esto, sin embargo, no ha sido obstáculo para la inmigrarión religiosa, la que viene a América, no en míseras arcas, sino en lujosos y cómodos transatlánticos, en busca del vellocino de oro.

Otra vez el rayo pasó a manos de los dioses católicos y debe caer sobre el fango de los pueblos réprobos, pero otro día Franklin encontró el rayo y Dios se quedó desarmado... Hoy día vemos en la iglesia, más alto que la torre, la cruz, símbolo sagrado; y mas arriba de ese símbolo sagrado, podemor ver el pararrayos......

La Ciencia ha enterrado las viejas utopías; todo llama a la vida en el Trabajo, en las industrias, en las grandes agitaciones del pensamiento y de la idea, grandes bases de la religión del porvenir. El hombre que sueña con la redención del mundo, ya no la vé sobre el Cristo sino sobre la frente del Sabio y en las manos laboriosas del Obrero. Es la vida de acción a lo que hoy aspiran todos los grandes pensadores: luchar por dignificar la vida, olvidar los mitos para no soñar más que con los sentimientos de amor, con el trabajo que produce...

Es en este concepto de vida, que se mueve y agita el pueblo. No teman los espíritus doctrinarios y los religiosos: cuando mueran las religiones, se cobijarán bajo la Religión-Verdad, la Religión Universal...

Verdad que no tendrán pequeños templos para que el hombre se humille, porque para algo el hombre ha nacido de pié para diferenciarse de los animales. Será su culto el respeto a la personalidad humana; será su rito el Trabajo; llevará hasta el infinito los grandes productos de la Sabiduría humana y entonces el hombre, olvidado de esas viejas teorías, sentirá un rayo de ventura y hallará la solución del problema.



La Ciencia de la Religión y la Religión de la Ciencia

Crítica de la 1.ª Conferencia.

Es una tarea demasiado difícil, para mí, pobre granito de arena de esa gran montaña que se llama Civilización, adelanto, reforma de las creencias con arreglo a las necesidades modernas y al desarrollo de las inteligencias, donde hay tanta piedra grande, tantas intelectualidades asombrosas que exponen sus doctrinas sábiamente concebidas sobre el mundo del oscurantismo, para mí el más humilde creyente de la *Religión de la Ciencia*, analisar el trabajo desarrollado en su primera conferencia por la Ilustre pensadora doña Belén de Sárraga.

Pero si es cierto que como hombre puedo sentirme infinitamente pequeño al lado de la grandeza y de la sabiduría y del talento de la conferencista, como pensador me siento capáz de cantar la belleza de sus ideas, expresadas con una corrección y facilidad sencillamente elocuentísimas, con una claridad deslumbradora, con una valentía, digna hermana de su concepción; ideas adornadas de figuras, ejemplos y citas poéticamente entrelazadas y armonizadas como preciosas y perfumadas hojas de una misma flor, la más bella de todas, la flor de la Libertad del Pensamiento, la flor de la Redención y el engrandecimiento de la Sabiduría por la concepción material de las ideas espirituales.

Naturalmente que no podríamos esperar que profundizara, puntualizando y desmenuzando las distintas citas que hizo, porque como ella misma nos expresaba, no es posible pasar revista a las tres épocas en que subdividió el mundo desde la aparición del hombre primitivo hasta nuestros días, con mayor detenimiento, dado el tiempo de que disponía.

Una hora y media justa bastó al claro talento de la oradora para de-

mostrarnos, desde la adoración lógica del primer hombre a los elementos, pasando por la esclavitud impuesta por la Iglesia en los últimos siglos y concluyendo en el ser moderno pensador, libre, creador y científicamente engrandecedor del mundo.

Examinemos su discurso por partes, tomándolo verdaderamente desde su principio, es decir, omitiendo ocuparnos del preámbulo que a manera de saludo dirigió en frases galantes a Chile, a la mujer y a la juventud.

Hay que sentar la base de que el hombre existía primitivamente sólo, abandonado á la obscuridad de su cerebro; porque viniera de donde viniera, bien fuera creación de un Dios espiritual y por lo tanto a su semejanza en espíritu, con investidura palpable, o bien fuera una conjunción de moléculas materiales, o bien fuera una perfección racional del bruto; el hecho es, que el primer hombre debió ser y que indudablemente se encontró, rodeado de una inmensidad aterradora, donde todo lo que existía presentaba dos aspectos a su imaginación: el de la luz y el de las tinieblas, es decir, la alegría y la tristeza; cuando el sol brillaba allí en lo más alto de aquella gran techumbre que el hombre alcanzaba a divisar limitando su mirada, todo sonreía a su derredor, todo se alegraba, todo el mundo *nacía a la vida*, las flores se coloreaban, las aves corrían y cantaban, las fieras rujían, la vida en fin se manifestaba en toda su plenitud, alumbrada y movida como por un gran resorte, por aquel foco de calor y luz que al volver a desaparecer después de un tiempo que el hombre aún no podía alcanzar a comprender, era periódico y matemáticamente científico, el miedo encontraba alojamiento en su triste cerebro, porque su instinto le acobardaba, la obscuridad le sobrecogía; los ruidos misteriosos de las plantas y los animales que se movían sin que su mirada alcanzara a divisarlos ni su mente a comprender las causas, le hacían postrarse y a su manera y en su forma, desear la vuelta de la luz, desear la *vida* que había desaparecido como el astro rey; y cuando éste, *obediente a su llamado* volvía a surgír por los límites del horizonte, tan expléndido, tan brillante como cada día, el hombre, se explica perfectamente, que adorara a lo que bien podía muy bien llamar su Dios.

Vino poco más tarde el fuego a hacer su aparición, como dice muy bien la señora Sárraga, sea casualmente por el roce de una piedra con un trozo de madera, sea por la inflamación espontánea de cualquier cuerpo; el hecho es que aquel ser primitivo de la edad terciaria encontró en él un alivio al frío, una luz para alumbrar las tinieblas que le rodeaban; lo que es igual, descubrió en él casi las mismas cualidades que adornaban al astro del día, y pudo imaginarse que aquel era el dios complementario del otro, el hijo si queremos llamarlo así, al cual daba vigor, energía, engrandecimiento, el aire, la brisa con sus ráfagas refrescantes; es decir que el fuego vivía, porque el aire le hacía vivir, luego el aire era el espíritu del fuego.

Esta primera *trayectoria*, ocupó la primera parte del elocuentísimo dis-

curso de la insigne conferencista y si naturalmente, mi pluma asáz torpe para describir las hermosísimas frases que llegaron a nuestros oídos iniciándonos en el orígen de la Trinidad religiosa, no puede trascribir palabra por palabra, frase por frase, todo el razonamiento que ella empleó, no por eso es menos cierto que estuvo la señora acertadísima, que se hizo comprender en todos sus conceptos vertidos con la mayor elegancia de lenguaje, lo que el público demostró interrumpiendo constantemente su oración con calurosos y entusiastas aplausos.

Nos habló después del desarrollo de la vida del cristianismo y su paso al catolicismo, encarnada en la persona del célebre Constantino y al pasar revista a la época de terror y oscurantismo en que los hombres eran esclavos y la ciencia delito, su elocuencia se alzaba pcr encima de todo y creíamos ver en la oradora un ser superior que nos dominaba con la certeza de sus frases, con las verdades de su reseña histórica. Indudablemente que esta fué la parte más hermosa de su discurso; en esta segunda parte se nos mostró con todo el vigor y la fuerza de sus convicciones, y los aplausos de la concurrencia, los bravos y vítores del público entusiasmado le dirían bien claramente la comunidad de ideas que reinaba en aquel estrecho recinto donde tan buenos congregantes había.

Aquellos tiempos del imperio y del absolutismo y feudalismo, marcaron claramente con un signo de industria y comercio el oficio de la religión y desde Constantino hasta nuestros días, los Inocencios, Gregorios, Adrianos, San Luises, Alejandros, Píos, etc., etc., que fueron todos o casi todos, envenenadores, criminales, estafadores, y todos dominadores de las voluntades, y creadores de la esclavitud, hemos visto cada vez alzarse la iglesia contra la Civilización, declararse abiertamente hostil al progreso.

Y el Concilio de Letrán y las jurisdicciones eclesiásticas del siglo XII, el Concilio de Lyon en el XIII, y otros muchos tribunales exparcidos por el mundo en aquellas épocas, con la Inquisición en los siglos XIII y XIV, implantada en España por los Torquemada y los Desa con sus terribles instrumentos como los de la cárcel de Brunn en Bohemia, uno de los más horribles que se conocieron con sus célebres aparatos *frontal*, *dactyletro*, *garrote*, *compedo*, *borceguíes*, *escarpines*, *cepos*, *catapelta*, *catasta*, *rueda*, *pera*, etc., etc., y las tenebrosas mazmorras del tribunal de Roma que tan bien supieron aprovechar en beneficio de sus crímenes, tantos hombres con investiduras y omnipotencias de dioses, tribunal que después casi se esparció por el mundo llegando hasta la América que pisamos, apagaban toda luz que aparecía en aquella noche sin fin, y se daban órdenes tan sanguíneas como la célebre matanza de Beziers que dijo el Papa Arnaldo: "Matadlos a todos, que Dios ya sabrá reconocer a los suyos!" y los suyos eran únicamente los esclavisados, los sumisos, los ignorantes. Y aquellos que hoy no llamaríamos sino *verdugos*, aún ponían en boca de sus víctimas las palabras

que usaban en su Religión, produciendo escenas escandalosas e inmorales como cuando arrastraron en 1676 el cuerpo ensangrentado de la célebre la Brinvilliers en camisa y con una cuerda al cuello, llevándola a un templo para que confesara sus delitos, después que ya lo había hecho ante los jueces.

Y en aquella época se sacaba los ojos a los grandes artistas después que habían fabricado su obra, únicamente para *su amo*, y para que no extendiese su ciencia a otros señores, y se hacían *autos de fé* con las obras que encerraban en sus páginas las fuentes del Progreso y de la Sabiduría.

Fué verdaderamente acertadísima, como todas las figuras que nos presentó la oradora, la que hacía referencia al descubrimiento de América, pues efectivamente, si no supieron aquellos *sabios* darle más que tres hijos a Noé, y consiguieron vengar su zaña por la revolución que produjo en la Ciencia el descubrimiento de que la tierra era redonda y había otro mundo que seguramente no pobló ningún *injerto* de sus *creencias*, encarcelando a Colón y teniéndolo cargado de cadenas y suplicios, enfermo y martirizado en un calabozo de aquella *Santa Inquisición*, no impidió que vinieran también ellos a este hermosísimo y encantado país, a continuar su obra de comercio con las ideas.

Y llega el momento en que la ilustre pensadora nos invita a convertir la cruz por el arado, y en general tanto y tanto símbolo de servilismo por esos otros de Redención encarnados en el martillo, la lima, y tanta máquina creadora de vida y de progreso.

¡Qué ideas sublimes y regeneradoras! ¡Oh vosotros los que soñais con la otra vida, y apenas teneis conciencia de lo que os es dable desarrollaros en esta! ¡Comparad esos templos donde el servidor se postra ante figuras sangrientas y empobrecidas, pero revestidas de oropel y brillantes con esos otros *Templos* humeantes, de altas chimeneas donde todos somos iguales y cada uno unido a su semejante apronta su concurso a las grandes creaciones y donde al contrario del anterior, los seres revestidos de trajes honrosos, manchados por todas partes de aceites, grasas y hollines, fomentan las riquezas y hacen correr el oro y esparcirse por todo el mundo dejando en cada mano la huella del sustento diario!

¡Contemplad a *esos* que piden veinte veces en cada minuto el pan *nuestro de cada dia*, a los espacios infinitos, al *éter científico*, convertido por sus calenturientas imaginaciones en seres sobrenaturales, pero que no salen de los estrechos límites de sus paredes, esperando que allí les nazca de las profundidades cavernosas de sus *mansiones celestiales*, como si el pan no se amasara con trigo y el trigo no hubiera necesidad de sembrarlo; comparadlos sí, con esos otros seres superiores, infinitamente más sabios en su analfabetismo, que hacen producir al suelo el verdadero *pan nuestro*, el que cada

día cultivan, riegan, recogen hasta verlo convertido en el alimento de sus hijos!

Estamos precisamente en un mundo nuevo, y nada más fácil de comprender nuestra teoría, que aquí en este suelo aun semi-virgen, aun medio explotado o apenas comenzado a conocer en sus riquezas ocultas. ¿Quién es el propietario más rico en todo el continente? El convento. ¿Cuál edificio encierra mayor fortuna acumulada? La iglesia católica. Y digo yo. ¿Es que por ventura esos hombres han aportado a estas regiones mayores esfuerzos, mayores enerjías, mayores capitales que lo que sus compatriotas los primeros extrangeros que pisaron este mundo? No. En las primeras visitas que a esta parte del globo hicieron los de allende los mares, vinieron soldados que expusieron sus vidas en beneficio de la riqueza y engrandecimiento de su patria, vinieron comerciantes que expusieron sus capitales a los rigores de las tempestades en los océanos para establecer corrientes de civilización e intercambio con el viejo continente; vinieron muchos, muchísimos y siguen viniendo, que son otras tantas ruedas que se van agregando a esta gran máquina nueva, recien inventada, que un dia seguramente funcionará produciendo en mayor cantidad que todas las antiguas conocidas, pero estos hombres, ¿qué han venido a hacer aquí? Contruirse moradas grandiosas, palacios suntuosos, rodearse de mayores lujos, de mayores comodidades, todo con el color e investidura de la pobreza y por caridad a sus semejantes: es decir al siervo, al esclavo.

Y aquí en este hermosísimo país chileno, observamos la influencia perniciosa de esos seres. Aqui carecemos de hombres, la densidad de población es tan escasa que en realidad llega a ser irrisoria y sin embargo, se admiten esos parásitos de la fecundidad humana y de la procreación. Se permiten que vivan recluidos, holgando y viviendo sin producir, una legión de hombres sanos, robustos y capaces. Aquí donde faltan capitales para explotar la riqueza incalculable del terreno, toleramos que se acumulen en las arcas de los templos, desapareciendo de la negociación y el tráfico y aun de la Nación para ir a engrosar el famoso caudal encerrado en Roma.

Y a todo esto, miéntras el pobre explota la tierra y es explotado a sí mismo, esclavo de las necesidades, esclavo de su pobreza y esclavo de su amor, allá entre las selvas de las regiones del Sur del país, los poderosos entregan a manos llenas en legados y en primicias, cuantiosos donativos en beneficio de sus dioses.

Yo os lo digo a todos, y a cada uno de vosotros, hombres sabios, ilustres pensadores, honrados ciudadanos y conciencias libres, lleveis levita o blusa; a todos ustedes que forman el núcleo intelectual del mundo civilizado por la ciencia, el trabajo y la moral honrada; observad quiénes son los que acatan a esos dioses, los que adoran a esas miserias, y los que contribuyen con sus óbolos a el sostenimiento de tantos viciosos y holgazanes seres

parásitos; observad bien y conoceréis a la hediondez de la sociedad, a la podredumbre humana: *mercaderes usureros*, que comercian con la sangre del pobre, *lejistas y lejisladores* que ponen la ley a la altura de la bolsa; *mujeres casadas*, que faltan a sus deberes y se lo *confiesan* cínicamente a diario al sacerdote; niñas de edad corta y de *avanzada ilustración*; ricos propietarios, que gozan tranquila y *santamente* sus rentas productos de la miseria con que retribuyen al pobre trabajador; y en general toda esa polilla humana, que es la encarnación del vicio, la usura, la estafa o el crímen.

¡Ay! Si fuera cierto que hubiera un Dios igual al que ellos dicen y enseñan a adorar, se habría levantado hace mucho tiempo de su tumba, o habria bajado hace muchos años de sus cielos para *echar a latigazos de su templo, a tanto mercader*, con capa de fieles.

No obstante que hay otra inocencia inadvertida, que llevada por la costumbre, la influencia de los mayores o talvez la ostentación, y en muchos casos la popularidad, siguen el camino de aquella masa inútil; a la falta de conocimientos, a la carencia de estudios, a la ausencia de ideas por la poca costumbre de pensar con raciocinio, se dejan llevar, como el asno giado por las riendas que le impone el amo, sin ver que, como el bruto, solo sirven para conducir la carga que otros han de disfrutar, sin producirle otra cosa que el cansancio, la fatiga y un puñado de pasto en una sucia pesebrera.

A vosotros, venid a escuchar las teorias de la *Religión de la Ciencia*, que es la verdadera, que nos conduce al bienestar y a la felicidad mútua, al progreso de las Sociedades y al desarrollo intelectual y financiero del hombre, despreciando esa otra *Ciencia de Religión*, o mercado donde unos cuantos explotan la inocencia, la ignorancia, o el embrutecimiento de unos, para el sostenimiento de los vicios, ocios, comodidades y holgazanería de unos cuantos roedores del Palacio de la Ciencia, del Palacio de la Instrucción, del Palacio del Fomento Social e Individual que es el Palacio que construye el Libre Pensamiento.

Y a tí ¡oh! ilustre pensadora! verdadera fuente de donde manan como torrentes de clarísima y pura agua cristalina, verdades como la luz que penetrando en nuestros cerebros, nos ayudan a ver la Verdad de nuestras honradas, morales y sanas creencias; ¡oh tú, Llama vivificadora y ardiente, que quieres incendiar nuestros corazones con el fuego de tu inspiración, alentando nuestras almas en la ruda batalla que sostenemos por nuestros ideales del progreso y la civilización; ¡oh, tú, Océano inmenso y profundo de Sabiduría que vienes a estas lejanas tierras a bañar en tus purificadoras aguas nuestras mentes que bullen por amor a la libertad de los sanos principios! Bendita mil veces, tú, que nos traes junto con el querido recuerdo de nuestra Madre Patria, el recuerdo tambien de nuestros deberes sociales en la lucha por el adelanto y la victoria de la *Luz* sobre las *tinieblas*.



Segunda Conferencia

La mujer como entidad social

PERDÓNENME los que se impacientaban, en gracia a que no es mía la culpa, si esta conferencia ha tenido que empezar mucho más tarde. La luz ha faltado al Libre Pensamiento, cuando precisamente, el Libre Pensamiento es la Luz. Pero por fortuna ha vuelto, y su vuelta ha sido oportuna. Habría sido para mí, sensible, el no poder continuar aquella agradable conversación de la pasada noche, sobre todo tratándose de un tema que viene a abrir la serie de cuestiones sociales que a todos interesan, individual y colectivamente, y que es necesaria sean atendidas, que sean escuchadas por los que piensan.

Es de la mujer, de la que quiero hablar esta noche, teniendo en cuenta que este es el primer problema que hay que resolver: el problema de la formación intelectual de la mujer, a la que hace falta algo mas que la obediencia; necesita el temperamento, la energía y la voluntad.

Para las nuevas Sociedades a que aspiramos, la mujer puede, la mujer debe formar el corazón de la humanidad. No siempre ni en todas las épocas, por desgracia, se ha considerado en toda su importancia la preparación social de la mujer.

En las sociedades, hacia las cuales podemos estender la vista, apénas vemos a la mujer considerada, como una entidad necesaria para la continuación de la especie, como un elemento disponible para la iglesia: unas, para dar hijos al cielo, otras para dar hombres que destinan al servicio de la guerra.

Más es el presente tema de una importancia suma; los pensadores que se preocupan de la mujer y miran hacia el pasado, se encuentran que las mujeres lo fueron todo, en las costumbres y en el mando de las Sociedades. Y si vemos, y si observamos con detenimiento, si nos paramos un poco a reflexionar en cada una de las acciones humanas de nuestros antepasados, siempre veremos junto al hombre que actúa, la mujer que induce con su cariño.

Y si vamos a buscar en ese pasado de cruel memoria, encontraremos una Agripina, vamos a encontrar una Cornelia, que presenta como una joya a sus dos hijos; surjen los Gracos que dan idea de precaución económica a su pueblo.

Si vamos a buscar, no ya en el pasado, ya que este está lleno de la influencia de la mujer hacia el hombre; si no nos queremos detener en citar nombres, permítanme que para hacer una demostración bien comprensiva de lo que significa la influencia femenina frente a la actividad del hombre, me refiera a mi patria, a España.

Todos los que aquí estáis, todos los vecinos de estos paises, tenéis como es lógico, por razones de historia, por analogía y por afinidad, interés en el desenvolvimiento de aquella tierra. Estudiemos un momento esa España y veamos como un mismo individuo, puede, siendo absoluto, llegar a ser de ideas completamente distintas, su mismo antípoda, si me permiten la expresión, y esto por la influencia de dos mujeres diferentes.

Recordaréis como María Cristina dejaba un convento de Austria para venir a ocupar, con Alfonso XII, el trono de España. Ella no puede olvidar aquellos votos del convento.

En ese tiempo se rezaba mucho... pero había también muchos periodistas en la cárcel y era considerable el número de barcos que salian de los puertos españoles repletos de emigrantes.

Cuando España respiraba un ambiente que la hacía retroceder al siglo XVIII, nació el niño rei, destinado por su madre ha ser un ejemplar cristiano, y cuyos maestros fueron todos o casi todos, jesuitas, que es como decir tres o cuatro veces sacerdotes.

El niño aprende las cosas necesarias para gobernar; leyendo libros religiosos, dirijen la política de su gobierno asistiendo a todas las funciones de la aristocracia católica: Así llega Alfonso XIII a sentarse en el trono de España, y he ahí el momento en que el país llega a sentir todos los horrores del autoritarismo clerical.

Un día, el Amor Dios pagano, jugó una mala pasada al Dios católico: se enamoró el jóven cristianamente educado de una princesita protestante. Entonces la iglesia se levantó y protestó furiosa, porque aunque esta unión significaba, representaba inmensos beneficios para los intereses de

España, era mala para la Iglesia y por consiguiente, según ella, no podía efectuarse.

Después transije: la princesa de Watemberg, puede ocupar el trono de España siempre que haga abjuración de sus ideas. ¡De todo esto se necesitaba en esos tiempos para tener derecho al amor!... La princesa se retractó de todas sus ideas relijiosas como de un crimen...; después un sacerdote la bautizaba y ya estuvo la Princesa en estado de ocupar el trono de España.

Pero no había para alarmarse por el hecho consumado, porque el caso no era único en la Historia; y después de todo, si Enrique IV dijo que París bien valía una misa, ¿por qué no había de pensar Victoria Eugenia que la corona de España bien valía una retractación?

Cuando ya entra a ocupar su puesto en el Palacio, se entabla una lucha; de un lado, las viejas tradicciones que tienen como caudillo a la Reina madre y de otro lado la Reina de España. La influencia de la Princesa, hizo cambiar por completo al Rey, le hizo cambiar la vida del claustro por la vida al aire libre; los ejercicios religiosos por los ejercicios físicos que fortalecen y que dan vida; y entonces llegan hasta el cerebro del Monarca los ideales liberales, y fué entónces cuando Canalejas ocupa la Presidencia de su Consejo y empieza, el Monarca, ha abrir su corazón y dejar penetrar en él, el amor a la Libertad de su pueblo.

No pasan, apenas, dos años y el hecho se realiza: la política española sufre un cambio completo, y la libertad religiosa, por la que se luchaba hacía cuatro siglos, esa libertad religiosa que no pudieron conseguir los grandes grupos rebeldes, fué proclamada . ¡He ahí el hermoso triunfo de la mujer; he ahí un hombre regenerado por el amor de una mujer!

Y este fenómeno que se desarrolla en el hombre bajo la influencia de la mujer, lo podemos observar no sólo en el estado determinado del individuo, lo observamos también en los pueblos. Yo he recorrido toda la América latina y he encontrado leyes eminentemente liberales, y cuando he observado si aquellas leyes estaban en relación directa con las costumbres de los mismos pueblos, he comprobado, que mientras los códigos estaban a la altura del siglo XXII, el hombre miraba al siglo XVIII, y ello todo, debido a la mujer.

El hombre tiene hoy día una personalidad jurídica, que no ha alcanzado la mujer; el hombre manda, la mujer ruega; el hombre se impone, la mujer suplica; el hombre castiga, la mujer llora; pero cuando la mujer que llora es madre y esposa la que ruega, la debilidad de la mujer ha vencido: el hombre más autoritario se abate... Esa influencia es absolutamente imposible de cambiarla y hay que aceptarla, buena o mala.

Hoy la humanidad se preocupa de la mujer y quiere que no sea sólo

un acicate que acompañe al hombre en la vida, quiere que sea algo más noble, más grande, infinitamente más elevado.

Más, cuando han querido ir a buscarla para convertirla en la esposa, la madre y la mujer modelo, ella no ha respondido: la mujer no ha sabido responder a ese llamado imperioso de su siglo; y cuando esto ha sucedido, cuando la realidad ha venido a impresionar a la Sociedad, han surjido los sabios de ella que, viendo como la mujer quedaba retrazada tres siglos, han creído y han afirmado que la inteligencia de la mujer no puede ser comparada con la inteligencia del hombre. Y hay que aceptar esto ..

Y si observamos así mismo ese pasado que siempre nos enseña y con las lecciones las más prácticas, las lecciones de la experiencia, veremos mujeres que en todas las cosas y en todos los terrenos, desde el punto de vista de la filosofía científica, se hicieron notar, como las mujeres de la Grecia, una de las cuales era Aspasia; y otras mujeres aún como las espartanas que luchaban por la Independencia de su patria, entre las cuales se eleva la figura heróica de una que al dársele noticias de su hijo muerto en la guerra, interrumpe a los oficiosos diciendo: «no os pregunto si ha muerto un hombre; os pregunto si mi Patria ha vencido».

Pero no es, señores, que la mujer sea de constitución inferior a la del hombre; no es que la Naturaleza no le haya dado dotes grandes, de valía a la mujer: es que la mujer tal como hoy existe, no es tipo natural de esposa, es que la mujer es un tipo humano enfermo y enfermo por el misticismo religioso, de exceso de sentimentalismo, enfermo de hipertrofia natural!... Curemos a la enferma y tendremos entonces a la ciudadana.

Después de estas consecuencias, podría informar con multitud de ejemplos que no daré, porque seria recordar la historia que todos conoceis; veamos pues las cosas. No hiremos a buscar la mujer a la Edad Antigua, puesto que florecieron entonces mujeres de gran intelectualidad; no hiremos a buscar aquellas mujeres que crearon patriarcados anteriores a los Patriarcados; no hiremos a buscarla a ese gran movimiento de la especie humana que terminó, sino que la buscaremos en una Era en la Edad Media.

Entonces había sido proscrita la ciencia, la filosofía era un delito y era preciso no pensar si se quería conservar la vida. Cuando las ciencias se hubieron paralizado porque así lo quiso el dogmatismo, entonces no hubo para los hombres mas que dos caminos: la guerra y la religión. Los hombres contaron por el primero, y las mujeres quedaron relegadas al segundo. Pero un sér se abrojó estas dos facultades, se decidió por ambas cosas; este sér fué el sacerdote que en la época a que me refiero mató y rezó.

Los señores feudales, señores de horca y cuchillo, eran también en muchos casos sacerdotes, abades de monasterios, que dirigían a una congregación y eran-poseedores de grandes feudos. Se veía entonces, y esto no

es nuevo, pues todos lo habrán leído, que existían conventos que eran al mismo tiempo fortalezas; junto a los muros de la iglesia estaban los muros donde los soldados de su señor tocaban las cornetas para invitar a la guerra, al mismo tiempo que sonaban las campanas para congregar a los fieles. Y el señor y a un tiempo abad, se quitaba la sotana, se colocaba la cota de malla y calzaba las espuelas con que debía aguijonear al brioso animal para que lo trasladara más pronto al lugar donde se sembraba la muerte. Era entonces cuando se emprendía la guerra en el territorio vecino; y se llenaba de cadáveres el campo; y no se respetaba la desesperación de las mujeres ni el llanto de los niños; y cuando el vencedor volvía al castillo feudal, lo recibían las campanas de la iglesia.

En los momentos en que la víctima lloraba, el sacerdote abandonaba las lanzas y marchaba a la iglesia. Y allí, al pié del altar, revestido de nuevo con el traje clerical, con sus manos aún ensangrentadas, alzaba la hostia, diciendo que estaba en ella Jesucristo....

La guerra tuvo una influencia bien directa en el desarrollo femenino. El hombre, en aquellas guerras de las cruzadas, visitando diferentes pueblos y puesto en contacto con diferentes organismos sociales, obtuvo nuevos conocimientos que hicieron que su inteligencia se abriera, y pudo llegar, de etapa en etapa, a los gloriosos días en que pudo desenvolver sus pensamientos; mientras tanto, la mujer, sin más horizonte que las cuatro paredes de su castillo y los muros del convento, donde se acogía mientras el esposo corría a las batallas, no estaba en condiciones de desarrollar su inteligencia. He ahí por qué la mujer ha llegado hasta nosotros, retrasada tres siglos; he ahí por qué algunos sabios han llegado a decir que el cerebro es un organismo de lujo en la mujer; pero no es culpa de ella: ¡es el misticismo religioso el que ha hecho esto de la mujer! He ahí, por qué encontramos a la mujer retrasada en el camino intelectual de la vida; he ahí por qué sirve la mujer, en innumerables casos, como elemento perturbador de las corrientes de progreso; pero no debemos culparla sólo a ella...

Es que cuando llegamos a un siglo, en que todo llama al amor y a la belleza; es que cuando la mujer ha querido sentir todo esto, ha habido algún interesado en petrificarla; ese algo es la iglesia, que ha dicho uno y otro día, que ella es más respetuosa para la mujer, que ella la ha elevado en el concepto social y en la constitución de la familia, lo que es una dignificación a la mujer misma. Y bien, observemos si es eso cierto, lo de la dignificación, lo de la redención de la mujer. Siendo que el cristianismo lleva para la mujer altas concepciones y respetos, ¿por qué no han nacido el hombre y la mujer para entenderse, para juntarse, formar el individuo social, que crea el hogar y que, dando hijos al mundo, da hijos para la patria y grandes triunfos a la mujer?

El cristianismo hace de la mujer un elemento tan respetable como el hombre. Veamos si esta nueva religión, que se llama y se declara sucesora de Cristo, tiene para la mujer el mismo respeto y las mismas consideraciones.

Todos recordarán aquella famosa escuela de Alejandría, que tiene como último representante de aquella tradición filosófica una mujer admirable: Hipatia, y todos recordarán al obispo Cirilo. Hipatia hablaba a la juventud de Filosofía y Ciencia desde el mismo atrio de la iglesia donde Cirilo hablaba a sus fieles de la religión. Algo había en esto de incompatibilidad. Un día bajan a Hipatia del carro en que pasaba y la arrastran por la ciudad y la arrrastran hacia el templo que invoca a piedad cristiana; allá un hombre la despedaza a mazasos y su carne es arrancada de los huesos para que no quede nada de ella. ¿Y este hecho cómo fué pagado por los sucesores del obispo?—Hoy Cirilo, se llama... ¡San Cirilo!... y ocupa un lugar en los altares. La mujer que lo adora no sabe que adora al asesino de la Filosofía alejandrina, representada por una mujer!...

Ahora os hablaré de aquel célebre concilio en que se puso a discusión si la mujer tenía o no tenía alma. ¿Sabeis por cuantos votos declaró que la mujer tenía alma?

—Por dos votos. (1)

Si aquellos dos congresales, por enfermedad o por la muerte de un pariente o por cualquiera otra causa hubieran llegado un poco más tarde, las mujeres nos quedábamos sin alma...

Recordaré ahora, lo más rápidamente posible, algunas declaraciones de los santos padres. «*La mujer es la puerta del infierno*».—San Ambrosio.

«*La mujer no puede enseñar, no puede juzgar ni ser testigo*;—y ahora, esto debeis recordárselo especialmente a las monjitas que se dedican a la enseñanza,—«*La mujer es un animal, que sólo se deleita en el tocador.*»—San Agustín.

El abate Gaón dice que el infierno está enlozado con lenguas de mujeres; y un sacerdote muy conocido en el mundo intelectual eclesiástico, el padre Coloma en su libro «Pequeñeces» pone en boca de uno de los protagonistas que las mujeres descienden del rabo inquieto de una mona...

Tal es, a grandes rasgos, las manifestaciones, los conceptos que de la mujer han tenido los representantes de la iglesia. Sin embargo, cuando

---

(1) *Nota del crítico:* Se ha discutido entre varios autores, si los votos de la mayoría fueron *dos* o *tres* más que los de la minoría. Pero esto no quita su importancia a la cita que hace la conferencista, pues el hecho inconcebible, que es lo que quiere hacer resaltar la señora de Sárraga, es que se reuniera un concilio compuesto de Ministros de la iglesia para discutir si la mujer tenía alma.

Aunque hubieran ganado los que opinaban negativamente, el hecho hace comprender fácilmente el concepto que merecía a la iglesia la mujer.

la toman como elemento de defensa, se la dice que ella ha sido redimida por la iglesia, había sido levantada por la iglesia; se olvidan que la mujer puede y debe tener no solamente la igualdad sino el respeto de la Humanidad; se olvidan que ellos la hacen ir cubierta con un manto como signo de humillación, porque ella, dicen, fué la que indujo a pecar al hombre para desobedecer a Dios.

Es, pues, la iglesia en todas sus manifestaciones la que ha reducido a la mujer, la que no ha levantado nunca a la mujer; y es la Revolución Francesa la que le ha dado esas libertades, cuando fué aboliendo los derechos de los señores, para dejar paso al advenimiento de las democracias; cuando se necesitó la voluntad y la acción colectiva, fué entonces cuando se dignificó al hombre y con ello se levantó a la mujer. No ha sido, pues, la iglesia, que nos pide una abdicación de la voluntad, la que ha querido redimir a la mujer: la mujer se ha redimido siempre, por la voluntad del Libre-Pensamiento, que proclama la igualdad del derecho humano.

Hay además algo entre esas prescripciones religiosas, a lo cual me voy a referir, con el debido respeto que yo profeso a las ideas de cada uno y sin que con esto quiera herir los sentimientos de los que me escuchan; es algo que deprime la inteligencia de la mujer.

Me refiero a determinadas prácticas de casi todas ellas: me refiero al confesionario.

Todas las mujeres católicas sienten la necesidad de cumplir el precepto de la confesión, con el cual creen servir a su religión y a su Dios.

Hay en la iglesia sacerdotes buenos y sacerdotes malos. Los hay que se dedican con fe ciega al cumplimiento de su ministerio, pero debemos tomar en cuenta que el sacerdote, al salir del seminario, si bien es cierto que viene dispuesto a servir a su religión con verdadero amor, no perdamos de vista que es un hombre joven. que esta en la plenitud de su vida. en el momento álgido en que se despiertan las pasiones y la materia llama continuamente a la puerta de los sentidos del individuo. Luego después, ese sacerdote llega al confesionario. y aquí podemos ver la parte de prueba de su misión. Empieza por recibir la confesión de la joven, de la niña que con la candorosidad propia de sus años cuenta los besos que recibe en su frentecita, cuenta las caricias que recibe de su madre amada; después viene la joven, dice las frases de amor que ella ha escuchado y cuenta sus deseos y sus esperanzas; más tarde, la madre, la esposa amante y tierna que refiere las intimidades del matrimonio, las caricias que recibe y prodiga en el seno de su hogar...

Y entonces ese joven sacerdote al oír esas confidencias, se siente débil, y si es sincero, despedaza arrepentido las vestiduras que le imponen obligaciones imposibles de cumplir, o si es un hipócrita y de instintos malvados, deja de ser un hombre bueno y sigue vistiendo el hábito encubri-

dor de planes siniestros, hijos de deseos forzados, que lo convierten en un terror para los hogares y un peligro para la tranquilidad de las familias.

Es, pués, señores, es pues, señoras que me escucháis, en este estado de esclavitud moral, que debemos conquistar a la mujer. Es necesario ir a buscar a la mujer para convencerla que hay algo más grande en su des tino. El puesto de la mujer es más alto. Hay otra religión que llama a la mujer y es la religión del Hogar, es la religión de la Sociedad, y entonces las mujeres pueden hacer algo mucho más humano. Inclinada sobre la cuna de su hijo, haciéndolo crecer en medio de beneficios ideales, ellas pueden hacer que en cada cuna surja un genio para la Humanidad. ¡He aquí la misión de la mujer! ¿Le impedimos por esto que sea religiosa? Nó, señores, el sentimiento religioso de la mujer debe ser más elevado que las altas torres de la iglesia.

Si la mujer ama los rezos, habladle de vosotros, señores, habladle de lo hermoso, de lo humano. Decidles, que cuando un hombre en medio del mundo, en medio del oasis, lucha por la vida; cuando ese individuo, cuando ese hombre se siente derrotado; cuando está sin fuerzas para volver a luchar y encuentra a su lado una mujer que no llora con él, sino que sabe sonreír, que sabe ser fuerte y estiende hacia él sus amantes brazos, que son como diademas de flores, entonces el corazón del hombre se alienta nuevamente para volver a emprender la lucha y es entonces, señores, cuando la mujer ha rezado.

Si además sabe ser junto a la cuna, algo más que la madre natural, que la madre que enseña sólo los primeros pasos a su hijo; cuando siente la responsabilidad que tiene; cuando sabe enseñar también los primeros pasos intelectuales; cuando ni en nombre de la religión, ni en nombre de diferentes patrias, pronuncia una sola palabra de odio a los hombres; cuando enseña al niño que debe amar todas las cosas de la vida porque todas son grandes; cuando le dice que debe amar a todos los hombres; cuando le dice que hay que amar a los buenos porque son buenos y a los malos porque son desgraciados; cuando la mujer forma estos corazones, da un hombre util para la Sociedad, un hombre util para las grandes concordias internacionales e intelectuales: esa mujer ha rezado, y hace subir al hombre hasta un día más grande...

Hagamos compañeras del hombre, no solamente esposas; compañeras intelectual y moralmente del hombre, y cuando la mujer no sea el elemento nato sino el elemento allegado de la vida, cuando la mujer sea la madre consciente y la inteligente compañera, entonces el mundo entero podrá esperar satisfecho; entonces el mundo marchará sereno, y pronto se verá llegar al porvenir que le espera. Sera la mujer la solución del sacerdocio santo que levantará y engrandecerá las naciones.



La Mujer y el santuario

Crítica de la 2.ª Conferencia

NATURALMENTE que la segunda Conferencia de la notabilísima pensadora doña Belén de Sárraga, había de tener mucha mayor trascendencia, había de contener razones y argumentos muchísimo más *hondos*, si se me permite la palabra, que todas las concepciones de su primera oración; con ser aquella tan clara como la *luz*, cosa era que presentíamos todos los que el Jueves último guiábamos nuestros pasos al coliseo de la calle San Antonio, donde nos encontramos segun propia expresión de doña Belén, con que la luz artificial se negaba á alumbrarnos para que recibiéramos los rayos de la verdadera *Luz* que debe brillar en nuestros pensamientos.

No podía menos la electricidad, creada por la Ciencia, de volver á disipar las tinieblas, y la ilustre conferencista salió al proscenio entre los vítores y aplausos ensordecedores de un público tan numeroso como selecto, donde el elemento femenino estaba dignísimamente representado.

Y volviendo al principio de ésta que podemos llamar, salvando el respeto debido á la señora Sárraga, crítica, si quereis, de las palabras de la oradora, repito que ya presentiamos todos la trascendencia que habría necesariamente de tener para nuestra Sociedad, mejor para nuestros hogares, las palabras que ibamos á escuchar.

Con ese castellano castizo, con esas frases poéticas y puras, con esa facilidad asombrosa y ese razonamiento profundo y metódico que caracterizan el modo de decir de nuestra visitante, hubieron los damas de escuchar las verdades más concisas que se les ha dicho desde hace mucho tiempo.

¿Donde está, decía la oradora en estas ó parecidas palabras, esa dignidad que la iglesia dice haber otorgado á la mujer? ¿Quién la ha levantado al prestijio de su sexo, la ha rodeado de consideraciones, la ha alzado al nivel del hombre? ¿La iglesia? Nó, por cierto. Y en efecto, estimados lectores, la Historia no engaña, no puede engañar y yo también, seducido por las palabras de ese *Sol del Libre Pensamiento,* que se llama en el mundo de las cosas doña Belén de Sárraga, me quiero permitir hacer algunas citas.

Partiendo del pueblo egipcio, por ejemplo, allá en la antigüedad, podemos observar que la mujer era la persona *más dignificada* de la Sociedad; era mucho más considerada que el hombre, y tanto en la vida de familia como en la política, la mujer era mucho más respetada que el hombre; y así vemos que el honor más grande de los hijos era usar el apellido materno; si en la Edad Media se consideraba *la aristocracia* herencia propia de los varones, quienes entendían la mayor dignidad decirse hijo del Ilustrísimo Fulano ó del Gran Sutano, el egipcio consideraba su mayor orgullo llamarse hijo de la señora Tal ó Cual, y en todos aquellos actos trascendentales de su vida, en que mostraba ó había de demostrar lo ilustre de *su cuna*, anotaba su ascendencia materna, así como hoy anotamos nosotros á nuestros antepasados por la línea masculina.

Y si consideramos efectivamente, tratamos de profundizar esas palabras, *ilustre cuna*, con que queremos significar aun hoy día el origen más ó menos noble de unos cuantos, ¿no parece más lójico aplicar *cuna* á la madre que al padre? ¿No es la madre quien en sus amantes brazos nos mece para que al arrullo de sus cantos pasemos al sueño en nuestra infancia? ¿No es ella la encargada de nuestros cuidados en la niñez? ¿No es, en fin, *la verdadera cuna*, representada por sus brazos, sus senos y sus faldas?

He ahí, pues, como lo entendieron aquellos pueblos de Oriente y en particular el Egipto, como estoy diciendo, y así vemos al hombre honrando á la mujer en el mayor grado de consideración posible.

En prueba de ello, veamos algun documento histórico:

En el papiro 104 de Berlin que lleva fecha 30 mechir del año II reinado de Cleopatra y Ptlomeo, llamado Alejandro, se lee ó mejor se traduce lo siguiente:

«Dice mujer Tave, *madre de ella* Tsemin, á postoforo de Amon Api del occidente de Tebas *madre de él Cacperi...*»

¿No es, pues, ciertamente hermosísimo ver honrada, dignificada de esta manera a la madre?

En su lugar nosotros hubiéramos puesto... «hijo del marques H, nieto del conde B, sobrino del obispo C, i primo del ministro Z...»

Hay otros rasgos aun de la vida ejipcia, donde vemos también ese respeto, esa consideración debida á la mujer y se le reconoce su capacidad social y política.

En efecto: podemos leer en Diodoro de Sicilia, que al hombre que faltaba al respeto debido á una mujer, se le castigaba en ese pueblo con penas severísimas, como mil golpes de vara espaciados de manera que no pudieran producir la muerte; y por último la mujer egipcia podía hasta sentarse en el trono.

Tenemos en cambio los pueblos Asirios y Babilonios, donde la influencia de la religión fué tan perniciosa á la mujer que llegába á ser objeto de comercio, como cualquiera esclava; la mujer en Babilonia se compraba colocándole una señal colgada al cuello en signo de esclavitud.

Y ya desde aquí, á medida que van tomando cuerpo las religiones y avanzando en sus *conquistas*, la mujer va perdiendo en el concepto social, la mujer va siendo cada día más esclava, y así la encontramos entre los persas sujeta á una sumisión irritante: «Ha de venerar al marido como á su Dios; ha de presentarse todas las mañanas delante de él como ante un juez...» y en general la mujer persa no puede salir apenas de casa y cuando lo hace debe ir completamente velada y otras reglas por este estilo. Los griegos encerraban á sus esposas y sólo les permitían salir en dias de *fiestas religiosas*. En Atenas observamos casi otro tanto. Y así paso á paso podemos llegar hasta lo que llamaríamos dominio de la iglesia católica.

¿Es que acaso el hombre que contrae matrimonio eclesiástico no compra á su mujer? Pues si observamos la regla ó costumbre seguida por los sacerdotes en el acto de bendecir los esponsales, podemos notar esta manifestación: el sacerdote pasa trece monedas al esposo, y éste las entrega á la mujer. ¿No es esto significar una compra?

Si nos remontamos un poco en el origen de esta costumbre, veremos que en varios concilios como, el de Artés, la Iglesia ordenó á los novios que hicieran una aportacion á la novia, siendo nulo el proyecto si tal donación no se realizaba. *(Nullum sine dote fiat conjugium)* Desde entonces cada hombre llevaba á su mujer una cantidad de dinero al ir á efectuar el matrimonio eclesiástico, pero hubo un momento en que esta cantidad quedó decidida por un número de monedas que fueron trece de la siguiente manera:

El hombre de la edad media, si en verdad aun adquiría la esposa, si aun entregaba un dote á su mujer, ya empezaba á sentir algo así como vergüenza de practicar un acto que constituía á la mujer en objeto de comercio, rebajándola del nivel en que estaban colocadas todas las criaturas y se resistia á entregar el dote en público y en la Iglesia; y entonces los sacerdotes constituyeron lo que denominaron *arras*, es decir una cantidad á cuenta del dote, y que quedó fijada en trece dineros, bien de plata, oro ó cobre, junto con el anillo, que supongo todos sabrán proviene de la antigua señal que se colgaba al cuello de la mujer adquirida.

Sin embargo, la Iglesia que siempre persiste en sus reglas y cuando las modifica lo hace sólo condicionalmente, dividió el matrimonio en dos

partes: la *bendición* y la *velación*, es decir, el acto de bendecir el sacerdote el matrimonio y el de practicar ciertas reglas que más parecen costumbres de los pueblos primitivos que formalidades de ceremonia del siglo XX.

Y en este punto ¿qué podría decir yo que no oyéramos de la boca de la oradora?

Ese retrato del sacerdote modelo, es decir, del inocente ignorante, hijo del dominio de sus mayores, y del oscurantismo de su educación, que llega á la iglesia dotado de las intenciones más puras y se vé forzosamente obligado por la naturaleza física de su constitución, por la materia viva de que se forma su cuerpo, á convertirse en el hipócrita vergonzoso que oculta sus pasiones, más y más exaltadas cada día por la práctica del confesionario, habrá hecho reflexionar a más de un padre de familia que envía sus hijas á los templos, para que sirvan de lenitivo á las pasiones de los demás y aun más y peor, para que aprendan muchas veces lo que ellas ignoraban.

¿Hay algo más inmoral en todo cuanto estudia la juventud, que ese catecismo, historia de la religión católica? Repasad sus páginas y encontraréis muchas cosas que borrar para beneficio de la moral social. Aquellos primeros pobladores del mundo que hermanos y hermanas, padres é hijas contribuían todos y cada uno à poblar la tierra, ¿no le hace salir el rubor á las *monjas* que lo enseñan? La repetición de este acto encarnado en la famila de Noé, ¿no es aún más vergonzoso? Ese Cristo saliendo de entre el heno de un pesebre, ¿no incita á la juventud inocente á averiguar á indagar lo que el tiempo sólo y la Naturaleza debe enseñarle? Y por último en ese acto de una humildad á la vez que de una carencia de sentido común absoluta, que se llama confesion, ¿no encuentran ustedes algo más inmoral? Todos sabemos que ese acto lo practican siguiendo el orden y sujeción á unas frases que denominan mandamientos. ¡Y qué leyes! ¡qué mandamientos!

Esas tiernas criaturitas emblemas de la inocencia, personificada en sus almas tiernas y candorosas aún cerradas completamente a los instintos materiales de la Naturaleza, oyen que se les pregunta ¿hicísteis esto? ¿faltásteis a lo otro? Y *¿cuántas veces?* estimados lectores, que todos ustedes como el que estas lineas enhebra, habeis en vuestra niñez oído esas frases de bocas sacerdotales, cuando vuestros mayores os han hecho seguir una costumbre tan odiosa como debe ser odiada, ¿no es cierto que en todos vosotros se ha despertado el instinto de la curiosidad? ¿Y qué diremos de esas niñitas que por su sexo deben ser objeto de mayores cuidados en su educación? ¿Por qué adelantarnos a los designios de la Naturaleza? ¿Por qué enseñar lo que no ha llegado el momento de aprender?

Leed á Zola en su Padre Mouret y vereis un Sergio y una Albina buscar inútilmente lo que la Naturaleza no creía deber todavía enseñarles.

E indudablemente, lójicamente ¿podemos nosotros considerar totalmente honrada a la esposa que tiene secretos para con el marido, los

cuales no oculta a un estraño? ¿Qué faltas puede tener la mujer que no sean dignas de saberse por el padre ó por el esposo? Si existen esas faltas, no es el sacerdote el encargado de conocerlas, por que con su secreto criminal las fomenta, cuando los parientes con sus conocimientos podrían correjirlas.

¡Cuántas y cuántas mujeres han perseverado y perseveran en sus faltas, por esas creencias tan desprovistas de lójica! ¡Cuántas vemos faltar a sus deberes día a día a pesar de ir cada mañana al confesonario! y no obstante ¡cuántas se han redimido por los consejos de sus padres, por la benevolencia y cariño de sus esposos!

Y no quiero seguir aquí a la oradora en su disertación sobre las consideraciones que la iglesia ha guardado a la mujer, sino para llegar a otra conclusión.

Todos estamos persuadidos de la influencia en nuestro hogar, y todos los que somos casados conocemos y sentimos esa influencia y los que pensamos un poco para buscar la *Luz* que alumbre nuestras inteligencias, sabemos que la iglesia es hoy, sólo hoy, cuando trata de atraerse la mujer a su seno.

¿Recuerdan ustedes esa página de la Historia de Francia que refiere el episodio donde Juana de Arco conduce a la victoria al ejército de su Patria? Pues bien, vedla ahí asesinada por la Iglesia, martirizada, carbonizada por esos sacerdotes que entonces trataban a las mujeres de aquella manera. Pero hoy, mejor dicho en nuestro tiempo, a la mujer hace falta atraérsela, necesitan dominar el corazón de los hombres por medio de sus mujeres y santifican a Juana, a la misma que condenaron; y necesitan atraerse a las mujeres sin mirar ni en sus condiciones ni en sus cualidades, a todas, buenas y malas, y les presentan como modelo a una *Santa Rita*, el prototipo de la prostitución; y así, sucesivamente, están convencidos de que ya el hombre piensa, razona, respira con más libertad, no teme en una palabra a la influencia de sus doctrinas, porque no pueden hoy como ayer encender sus hogueras ni abrir las puertas de sus mazmorras, y buscan lo grande, lo más hermoso de que la naturaleza nos ha provisto; lo más bello, la mujer, destinada a dar al mundo hombres pensadores, científicamente preparados para la lucha y engrandecimiento de la Patria, que patrias no debe haber más que una, sin límites ni fronteras; hombres que mientras llegan a la coronación de sus ideas por la unificación de las Naciones, sepan ser sacerdotes que prediquen contínuamente la bondad de nuestra madre común Naturaleza y sepan estudiar y enseñar las Leyes de la Ciencia, que es la verdadera religión del hombre ansioso del progreso y de la civilización. Y buscan a la mujer en todas las manifestaciones sociales: de niña la enseñan a desobedecer las leyes naturales, atrayéndola al convento, para así impedirle cumplir la alta misión que tiene encomendada y enseñándole lo que con el esposo sólo debe aprender y su instinto le demostrará al despertar de la

materia; de esposa, la hacen huír del marido enseñándola a callar, traicionando y rompiendo la sociedad conyugal; de madre le roban la educación de sus hijos, que es la corona mas grande que una madre puede ceñir en sus sienes.

Yo quisiera que todas ustedes, madres amantísimas de tiernas criaturas, recordarais un poco a aquellas otras madres que ferozmente encarceladas por los frailes del siglo XIII y XIV, las negaban el amamantar a sus hijos y ni despedirse de ellos cuando eran conducidas a las hogueras; yo quisiera traeros a la imaginación aquellos tratamientos empleados con las mujeres por los ministros de la iglesia durante el imperio de la inquisición, aquellos hogares arruinados por la firmeza y honradez de una doncella: familias enteras encerradas en los calabozos, martirizadas horriblemente con los mil y mil instrumentos de tortura; padres y madres, cuyas carnes ardían bajo los hierros candentes de los perseguidores de sus hijas vírgenes, ante la misma presencia de éstas; hijos de corta edad, criaturitas recién llegada, a la vida que algo muy grande y sabiamente organizado por la Naturaleza le diera cínica y alevosamente martirizados y degollados ante la esposa fiel, por aquellos fariseos

Y esos mismos que así trataron a vuestro sexo en el siglo XIV, son los que en el siglo XIX y XX os atraen, porque creen conquistaros para que vosotras a vuestra vez nos conquisteis a nosotros y os amenazan con infiernos y purgatorios, donde aún muestran las hogueras que nosotros hicimos apagar.

Pero no temais: sabed ser fuertes, sabed sí conquistar a vuestros maridos, pero nó para el oscurantismo, para la *Luz*; nó para el atraso, sino para la Civilización.

Y concluyamos, como la elocuente oradora, invitándoos a rezar, pero la oración del amor a los oídos de vuestros amantes esposos; la oración del deber en el seno de vuestros hogares; la oración de la Moral y de la Ciencia en los pechos de vuestros hijos. Confesad con vuestros esposos, que ellos sabrán dar fortaleza a vuestros espíritus cuando puedan decaer en los ataques de la calumnia o la seducción; confesad con vuestras madres, que ellas os conducirán y guiarán mejor que nadie por el sendero de la virtud.

Y despues, cuando a solas, con vuestras conciencias, descansando en el reposo de las luchas de la sociedad y las necesidades y fatigas de la existencia, querais pensar en una máxima o mandamiento de ley natural, querais dar al espíritu reposo, haciéndolo reconocer la belleza de las leyes pór que se rijen los destinos morales de nuestra vida, haced esta comparación entre la iglesia y la Naturaleza; entre la religión y la Ciencia: la iglesia y su religión os enseñan como artículo primordial, como cosa primitiva de la felicidad humana, como materia esencial de la paz del alma,

Amar a Dios sobre todas las cosas y después otras tantas más de la Iglesia, hasta en cuarto lugar colocar al padre y a la madre. Y esos son los que pretenden que os dignifican y ensalzan...!

Dejando la cuestión de los dioses aparte, porque no es este el momento oportuno, y me saldría del objeto de este artículo, sin perjuicio de que lo trate más adelánte, comparad no mas las leyes naturales, es decir las Leyes de la Ciencia, la Razón y el Progreso, no las leyes del Libre Pensamiento, porque este no las tiene, si no que se limita a razonar, a consultar, a discernir, y acatar las consecuencias de la lógica, fundamentadas y experimentadas, según la Ciencia, y deducid de tales razonamientos la norma de vida de los séres y su papel y desarrollo en las Sociedades modernas; comparad, pues, aquella Ley primera, principal, fundamental de esa Religión con la primera consecuencia que todos los ilustres pensadores y sabios científicos enseñan como resultado de sus investigaciones, fórmulas y razonamientos:

La iglesia dice: «*Amar a Dios sobre todas las cosas*» Nosotros decimos: «*Amar, honrar, dignificar y respetar a vuestra madre que con vuestro padre es la causa del efecto que esteis en el mundo y a todos los hombres porque ellos son vuestros semejantes*; pero entendedlo bien, *vuestros semejantes y no vuestros hermanos*, porque si *todos fuéramos hermanos, todos seriamos criminales.*



Tercera Conferencia

La Familia

Antes de comenzar el tema que me trae ante vosotros, permitidme aún cuando sea por muy breves instantes, entre a ocupar vuestra atención, para contestar unas cuantas palabras que afectan, no ya a mí solamente, sino a los compañeros y compañeras que antes que yo pasaron por aquí.

En un diario de hoy, leo la opinión vertida en un reportaje, intercalado en la página dedicada a la colonia española, del más alto representante de su diplomacia, que dice así:

«Mi opinión es la de que los conferencistas españoles que vienen, no hacen bien a España, y sí mucho mal, pues se vulgariza la palabra y hasta se forma un concepto equívoco de la idea, y más, cuando esas conferencias las dan mujeres que no debían salir de su esfera de acción para evitarse cierto ridículo»...

Claro, señores, que siendo yo, de todos esos oradores o conferencistas españoles que pasaron por aquí, la única que está entre vosotros, tengo el deber de decir algunas palabras con referencia a este asunto, sin fijarme en que, indudablemente, no es el Ministro de España el que ha dicho esto; porque la idea no tiene patria, señores, y no es el representante de una Nación el que puede impedir la propagación de los bellos ideales. Esto, aparte de que, *vulgariza la palabra y se forma un concepto equívoco de la idea*... no he podido entender lo que significa, lo que ha querido decir el señor Ministro, porque tal vez la alta diplomacia tiene una

gramática especial para expresarse y aún creo que Cervantes tampoco comprendería eso. Por lo demás, es el representante del país en que nacimos el que nocomprende que los países se acercan, más todavía aun creo que por la diplomacia, por los vínculos de la sangre, por los vínculos de la idea.

Y si los que éstas llevamos hacemos perjuicio a España, ahí están los antecedentes de cuatro siglos: en todo este lapso de tiempo, la diplomacia monárquica no ha hecho nada para unir, moral e intelectualmente, a esos países, mientras los conferencistas españoles están reconquistando para España el amor de los pueblos americanos. La unión de España con los pueblos que hablan su mismo idioma, no se hará solamente por la diplomacia, que el arte y la literatura unen tambien los corazones en un sentimiento común.

Los que venimos a hablar de libertad, los que venimos a hacer campaña del otro lado del Atlántico, expresamos que allá, detrás de esos mares no se ajita la España de los tiempos del misticismo, la España antigua, sino la España de Pi y Margall, señores, la España de las libertades!!...

Yo no he consultado al Ministro de España, sino que me he acogido a la hospitalidad vuestra, y con o sin el permiso del representante de España, sigo hablando, señores para los chilenos!...

Entro, pues, de lleno, en la misión que aquí me trajo; está perfectamente ligada con el asunto de que os hablé en la pasada noche, tratando las relaciones de la mujer y su influencia en las sociedades, por las íntimas relaciones de amor con el hombre.

Vamos a buscar, señores, a la familia, vamos a estudiarla, tal como podemos comprenderla hoy. Si ella no fué considerada en siglos que pasaron sino como un elemento que daba, a su vez, riqueza espiritual y riqueza de número de individuos, para los señores de la Iglesia y para los señores de los Estados, cuando llegamos como hoy a necesitar para la constitución de los Estados, no ya siervos, sino séres pensantes, cuando el Estado no es ya un hombre como creyera un rey de célebre recordación cuando decía: «El Estado soy yo», viene a elevarse la familia, para constituír las partes componentes del Estado; y como la suma no es nunca igual al total, sino a la reunión de los diferentes componentes, venimos a ver que el Estado no puede ser sino el reflejo de la familia. Una alta concepción de los deberes del ciudadano para con el país y con el mundo, hace que el Estado compuesto por todas estas familias sea grande y sea noble.

De esta manera la familia se eleva.

La familia es algo más que el producto de la Iglesia, la familia es el elemento constitutivo de la voluntad y el carácter de los pueblos; en este sentido es la más alta y única representación del estado liberal.

La familia es una institución religiosa, en nuestra religión del presente; representa la unión espiritual y mística de Cristo con la iglesia. Si fuese esta unión de Cristo con su iglesia lo que la familia representa, no podría confiarse mucho en ella, *porque hace mucho tiempo que Cristo y la Iglesia están divorciados.*

De la familia como institución divina se deduce que será tanto y más moral y tanto más beneficiada, cuanto más sirva a aquellos elementos que la han levantado.

Y bien, señores, antes de pasar adelante, permitidme recordár si la familia ha llegado al sumun de lo que desea la época.

Pongámonos de acuerdo sobre si la familia es una institución de órden religioso, o si es solamente de órden puramente humano, y puramente social.

Las Leyes romanas de la época de Augusto imponían contribuciones a los célibes para estimular la producción de siervos, que la Iglesia en el siglo IV de nuestra era, de donde han de salir las más grandes figuras del Santoral Cristiano, hubo de suprimirlas, ¡No era posible imponer a estos santos varones una contribución por el matrimonio!

Y los padres de la iglesia claman contra el matrimonio!...

Pero oigamos a algunos padres de esa iglesia.

San Jerónimo: «Cortemos de raíz el árbol estéril del matrimonio. Dios en un principio permitió el matrimonio, pero María y Jesús han consagrado la alta virtud del celibato».

Y agrega otro Santo Padre, hablando aún más claro en este sentido, San Ambrosio: «*En un principio Dios no pensó que la especie humana se multiplicase en la forma existente, sino como se reproducen los ángeles*».

No hago aquí un paréntesis, ni tampoco un signo de interrogación y dejo a los fisiólogos eso de la reproducción angelical; sigue el Santo: «*Pero después del pecado de Eva*,—porque no olviden las mujeres que fué Eva la que pecó,—*Dios castigó al hombre imponiéndole el matrimonio*».

De modo que, según este Santo Padre, el matrimonio no pasa de ser un castigo de Dios.

Otro gran Padre de la iglesia, San Pablo, el hombre de más alta autoridad, aunque talvéz no fuera de la misma opinión de sus compañeros, no se atreve a romper con las corrientes de su época y dice:

« *Yo quisiera que todos los hombres, solteros y viudos, permanecieran como yo, en un perfecto estado de pureza; más si esto no es posible, que se casen— agrega.—El padre que casa a su hija, hace bien, pero el que no la casa, hace mejor*».

He ahí, señores, como trata el asunto San Pablo; vemos que considera al matrimonio como un remedio, como un mal menor, elegido ante uno mayor.

Me hace recordar a la Terapéutica, en que se dá la morfina para calmar los grandes dolores: para esos Santos Padres, el matrimonio no es otra cosa que un remedio terapéutico.

Este es el concepto de la iglesia, con respecto al matrimonio, pero como no bastaría esto para formar opinión, porque puede la Iglesia haber evolucionado proclamando la práctica de los ritos actuales, veamos si la iglesia ha reconocido en el matrimonio a la más grande de las instituciones sociales; estudiemos el concepto de la iglesia entre la sanción dada al matrimonio y a la toma de hábito de una mujer.

¿Habeis estudiado, señores, lo que significa, lo que es esa abdicación de la mujer de las cosas santas de la vida?

¿Habeis presenciado lo que es esa abdicación de la mujer para ir a desposarse con el propio Jesucristo?

¿Habeis visto, en ese momento que se llama *la toma del hábito*, habeis visto, cómo la iglesia se engalana, cómo suenan las campanas, cómo el sacerdote busca las frases más elogiosas y melosas para hablar de las heroicas virtudes de aquella que va a consagrarse?

Observemos, señores, el instante de la vida, en que la niña se agita todavía en la cuna y pide los cuidados maternales. ¡Cómo la madre, en cuyo corazón ha puesto la Naturaleza los más grandes latidos; cómo la madre se inclina ante la cuna de la niña, cómo la mecé en el momento en que está agobiada por la fiebre, cuando sus mejillas se encienden; cómo se afana por librarla de la enfermedad; cómo adivina en los ojos del doctor si la niña recobra poco a poco la salud; cómo sonríe al mismo tiempo el triunfo de la maternidad, con una vida que vuelve a la Naturaleza......!

Y ya cuando joven, vemos cómo el padre se afana y lucha con la suerte día y noche, para proporcionarla los zapatos y también los vestidos que la niña llevará; para comprar las muñequitas y los juguetes; todos los actos de la vida que forman la abnegación paternal!

Y bien, señores, esta abnegación, supone el sacrificio de dos vidas, que ven crecer día a día a la niña, y cuando es joven y fuerte, ellos ya no tienen la energía de otros tiempos. Entonces los viejos buscan en ella la sonrisa del amor felíz, y en ese momento, la hija, que tiene la obligación, el deber de pagar todos los sacrificios, se siente mística, atraída por la Iglesia, y cree que fuera de ella nada hay más grande en la Naturaleza, ni aún el cariño y el respeto por sus padres, y se olvida de ellos para ir en pos del cariño de un esposo invisible, y cruza las puertas del convento y ved, entonces, cómo la iglesia se regocija y ensalza sus altas virtudes, miéntras la soledad de los pobres viejos, reclama al mundo lo que le quita el egoísmo del fanatismo religioso.

No hemos visto más que una parte de este cuadro; hemos discurrido sobre el alto concepto de la iglesia; veamos ahora cómo trata la iglesia la

maternidad y deseo que me escuchen atentamente todas mis compañeras de sexo.

Todos los que estais presentes conoceis una inveterada costumbre, un rito religioso que se impone a la mujer madre.

Cuando ésta ha visto sonreir su amor, cuando ya ha tenido en sus brazos al hijo de sus entrañas; cuando se ha elevado a la altura de las más grandes mujeres, cuando ha reanudado sus ocupaciones, y todas esas séries de vinculaciones sociales, sale por primera vez a la calle, y ¿sabéis a donde se dirige? ¿Acaso va a buscar a sus padres, viejecitos, para presentarle a su nietecito, talvez a buscar a sus amigas y compañeras de la infancia, que con ella han soñado en ese esperado momento de la maternidad?

La mujer no va a ninguna de estas partes; la mujer se dirige a la iglesia y oye una misa. Más, lo que no sabe esa mujer es el nombre litúrjico de esa misa.

¡Esa misa se llama la misa de la purificación!

El pueblo judío, del cual han tomado tanto las religiones modernas, sostenido por la série de elementos que lo constituían, tenía entre sus leyes la de considerar impura a la mujer madre durante siete dias si el hijo era varón, y durante dos semanas si era hembra. ¡Siempre hemos salido perdiendo las mujeres!... La iglesia ha recogido aquella herencia judaica y la mujer todavia necesita purificarse después de la maternidad. Es así como cuando la mujer se eleva a la más grande misión social, cuando coloca sobre su frente la triple corona del dolor, de la abnegación y del amor, es entonces cuando la iglesia la declara impura: es entonces cuando la obliga a ir al templo a buscar un sacerdote que la redima, a un sacerdote que no sabe de los grandes ministerios de la paternidad ni de la maternidad; es al sacerdote antes que a cualquiera otra persona, que la madre lleva el hijo que ha dado a luz, el que debe ser para el mundo siempre un trabajador, y talvez un genio. Y debe orar devotamente la misa y esperar que un sacerdote le perdone el enorme delito de la maternidad.

Se comprende, pues, desde el punto de vista de la fe de aquella série de instituciones que determinan un dogma, que la mujer con el hombre no pertenecen a la vida, sino a una religión, antes que nada a la iglesia.

Y ¿por qué, señores, la familia así constituída por la mujer ha de ser siervo que consulta a la iglesia antes que a los intereses de la patria, y no ha de libertarse de todos los preceptos de esa inferioridad dogmática?

Y es en este concepto que se hace descansar la familia y es así que vemos a la familia constituida sin que sea lo que nosotros queremos que sea, lo que necesita el mundo que sea y no una mujer y un hombre que se unen sólo para soportar la vida; sino que unan sus pensamientos sus almas, sus inteligencias, que formen una sola voluntad y que vean en

el hijo, más que al hijo al propio hombre, cuyo corazón y cuya voluntad pertenecen al mundo.

Vamos a buscar esa estrecha unión de la mujer y del hombre, esa verdadera comunión intelectual, con que todos los hombres y mujeres sueñan antes de entrar al matrimonio.

¡Cuántas veces encuentran que la divina inspiración no existe! ¡cuántos de vosotros habéis oído hablar del matrimonio, con respeto siempre, pero también con un jesto de cansancio y de indiferencia tal, que parece que el matrimonio se aparta del deber y la obligación noble y grande que los junta para la vida.

Si nosotras las mujeres encontramos esta misma dolorosa abnegación, ¡cuántas mujeres que sueñan con el amor, que tiene un papel nobilísimo en la vida, y, sin embargo, no han llegado a encontrar en el matrimonio aquel amor, aquel cariño que soñaban! Es acaso, ahondando bien el problema, porque encarna toda una base de moral social e individual, como han dicho algunos poetas que escriben haciendo frases sin fijarse en el fondo de lo que escriben, ¿es que el matrimonio es la tumba acaso del amor? ¿Es acaso que hemos llegado a la consecuencia triste que no hay en el matrimonio esa compenetración de las almas?

Y bien, investiguemos esto, que es la comunión espiritual e intelectual de la mujer, como ley de la Naturaleza. No debe ser porque el matrimonio sea la tumba del amor, debe ser porque haya algo que asesine al amor a las puertas mismas del matrimonio, y ese algo es el atraso intelectual de la mujer; no porque la mujer sea inferior mentalmente al hombre, sino porque la ha deformado la religión.

Si se observa el matrimonio y se estudia la educación que la mujer recibe para ejecutar los actos más trascendentales de su vida, se encuentra esa educación, que recibe para llegar a las puertas de un hogar, formado por ella y para ella; siendo que nuestro pueblo siente un santo horror a la educación en común de los sexos, la mujer y el hombre viven absolutamente separados; apenas cuando llegan a la juventud se miran frente a frente y se conocen, cuando antes vivían completamente extraños; son dos seres que no han tenido puntos de contacto y que si pueden tener la inclinación natural, no pueden de ninguna manera estimarse, porque no se pueden estimar unidos las almas y los pensamientos, si no se conocen i si no se han visto jamas.

La mujer no es ciertamente preparada por la madre para cumplir los altos deberes del matrimonio. La niña, a los 7 años, tiene una educación física defectuosa. Una niña, mujercita, ¿cómo puede saltar libremente? Escandalizaría a la opinión pública... sin embargo, esa niña, a la que se le han privado los juegos al aire libre, a la que le han impedido desarrollarse físicamente, debe mañana ser madre de hijos que deben ser conti-

nuadores de la especie, hijos raquíticos. Y nosotros, ¡queremos hijos fuertes, queremos un pueblo sano, señores, cuando criamos mujeres débiles, enfermas! Preciso es que la hagamos fuerte, para que sea madre de hijos perfectamente conformados para la lucha por la vida.

Veamos cómo continúa la educación de la mujer.

La niña ha de saber religión, mucha religión; y ¿qué diría la jente de una niña, de 12 a 13 años, que no practicara constantemente todas aquellas insinuaciones de la religión de sus mayores?—La niña ha de ir al convento, se colocan en sus manos una multitud de libros, sobre los cuales yo llamo la atención de los padres de familia, que ejercen una gran influencia en la niña. En esos momentos, en que la niña aún no ha sido iniciada en el camino del mundo y en que sin embargo su corazón le dice, *llama*, es en esos momentos que trata de investigar los hechos de los libros religiosos, y lee cosas que no ha visto, cosas y libros que le hablan de amores místicos y propagación de la especie, que ella no sabe y que sólo puede admirar en la imaginación de la iglesia; en este momento, no es la madre la que la inicia, pero sí, es la madre la que le da a conocer falsas causas y quien la induce a errores. Entonces hay que preparar a la niña para la primera confesión. Y junto a esto, que todas podeis observar, veamos como continúa la educación de la pequeña Entonces lee sólo las novelas determinadas por el sacerdote, libros antiguos que no interesan y que no pintan la vida en toda su realidad. La niña lee novelas de amor, de costumbres, las célebres novelas que enferman a la juventud española, aquellas novelas de Fernández y González y las de Carolina Invernizzio, que habla de la mujer modelo; aquellas que hacen concebir en la mujer una especie de hombre ideal, que no puede existir en el mundo. Empiezan en el libro a beber a raudales el misticismo, y toman por séres humanos tipos de donceles con espada y laud, o gallardos galanes que pasan la vida de rodillas ante Dios o ante la adorada; tipos creados por la imaginación del poeta, y marchan al matrimonio creyendo encontrar en el esposo hombres iguales a los galanes de las novelas.

Y es así, cómo engañadas por la realidad de la vida, van engañadas al matrimonio.

Cuántas decepciones horribles, i qué tenebrosos abismos hai muchas veces entre dos Séres, que podían desde antes de enamorarse ser evitados.

Si quereis observar el abismo infinito que existe entre la mujer y el hombre una vez pasada la luna de miel, si quereis ver un momento el hondo abismo que para desgracia del hombre y la mujer se crea en el matrimonio, fijaos un momento en la vida íntima del hogar; veamos por ejemplo la lectura de los diarios de la mañana.

El hombre, preocupado de las cosas de su país, estiende el periódico y lee el editorial; la mujer toma el periódico y busca la revista de modas;

el hombre inteligente, con su espíritu de investigación del mundo, va a observar los cablegramas; la mujer busca la crónica de policía: va a saber cuántas puñaladas y cuántos tiros se han repartido en la ciudad; el hombre se apasiona por una crónica científica ó algo que interese directamente a su comercio, su profesión u oficio; la mujer busca la pagina religiosa, para saber dónde debe ir a rezar las *cuarenta horas*, o en qué iglesia habrá novena.

Ese apartamiento, esa especie de separación antagónica con que se miran dentro del matrimonio el hombre y la mujer, proviene únicamente de la educación de ella. Es que cuando el hombre y la mujer se unen, van soñando encontrar en el matrimonio todo aquello que han abandonado en la vida.

El hombre ha dejado a sus amigos, ha dejado sus correlijionarios y el club y quiere encontrar en la mujer todo aquello que tenía en el mundo: quisiera hablar con ella de política, quisiera hablar de ciencia, de ideales, que entendiera su comercio; pero la mujer no entiende nada de esto, porque no ha sido preparada para ello..., y cuando vé que la mujer no sabe nada de esto, y cuando quiere hablarle sobre estas cosas y ella no le atiende, porque está muy ocupada en arreglar un velo, o en dar un pliegue a un vestido, y cuando un día y otro día el hombre no encuentra en el hogar ese ambiente natural que busca y que le es necesario, vuelve nuevamente a los círculos de sus amigos, vuelve nuevamente al club; y aunque siempre siga amando al hogar y a la mujer, ya no es ese cariño de antes, es el cariño del mayor hácia el menor; no es ya ese cariño que la mujer necesita; y la mujer, que ve ir faltándole ese sentimiento, la mujer que ve cambiar a su esposo, que no ha tenido libros que hagan robustecer su cerebro, que tiene compañeras y amigas que no la comprenden, que no conocen las razones que puedan servir de alivio a su desgracia, no tiene más que el confesionario, y es al sacerdote a quien va a contar sus intimidades. Y ¿qué puede decirla un hombre que no comprende las cosas ni los sentimientos de la vida? Lo único que le dice es que rece, que pida a Dios, que haga ofrenda a la Vírgen, para que Dios se apiade de ella.

Entónces miéntras más va a la iglesia la mujer, miéntras más se entrega al misticismo, el hombre se aleja más todavía del hogar; y se produce ese divorcio moral, más triste que el divorcio que establecen las leyes, en que reina esa comunión espiritual que no les reune jamás, porque jamás se entienden, y que soportan la vida en medio de la desilusión y sintiendo golpear a sus puertas el cansancio que llega al corazón y que aleja los sentimientos la soledad de dos en compañía, de que habla el poeta.

En este divorcio moral, que no observan las sociedades, que no observan los amigos y que no pueden conocer sino los propios actores del

drama, en este sentimiento nacen y crecen los hijos, sin energías, sin voluntad, séres muertos para la vida, sin tener deseos de la vida siquiera.

Hay altos remedios, grandes remedios, para aspirar a mejorar esta situación triste porque nuestras sociedades atraviesan: es preciso que el hombre se lo repita, que para que la mujer sea feliz en su hogar, el amor no solo depende de la belleza física; que la mujer, nó debe estar pendiente de las canas de su cabeza o de las arrugas de su rostro, pues esta belleza física o este arreglo tienen que desaparecer más tarde.

No hace mucho, siete años más o menos, moría un hombre célebre, el gran Berthelot, junto al lecho en que acababa de expirar su mujer: al verla desaparecer, Berthelot siente el vértigo de la desesperación, y cae junto a ella, lo que hizo decir a la prensa europea que en nuestra época se renovaba la historia de Julieta y Romeo. Yo conocí a Berthelot i pude saber por qué esa vida caia rendida. Un dia la propia mujer de Berthelot me contaba con el entusiasmo propio de mujer enamorada, cómo amaba y cómo era amada por su esposo. Cuando hablaba de su marido juntaba sus manos, en una devoción mística; al igual de esas mujeres que juntan sus manos y con los ojos arrobados adoran de rodillas a su Dios, así esa mujer que ya no era jóven, que ya no sabía de los grandes entusiasmos del amor, hablaba apasionadamente del esposo y reflejaba en sus ojos la veneración que sentía por él. ¡Admirable espectáculo! ¡Aquella mujer y aquel hombre se habían entendido en el mundo! Ella era su compañera y amiga, el complemento intelectual que gustaba de sus gustos científicos, y que era el consuelo y la alegría en sus horas de trabajo.

Cuando este hombre que llegaba a adorar a su mujer, para el cual el amor ya pasára, sintió que su alma, que su inteligencia se iban con la muerte de ella, entonces, franqueó la vida para ir a reunirse con su mujer y eternizar su amor. Piensen en esto las mujeres que me escuchan, sepan que la mujer para llegar con la plenitud de todas las obligaciones al matrimonio, ha de ser la compañera intelectual del hombre; no ha de pretender hacer brillar ante el hombre esa belleza física, que poco dura, aun cuando se la retoque, sino que debe hacerse amar por otra belleza interna, por esa belleza intelectual que no se acaba, que vive siempre en plena juventud.

Lo que debe hacer la mujer es elevar sus aspiraciones intelectuales, para poder ser así una digna compañera, una igual del hombre. Cuando hayamos conseguido esto de la mujer, habremos apartado del matrimonio dos grandes peligros: habremos hecho imposible la infidelidad; habremos apartado por completo el hastío y *la soledad de los dos en compañía*, y perpetuaremos entónces la alegría de vivir, entónces el matrimonio se asentará sobre bases sólidas y los esposos se amarán eternamente. Entonces no habrá temor de que el amor termine cuando la luna de miel va en cuarto

menguante; durará más que la juventud y aún en medio de la vejez, el cariño rodeará a las blancas cabezas, y veremos siempre en sus labios las alegres sonrisas de los jóvenes.

Cuando esto se haga, cuando se trate de conquistar el corazón del hombre, no por la belleza física, sino por las inteligencias; cuando se haya conseguido esto, entónces la familia se habrá elevado a un alto concepto; entonces el amor sonreirá en el mundo, porque será el amor grande el que unirá a los hombres, que unirá a la familia, que unirá a los pueblos en la vida, para unir la Humanidad. Este amor puede ser conseguido por la mujer, y entonces recibirá el premio por haberlo hecho brillar en la vida, no sólo como lo manda la Nnaturaleza, sino aciéndolo más grande, más profundo, más humano: la unión del hombre y la mujer en esta forma será la base natural y social para el porvenir de las sociedades i la familia!



El Hogar y la religion católica

Crítica de la 3.ª Conferencia

No quiero entrar de lleno a tratar la última conferencia de doña Belén de Sárraga, según acostumbro, sin primero referirme, en estas líneas, a algo que *La Razón* trató ya valientemente.

Hago mención a esas líneas escritas en forma de *interview* en otro diario, que dicen pronunció el Excmo. señor Ministro de España. Sin duda no fueron expresadas por *ese español*, tal como el diario aquel las ha escrito, porque hay que saber lo que es la España moderna, hay que conoce a fondo las ideas que guian a los gobernantes del pueblo español en el día y que tan bien concibe, manifiesta y trata de desarrollar S. M. Alfonso XIII, para comprender el agrado con que todos los españoles vemos extenderse por estos hermosos paises de América, por estas tierras que nadie puede negar son como una continuación de aquel territorio europeo, difundir entre los americanos, que nadie puede negar tampoco son los descendientes de nuestras propias familia, las ideas que han regenerado y comienzan a levantai a la España, que un día de triste recuerdo se sintiera agobiada por el peso de los secuaces de la iglesia, se sintiera abatida por los golpes que recibiera bajo la indolencia, mejor bajo la tiranía de los dictadores.

Vean si nó al monarca día a día avanzando en el liberalismo de las ideas. Ya no toma parecer solo a los jefes de los partidos conservador y liberal o moderado; ya no dicta sus leyes de acuerdo sólo con los conservadores y liberales de centro, ahora consulta también los partidos de ideas nuevas; ahora escucha y trata de atraerse a los republicanos, que eran antes los enemigos de su reinado y hoy están dispuestos o cooperar al resurjimiento de su patria, bajo una lejislación que armonice el afan de progreso y civilización del pueblo con el trono.

Día a día desfilan por el palacio real, llamados a consulta por el Rey, hombres que, como Azcárate, Melquíades Alvarez y todos sus compañeros de ideas, representan no sólo la política eminentemente liberal, sino el adelanto en todo los órdenes del pensamiento; las ha inculcado en el cerebro de don Alfonso un hombre que seguramente no ha olvidado ni olvidará jamás ningún español: don José Canalejas y Méndez. Ha sido este ilustre hombre público, el que ha sabido aconsejar y guiar al monarca por el camino del bienestar de su nación y ha cabido a los Libre-Pensadores, a esa gran federación de ciudadanos unidos por los vínculos más estrechos de libertad, progreso y trabajo, la honra de dar a España un hombre que la desviara del camino que seguía hacia su ruina y perdición.

Por esto digo y repito que no puede expresarse así un representante del Rey de España, que debe conocer las ideas de su Monarca; por eso, no puede hablar de esa manera un español que ama, desea y coadyuga al bienestar de su patria, por eso creo nonradamente, quiero hacerle el honor a su Excelencia de creer que sus palabras han sido ma- interpretadas por el reporter del diario ese; lo contrario sería muy poco favorable, desvirtuaría muchísimo el al o concepto que tenemos formado en la colonia española chilena, del Representante Diplomático de nuestro país.

Después de estas palabras que como español no he podido resistir al deseo de escribir, aún cuando la señora Sárraga ya se ocupó también del asunto en los comienzos de su conferencia del Sábado último, empiezo mi tarea dedicando unas líneas, primeramente, a la inteligentísima mujer chilena.

¡Qué hermoso espectáculo presentaba el teatro! ¡Cuántas damas de la más selecta y escogida sociedad ocupaban un asiento en el salon! El alma se ensanchaba, el espíritu se deleitaba, el corazón palpitaba fuertemente de regocijo y alegría al contemplar a la compañera del hombre, que venía del brazo, apoyada y unida estrechamente a su compañero o a su padre, a escuchar los principios del Progreso.

Todos respirábamos una atmósfera de bienestar, todos nos sentíamos rodeados de un ambiente tan halagador, que las espanciones más brillantes de la felicidad, las expresiones más radiantes del deleite, se contemplaban en todos los rostros. Y veíamos allí señoras respetables de cabellos plateados rodeadas de sus bellísimas hijas, mujeres ya capaces de comprender y de recibir la *Luz* que iba a brillar ante sus ojos; señoras jóvenes recien iniciadas en la vida matrimonial, deseosas de ilustrarse con las teorías de la felicidad y la paz conyugal, y hasta vimos, madres que llevaban de la mano niñitos y niñitas de corta edad que seguramente iban a oír por vez

primera verdaderos principios de ilustración, verdaderos conceptos de paz social, verdaderas leyes, si podemos llamarlas así, de saber vivir bien con arreglo a la Moral, los altos fines de la Sociedad y las bases fundamentales de la Ciencia.

No quiero exagerar ni mentir, y mucho menos en estas crónicas enque de VERDADES trato, pero sin temor a equivocarme puedo afirmar que mas de un cuarenta por ciento, por no decir casi la mitad del público congregado en tan armoniosa concordia, formando tan respetuosa y selecta *Familia*, eran señoras, señoritas y niños ¡qué hermoso ejemplo de educación! ¡qué retrato más simpático de civilización! ¡qué PAZ más augusta del afan de Progreso de una Nación tan liberal, tan fuerte y tan trabajadora!

¿Y qué podría decir yo de la conferencista que todos no apreciáran? La única expresión que puede manifestar más claramente la altura a que estuvo colocada en su tercera oración, es decir que su elocuencia está en razón del orden de sus conferencias: el sábado estuvo por consiguiente tres veces más sublime que en su primera alocución. Cada vez la encontramos más elocuente, mucho más concisa en sus apreciaciones, mucho más poética en sus frases. Fué su conferencia sobre la Familia, de una concepción tan genial, que pasó de los límites de las ideas a los senderos de la literatura; no sabría decir si fué una conferencia social o literaria, no podría definir si su disertación fué moral o poética; no podría si calificarla de hermosa descripcion doctrinaria o preciosísimo y castísimo alarde de erudición castellana.

Y aquí quiero colocar una frase que escuché de labios de un conocidísimo personaje de nuestro país, que salía del teatro dando el brazo a su distinguida esposa y al pasar por mi lado le decía: «Aunque no tuviera uno las mismas ideas que predica esta señora, no se debe perder una conferencia por amor a la literatura y al idioma».

Efectivamente, señores, con esto está dicho todo, y a propósito del idioma, no estaría demás que tomara nota de esa frase de un chileno, el Excmo. señor Ministro Plenipotenciario de España.

Y ocupándonos del tema que desarrolló la *ilustre castellana*, porque la señora Sárraga no solamente domina extremadamente el idioma sino que es nacida en aquel rincón de la España, nos demostró cómo desde los tiempos más antiguos y en todos los pueblos de aquella época se trata de favorecer el matrimonio, por lo que este significa para el engrandecimiento de las naciones.

Efectivamente, si el matrimonio es una institución esencialmente social, debe estar en relación directa con el grado de civilización de los pueblos, y así podemos observar, que allí donde la mujer ocupa una situación muy inferior a la del hombre, se manifiesta (más claramente su estado en el matrimonio) lo mismo que en las sociedades modernas que colocan a

la mujer al nivel intelectual del hombre. Es, pues, directamente el matrimonio el reflejo del estado social de la mujer en las distintas naciones, considerado naturalmente en las relaciones del hombre con la familia.

Y no solamente en Roma sino en otros pueblos más antiguos, allá en las orillas del Tigris y del Eufrates, existían leyes que obligaban más o menos al matrimonio: el derecho mosaico decía que todo hombre válido estaba obligado a casarse y las autoridades podían hacerle tomar esposa; allá en el imperio de Asiria en el siglo VIII antes del cristianismo, Zoroastro en su legislación favorecía el matrimonio de tal manera, que ordenaba a todos los que conocieran a un hombre justo y sabio procurarán decidirle a abandonar el celibato y dice el VENDIDAD, que *quien tenga una hija o hermana de quince años por lo menos que goce de buena reputación debe preocuparse de proveerla* «I DOTARLA DE PENDIENTES DE OREJAS» y termina diciendo: «*toda doncella que se niegue a tomar esposo irá fatalmente a habitar las regiones infernales, sea cual fuere la excelencia de sus buenas obras*».

Continuemos estudiando las leyes de esos pueblos, que al punto se refieren, porque ello es preciso para nuestro objeto: los griegos no tenían en cuenta sino el interés público y en vez de *practicar* el matrimonio en el interior de la vida privada, lo consideraban *un deber práctico y una necesidad*; y dice al respecto Platón, que todo ciudadano que antes de los treinta y cinco años no hubiese contraído matrimonio, pagará una multa anual de cien dracmas, *sin perjuicio de no tener derecho a que los jóvenes muestren el respeto debido a la vejez*; y la ley ateniense negaba las funciones públicas a los solteros.

Todavía más duras se mostraban las leyes y aún las costumbres en Esparta, con los partidarios del celibato. El hombre que se negaba a constituir una familia, recibía el dictado de *infame* y había una fiesta especial en que las mujeres les hacían dar la vuelta al altar, azotándolos de la manera más despiadada.

Y llegando ya al pueblo Romano, citado por la elocuente oradora en los comienzos de su oración, dice Tácito que si se presentasen dos candidatos para un cargo público, se confiriera al que más hijos tuviese, (*Númerus liberorum in candidatis proepollet*.......) (Tácito II).

Según Aulo Gelio (II, cap. XV y los *Annales* de Tácito, (XV) el Cónsul que contaba con mayor número de hijos era el primero que cogía las fasces y se le reservaba la elección de las provincias. La Ley II *De minoribus*, dispensaba un año por cada hijo a los senadores que aspiraban a los cargos de la magistratura. Y todavía encontramos el derecho de los tres, de los cuatro y de los cinco hijos (*Instrium*, *quatuor*, *quinque liberorum*) que dispensaba de las tutelas, curatelas y demás cargos onerosos a los padres; y aún existía un privilegio de la paternidad múltiplo que se designaba con las letras I. L. H. (*jus liberorum habens*).

Y en contra de estos premios, sin poderlos llamar así, que se concedían a los padres de familia, vemos los castigos, penas y multas otorgadas a los célibes. La Ley Papía Popea contra los solteros fué propuesta por los Cón sules Pappio y Poppeo, y creaba un impuesto llamado *oesuxorium*, que exigieron por primera vez en el año 350 de Roma, Furio, Camilo y Postumio, Asimismo se les obligaba a ser insceriptos con una condición social inferior para indicar que no representaban sino el mínimo de los derechos y de los intereses y hasta se les reducían y aún confiscaban las herencias y los legados que les correspondían.

Llega después el cristianismo, y como todos sabemos que sus leyes y costumbres todas estaban calcadas en las primitivas de los diferentes pueblos, porque especialmente al catolicismo le era necesario para la introducción de su dominio en el mundo hacerlo suavemente y sin romper totalmente con los usos pasados, en un principio acata aquellas leyes. Y tan cierto es esto, que leemos en M. Colín, que «la Iglesia no desaprobaba el respeto a los antiguos usos locales, ni las fiestas populares, porque no había en ello nada resprensible» y hay que tomar en cuenta que esas *fiestas populares*, muchas de ellas significaban verdaderas *costumbres paganas*, y el Concilio de Trento había formulado el deseo de que siguieran en este punto las tradiciones del pasado, con tal de que estos usos no ofreciesen un caracter grosero.

Vemos, pues, a la Iglesia, con su humildad hipócrita empezando por acatar las leyes y costumbres antiguas hasta el extremo de aceptar ideas tan poco hermanables con la verdadera sociedad conyugal, como esta que leemos en Pothier: «Doy por sentado que la codicia me mueve a abandonar a mi desposada para buscar en otra una fortuna mayor que la suya; *pues he aquí una cosa que ni a los ojos de Dios ni a los de un pagano honrado ha de aparecer como razón suficiente para faltar a la fé prometida.*»

Y poco a poco la iglesia empieza a suprimir las penas impuestas al celibato, y llega hasta el momento de que lo ensalza, como dicen San Jerónimo y San Antonio y el mismo Concilio de Trento, que sanciona las disposiciones tomadas en el de Letrán, y que quiso antes respetar las distintas manifestaciones por medio de las cuales los esposos expresaban su acuerdo, exigió más tarde que el matrimonio fuera celebrado por *un párroco*, y ya tenemos en el siglo X abiertamente declarada a la iglesia como legisladora en este punto que empezara en el año 4.° del cristianismo a tratar de dominar poco poco.

Y con estos complementarios que yo apunto en apoyo de la tesis sostenida por la señora Belén en su erudita alocución sobre La Familia, vemos, pues, a la Iglesia entrometerse y hasta dominar si se quiere en el espíritu del pueblo para así poder llegar como un camino más al cerebro de las mujeres, que son en realidad las que en sus altísimas funciones de

madre han de coabyuvar grandemente al esclarecimiento intelectual de las razas.

Vemos así como ha llegado a conseguir poner en las manos de las mujeres, futuras esposas, esos libros que, como os decía yo en mi artículo anterior, son escándalo de la moral y mancha de nuestra sociedad. Allí aprende la niña unos amores que nadie puede hacerle experimentar: allí la hacen concebir una idea del amor que no le es dable ver realizada; allí le explican el amor al esposo, pero un amor y un esposo que jamás se encontrará en la vida. Y yo quiero llamar mucho la atención de las mujeres, hacia esta palabras con que désignan a su dios. *esposo.* ¿Cabe, señores, aplicar tal calificativo al dios que nos presentan en la forma que ellos lo hacen? ¿Por qué no han dicho hermano? Ha sido precisamente *esposo* y así consiguen conquistar el corazón de las virjenes para su misticismo, robándolas al progrefo del mundo. Es así como, si en realidad ellos no lo manifiestan abiertamente en sus doctrinas, reconocen allá en el interiord e sus imaginaciones que el mejor medio de atraer a la mujer es diciéndole encuentra un esposo modelo, es decir, reconocen esa lei natural que debe necesariamente conducir a la mujer a los brazos de un esposo y procuran robarla a uno para decir que la entregan a otro. Pero, ¡qué diferencia del actual! El primero tiene su objeto reconocido y acatado de la ley primitiva de la naturaleza, por todas las leyes de todos los pueblos y todas las razas; el segundo, aún no le conoce nadie su objeto, su conveniencia social... ni el fin *lógico y natural* que persigue.

De aquí pasamos a la educación de la mujer y nos retrata la oradora, con frases las más poéticas que empleara toda la noche, el terrible equívode las madres de familia en la enseñanza que dan a sus hijas y que tienen como consecuencia el divorcio moral que todos vemos en muchísimos matrimonios de ñuestro siglo.

Hay que educar a la mujer atendiendo a dos principios fundamentales y necesarios a la vida moderna de las naciones: física y moralmente.

Físicamente, hay que desarrollar el cuerpo de la que debe darnos robustos vátsagos; no podemos esperar de un árbol raquítico de una *muñequita de salón*, como les calificó la conferencista, hermosos ejemplares de hombres sanos, aptos y capaces para emprender la lucha de la vida i seguir el desarrollo del trabajo.

Moralmente, hay que decirle la alta responsabilidad que contrae al compartir su vida con la de un sér que representa en sociedad un objeto y fin, y la mujer debe saber poner toda su enerjía, toda su capacidad a buen recaudo para conseguir atraer al marido al hogar, al hombre al seno de la familia.

Y yo no sabría amables lectores, seguir en este punto y hasta el final a la señora Belén de Sárraga, porque, como decía más arriba, su erudicción

fué de lo más selecto, su lógíca de lo más razonada, sus figuras y sus frases de lo más poéticas que se pudieran concebir, y no seré yo ciertamente el que trate de perjudicar aquella *sublime* con otras razones y otros argumentos que la perjudique. No, señores, yo refiero y comento lo que escuché, es decir, arrimo el pequeño concurso de mi memoria y de mis libros a los razonamientos de esa DINAMO DE LUZ NATURAL, pero sus frases... .. esas, señores, hay que oirlas, y compadeced conmigo a los que no lo hacen.



La Moral

Cuarta Conferencia

PUES que nos hemos ocupado, señores, de los diferentes problemas, que tratan muy directa y especialmente de las cuestiones relacionadas con la mujer, puesto que hemos visto ya, cómo se necesita una mujer nueva, en beneficio de la mujer misma, y cómo se necesita para el triunfo de la felicidad humana la constitución de esa armonía conyugal, hemos de tratar esta noche un punto importantísimo, relacionado con el mismo desenvolvimiento de la familia, en sus relaciones y en sus influencias, en todos los grupos sociales: quiero referirme a la Moral.

Como todos saben, la Moral es el conjunto de preceptos que determinan las acciones humanas en sus relaciones con los derechos de los individuos y los derechos sociales de las colectividades.

Más la moral, esa moral general que no puede tener mas alcance que el que en este momento le damos, es sin embargo vária, tiene sin embargo doble aplicación, cuando sale de ese rumbo general, de ese conjunto general, para aplicarse a las diferentes sectas, las diferentes creencias, los diferentes dogmas que informan las varias, las múltiples religiones.

Y veamos, como la moral que llevamos todos en nuestra conciencia y que sentimos palpitar en todos nuestros actos, cambia por completo de forma, y cómo esa moral se forma, haciendo moral lo que es inmoral.

Esto constituye lo que podemos llamar la moral religiosa. Así la moral católica, no es la moral que predicara Mahoma y tampoco que es igual a aquella que predicara Jesús, y que se dicen emanadas de la misma divinidad. Así vemos que la moral, entonces, no es ya la moral única, sino que toma diferentes formas para adaptarse a los diversos conceptos.

Podemos dividir así la moral en dos grandes grupos, en dos diversas acepciones, la moral natural independiente, única, la que corresponde a todos los grupos humanos, que respeta la conciencia; y la moral religiosa o litúrjica que no se atiene a lo que prescriben las necesidades sociales, sino, antes que todo. a las inflexcibles reglas de conducta dictadas por los sacerdotes, en nombre y por inspiraciones divinas.

Vosotros que creeis en una moral natural, dice un obispo católico, sabed que la moral, cuando descendió del cielo, se aposentó en nuestra religión. La moral es hija esencialmente, es hija única y querida, es hija primogénita del sentimiento religioso.

Y bien, señores, veamos con detenimiento si en efecto el concepto de la moral estrecha, es el concepto del bien en la humanidad, que ha surgido sobre la idea, y como la concepción de una determinada religión o si existía ya mucho antes en la conciencia humana.

Todos sabeis, señores, todos habreis leído, porque sé que no hablo a un público de analfabetos, que el mundo tiene de existencia unos cuantos siglos anteriores a la Era Cristiana; todos conoceis esa época anterior a Jesús, en la que se desenvolvieron maravillosas civilizaciones.

Hay diferentes afirmaciones sobre a cuanto alcanza la edad de la tierra, pero hay quien llega en sus investigaciones a designarle cerca de 200 mil años, antes de Jesucristo, y encuentra ya, en ese tiempo, en el espíritu humano, los preceptos de la moral instintiva.

Y bien, señores, cuando tendemos la vista hacia el pasado, cuando encontramos al mundo, mucho antes de la Era Cristiana, fundados en la propia teoría religiosa, fundados en el espíritu de los que tienen un alto sentimiento hacia la divinidad, es preciso preguntarle a la Iglesia, si no es ella la que ofende el concepto de la moral divina.

Si se desenvolvieron las civilizaciones, si surgieron grupos semejantes a los actuales, es injuriar el propio concepto de la Divinidad, pensar que dichos grupos quedaron abandonados por los propios principios de la Divinidad, que dejaron abandonado al mundo.

En efecto, han existido preceptos de moral antes de esa era cristiana, porque realmente fué entonces que se divulgó la verdadera moral.

«Todos los hombres son hermanos en la Naturaleza», es un precepto de la moral que la Iglesia toma para sí, y sin embargo, señores, ¿ha sido acaso de alguno de los que continuaron bien o mal la obra de Jesús? ¿Ha sido algún sacerdote de la moderna Iglesia? Nó, señores, pertenece al Epicteto, un esclavo pagano.

«Si puedes hacer un bien, lo debes»; quien dice esta hermosísima espresión de los deberes que uno tiene para sus semejantes ¿es acaso uno de los principales del catolicismo? Nó, señores, esta frase la dijo un filósofo de la Grecia.

Sigamos todavía adelante. Hemos hablado de unos cuantos siglos antes de la Era Cristiana; Veamos actualmente, veinte siglos depués de Jesucristo, y he aquí lo que encontramos: «No hagas a otro hombre lo que no quisieras que te hicieren a tí». Y bien, señores, todos conocen esta frase, como emanada del sentimiento cristiano; más esa frase está manifestada cuarenta siglos antes de Jesucristo, y fué formuladá por Iho, Emperador chino, discípulo de Confucio.

Mas lejos, en las profundidades de los siglos que fueron, encontrámos: «Jamás el odio conturbe la paz de tu corazón; sé como el sándalo que perfuma el hacha que lo hiere» ¿Es ésta una máxima de la iglesia?

Nó, esas frases, señores, están escritas en los antiquísimos libros de los Indos. Cuarenta siglos antes de Cristo, se tiene ya esa concepto de làs obligaciones humanas.

Cuando todo esto se conoce, cuando se está en los primeros siglos en que se ven ya los impulsos humanos, tendiendo a levantar al caido se comprende, se explica la razón que tuviera la iglesia para perseguir el pasado de la humanidad. Se comprende cuando ella quizo hacerse dueña de todo lo creado, como fué en contra de la civilización antigua.

Más, ved que la ciencia habla en el presente. Un día quizo la iglesia aprisionar todo el pasado y lo encerró en las criptas de virtud. Y bien, señores, llega el momento, la ciencia inquiere, vienen los descubrimientos arqueológicos y se descubren, épocas y épocas, anteriores, y del fondo de las tumbas surgen las civilizaciones acabadas de la antigüedad.

Afortunadamente, para los que miramos la vida sin prevenciones de escuelas, y afortunadamente para aquellos espiritualistas que tienen un alto concepto de la divinidad, la luz queda hecha ya, desarmado el adversario, por que podemos hacer una completa y exata diferencia entre lo que significa la moral natural de los hombres antiguos y la moral litúrgica de la iglesia.

Cierto, que como yo tuve ocasión de decir, creo que en la primera noche que os hablé, cuando el pensamiento humano y las acciones de los primeros hombres se propagaron por herencia, buscando hacia determinados grupos humanos,rumbos y corrientes para su vida, claro, es señores, que la moral en esa época tenía forma religiosa; no puede consebirse otra en la infancia de las sociedades.

Veamos pues, y hagamos las observaciones necesarias, las diferencias que saltan a la vista entre esa moral natural y la moral litúrgica; la una tiende a cumplir aquellos deberes que la propia naturaleza dispone; la moral ritual se ocupa menos de lo que interesa a las sociedades y más en determinar los preceptos que determinados dogmas o ritos imponen y vienen en ésto, señores, a encontrarse frente a frente, la lógica con la moral ritual.

Fué en ese tiempo cuando el sacerdote tenía la necesidad de dominar al hombre por medio de la obediencia, obediencia sin razonamiento, obediencia que no tenía derecho a dicernir, fué entonces cuando la moral vino a crear multitud de preceptos que privan también o callan otros actos.

Cuando llegamos a esta constitución de la moral religiosa y cuando empezamos a ver la guerra entre una y otra moral, es la moral religiosa la que se acoge a todos los ritos antropomorficos y se observa está moral formada por diferentes preceptos.

Fijémonos en algunos de ellos: encontramos aquella concepción de la constitución del mundo y los deseos del hombre, que obligan la necesidad de un castigo del cielo. No es sólo, ciertamente una sola religión la que contempla estos puntos, sino todas las religiones que vinieron del oriente, han tenido su paraíso y su pareja humana. Más, veamos como se desenvuelve esta moral:

Dios prohibe a la pareja constituída en el paraíso probar la manzana que pende del árbol, la simbólica manzann del bien y del mal; más como es necesario que el hombre conozca el mal para apartarse de él se hace necesario conocer el bien para practicarlo, cumple una ley de la naturaleza, una ley de progreso, el tomar aquella fruta que lo va a hacer conocer el bien y el mal: es la moral natural.

Si embargo, señores, por encima de esto existen los mandamientos divinos, que el hombre debe reconocer, sin que su mente funcione y Dios castiga al hombre por haber saboreado la manzana......

Vemos que aunque dentro del mismo precepto religioso, puede esto suponer una alta significación de la divinidad y por el contrario un poco de desafecto malicioso a esa divinidad misma.

Dios, que todo lo puede y que todo lo sabe, para él no hay pasado ni futuro; Dios, pues, cuando creó el Paraíso y la pareja humana, sabía perfectamente, de antemano, lo que iba a producirse en el Paraíso; sabía que que Adán iba a delinquir, y si al formar a là mujer, sabía que iba a conseguir que Adán desobedeciera a Dios; y si al colocar la manzana, sabía que sería comida, y si al crear los angeles buenos sabía que se rebelarían; si al crear la serpiente que lograría inducir a la mujer a pecar, bien podía Dios no haber creado el Paraíso; hacer más fuerte a Adán, o menos caprichosa a Eva, o menos tentadora a la serpiente, o no hubiera colocado en el Paraíso el árbol de la ciencia del bien y del mal, para evitar lo que él sabía iba a ocurrir, dando a sabiendas un alto ejemplo de honorabilidad, lo cual agrava su falta,

Otro de los casos de la exposición de moral religiosa a que nos podemos referir es, señores, el de los sacrificios humanos.

Todos los pueblos primitivos, casi todos sin escepción, como sabeis vosotros, fueron antropófagos. Los hombres luchaban, en aquella época

en que no podían encontrar con facilidad los alimentos, como los hombres modernos los poseen. Y lucharon y devoraron las fieras y pequeños animales, y así, en lucha los unos con los otros, fueron vencidos algunos de ellos y probaron la carne de la víctima, y cuando esta carne les pareció agradable y poco diferente de la de los animales, consideraron, en aquella época, en que los hombres concebían a Dios con todos sus vicios, virtudes y gustos, consideraron talvez que Dios debería gustar de la carne humana, como los hombres en la tierra; el sacerdote que vió entónces cuánto se jeneralizó esta costumbre, lo impuso como rito religioso y entónces la victima se sacrificó en el altar y era conducida a ellos por la propia mano del sacerdote. Después se repartía la víctima y la mejor parte, naturalmente, era para la divinidad, y como la divinidad no podía tomar parte en estos festines, claro es que el sacerdote tocaba la mayor parte.

Esta costumbre, aún cuando tuvo sus épocas en que fué anulada absolutamente por el budismo, triunfa en la India, por las altas virtudes de la tierra, en que realmente se suprimía el sacrificio, en que se abolía aquella forma característica de la divinidad, sin embargo, señores, nuestra religión del presente, en plenos siglos de civilización, todavía creen que el sacrificio humano puede ser agradable a los ojos de la divinidad, aún cuando sea como mera fórmula.

En la religión actual puede observarse, por ejemplo, el sacrificio de la misa y una forma del ritualismo católico, la comunión, por ejemplo, en que se hace descender al propio Dios, para que los creyentes puedan entrar en comunión con su divinidad. Se hace comer y deglutir a los creyentes, la hostia, en que está presente en cuerpo y sangre la figura de la divinidad, según el rito romano y aprobado por el Concilio de Trento.

Así, pues, aunque no sea ésta la forma que hayan pensado darle los sacerdotes, talvez por un atavismo a reverdecer los antiguos mitos de la religión y lo que fué antropofajía de las antiguas religiones, va a constituir la antropofajía religiosa.

Todas las religiones establecidas en aquella época, partían de la lógica de que agradaban a Dios los sacrificios.

Cuando un pueblo se encontraba en situación aflictiva, entendía que Dios estaba disgustado con él y que necesitaba calmar á la Divinidad y darle en holocausto una víctima, y todos saben cómo se elegía la más bella jóven de la tribu, y como ella iba resignada al sacrificio como víctima propiciatoria para salvar al pueblo con el cual Dios estaba enojado.

Esto también se repite en multitud de religiones. Cuando yo pienso en esto, señores, tengo la idea de un padre que tiene varios hijos, diez, por ejemplo, y siendo de éstos nueve malos, perversos, capaces de todo género de delincuencias, uno de ellos es puro, bueno, absolutamente lleno de virtud y entregado al más respetuoso cariño filial.

Un día, el padre siente en su corazón el deseo de perdonar a sus hijos malos, y piensa abrirles sus brazos cariñosos para atraerlos al camino del bien; pero el padre no hace esto, señores, para perdonar aquellos hijos malos, hace matar al bueno, y cuando su sangre ha sido vertida, abre sus ojos y recoje sus hijos malos entre sus brazos.

Y sin embargo, la moral religiosa describe ésto como una de las bases, como uno de los preceptos de ritual, como uno de sus más grandes dogmas. Verdad que Dios puede aceptarlo, pero provoca un crímen que bien pudiera evitarlo.

Y bien, señores, Dios hace esto para salvar al mundo. Dios necesita sacrificar a su hijo, y cuando la sangre de Cristo ha sido vertida, de Jesucristo que es la propia divinidad, que es el hijo y el padre de sí mismo, cuando esto se ha realizado, es cuando Dios se ha dado la satisfacción de la venganza.

Si esto se acepta por jentes de buena fé, cuya buena fé es respetable, yo respondo desde aquí, que, si es cierto que aceptan este estado de moral, esto se hace frente a estas prescripciones, que no son buenas.

Más, sigamos todavía la investigación, pues no hemos pasado de los primeros tiempos, veamos las tradiciones de la moral ritual que se allana a las necesidades de la vida en nombre de los mandamientos del cielo. Tenemos más tarde, restituído el cristianismo de aquel sentimiento de moral pura, y algunos de cuyos conceptos yo explicaba hace un momento. El cristianismo fué indiscutiblemente aquella religión que dió un dios grande, ese Cristo, que por todas las causas que ya hemos tratado, moría para dar paso a una religión.

Veamos, si embargo, cómo se resuelve a través de los siglos: Jesucristo según los Evangelios, había dicho, preguntado por los que querían saber cómo se adoraría a Dios:

«Cuando queráis dirijiros al Padre, no hagáis como los fariceos, que entran al templo y rezan alto para que todo el mundo los oiga; encerraos en vuestros aposentos y ahí orad con tranquilidad y en alta voz».

El templo, necesita socorrerse, las imágenes necesitan altares y parece que antes de hacer esto, hubo una multitud de creaciones destinadas al sostenimiento de esas cúpulas, de esos altares. Y fué entonces, cuando se creó un precepto de moral en la iglesia que todavía se practica en muchos paises en la forma de diezmos y primicias: Entonces, se crea ademas la venta de indulgencias, es decir, aquella venta que hacía descender a la Divinidad del alto puesto de dadivoso y grande, para convertirlo, señores, dicho sea sin querer ofender a algunos buenos católicos que me escuchen, para convertir a ese Dios en un mercader de beneficios, que pone precio a la entrada del cielo.

Todos sabéis como Lutero se levantó frente a la iglesia de Roma, para

hablar, en nombre dela Divinidad misma, contra la venta de indulgencias; y esto me hace recordar que aún se usa por estos países erigir a la idea de la Divinidad grandes templos. Para la fundación de tales templos se necesita dinero, y se pide ofreciendo indulgencias en cambio: los que dan mil pesos, son fundadores perpétuos; los que dan cien pesos, tienen derecho a grabar su nombre debajo del Sagrario en un corazón pintado, y los que dan menos, ganan indulgencias, que es como salvar al hombre de una docena de pecados......

Quiero recordar, ahora que hablo de la moral litúrgica, y de las emanaciones de esa moral misma, un cuento de mi tierra que de seguro todos conoceréis:

—«Erase un gitano viejo y ladino, que se había propuesto vivir sin trabajar, y érase un rey tonto e ignorante—como han sido casi todos los reyes—a quien el gitano fué a visitar, para decirle: Señor, yo puedo convertir vuestro reino en el más admirado y grande del mundo.

—¿Cómo?—dijo el rey.

—Yo tengo un burro y haría que este burro hablara.

¿Y qué quieres por la empresa?—preguntó el rey.

—Curenta años de plazo y que el rey me mantenga este tiempo para dedicarme a la educación del burro.

Convino el rey, más, con la amenaza de que si el plazo se cumplía y el burro no hablaba, el gitano perdería la cabeza.

Desde aquel momento se vió en palacio, paseando alegre y tranquilo por sus jardines, al gitano, cuidado, halagado y mimado por la Corte, y cuya única obligacíón era hacer, por la mañana, señas al burro y todos creían que aumentaba su educación.

Un sabio que vivía alejado de la Corte, llegó hasta él, y díjole, encarándose con el maestro del animalito:

—¿Cómo podrás cumplir lo que has prometido?

—Y el gitano entonces, ladino, y encojiéndose de hombros, le dijo: tengo cuarenta años por delante, en los cuarenta años, el rey, el burro y yo moriremos».

Del misme modo, algunas prácticas religiosas, pueden tener relación con el gitano de mi cuento. El sacerdote vende, a cambio de tales o cuales donaciones en vida, un pedazo de cielo, una tierra de propiedad en el paraíso. Aquí en buen dinero el creyente paga, el sacerdote gira al paraíso: lo que no sabemos es, cómo se llama el Banco que recibe el dinero en el Paraíso. El sacerdote gira y la negociación se hace. Más si preguntamos al sacerdote si aquella venta encuentra su sanción en el cielo, entonces el sacerdote responde, como el gitano de mi cuento: Para entonces el asunto no me preocnpa, porque entonces no hemos de encontrar allá abogados, ni jueces que acusen por quiebra fraudulenta.

Podemos seguir investigando, señores, todas las pequeñas cuestiones de ritual que dejan siempre a salvo el sentimiento religioso, bien diferente, por cierto, de todos estos ritualismos; podemos seguir discurriendo sobre todas esas futilezas que encarnan la moral ritual, ligadas a otras que no queremos observar, y que como la moral ritual, no siempre, casi nunca, responde a la moral natural que concebimos en la vida y que emana de nuestras conciencias, futilezas que también encontramos en algunos actos de las otras religiones, actos que aún se practican.

Os hablaba el otro día tomando en cuenta el asunto bajo el aspecto fisiológico, os hablaba de la confesión. Es un precepto religioso, elevado a la categoría de Sacramento. Y bien, señores, desapasionémonos de todo preconcepto religioso o dogmático; quiero pediros únicamente un poco de razón y serenidad en las cuestiones que afectan a vuestras vidas. ¿No encontramos, señores, cuando hablo de esto, si comparamos el concepto que la moral natural tiene de la confesión, no encontramos esa confesión que está declarada como virtud por la virtud por la moral litúrgica? Veamos el caso de un joven matrimonio. Decía que el matrimonio bien entendido, no era solamente la unión, la sociedad de una razón económica, formada por un hombre y una mujer; decía que había algo más humano y más sublime, que, uniendo a la mujer para siempre con el hombre, formaba la base de la felicidad conyugal: la mujer daba al hombre todos sus pensamientos, hasta los momentos en que no sabía hacia donde se dirigían.

En esos momentos, debe saber que sus pensamientos íntimos pertecen a su esposo, porque él desea que todos los minutos de su vida sean para él, única y solamente en el mundo. Y bien, señores, esta inteligencia de dos seres, no existe, esta mujer oculta a su esposo aquello que va a decir a otro hombre! La mujer tiene que inclinarse a los pies de un hombre, cuando ella ha prometido que todo acto de afecto y confianza ha de ser para su marido.

Y bien, señores, esta mujer según la moral religiosa, está obligada a ocultar a su esposo lo que va a decir a un hombre que no es su esposo, ni su padre, ni su hermano! Y la mujer hace más que esto, señores; la mujer tiene secretos en la vida que no ha dicho al esposo, cosas nimias o grandes que pertenecen al marido por completo. Y cuando esa mujer niega a su marido los secretos de su corazón que deposita en el sacerdote, cuando esa mujer oculta los sentimientos de su corazón al compañero de su vida para expansionarlos allá donde el sacerdote, comete una inmoralidad social, comete una infidelidad, porque niega al esposo, lo que entrega al sacerdote.

Sin embargo, no es esto todo; todavía confesemos aquí, que si dudamos sinceramente de las mujeres, no es solamente por la confesión de la esposa, es tambien por la de la niña.

¿Habeis pensado, vosotros. padres, habeis pensado lo que significa la confesión para ella?

La niña semeja en la vida, según la educación material, una especie de flor. Habeis visto, como el jardinero, que cuida las plantas y las recoge del suelo, habeis visto como el buen jardinero toma esa planta y la coloca en el invernadero y cómo ese mismo jardinero hace que le entre aire y luz?

La madre ama siempre del mismo modo, la madre cuida con atención a la hija, para que no lleguen hasta ella palabras demasiado fuertes, demasiado expresivas que hieran violentamente sus oídos; cómo hace jestos de contrariedad cada vez que alguna indiscreción de las amigas puede irla a despertar! Y bien, cuando esto se ha hecho, señores, cuando la madre mira aquel botón de rosa, cuando es ella la que, poco a poco, con inteligencia, con la divina inteligencia maternal, puede ir abriendo las hojas para que llegue con toda su fragancia a ser bella en la juventud, es la madre la que por devoción y por obediencia a esa moral ritual, toma a su hija de la mano y la lleva al confesonario! Y entonces, señores. es un hombre el que va a ahondar el corazón de la niña un hombre que no es como vosotros, un hombre que no es padre, que no ha vivido en familia, y que no puede tener ese tacto y delicadeza, y que aún queriendo aceptar la obediencia estricta a los deberes de su cargo, no va a saber cumplir su misión y en ese momento, el sacerdote pregunta, y la niña no contesta, pero al mismo tiempo interroga; el sacerdote insiste y entonces, a sus grandes ojos, se revela todo un mundo: el botón de rosa se convierte en flor, pero el perfume de esa flor de inocencia ha quedado en el sombrío altar...!

Por mucho que investiguemos, que consultemos la moral ritual, no nos dará ciertamente—y no es porque hayamos buscado en una sóla religión—no encontraremos en la moral litúrgica esas grandes corrientes, esas fuerzas que emanan de la conciencia propia y que queden ser suficientes para dar una suprema moral al mundo.

Es, pues, entónces cuando hemos llegado a esta conclusión—que no es pensada por mí en este instante, sino el resultado de estudios de grandes pensadores de los últimos siglos—cuando hemos llegado a esto, se ha vuelto los ojos a la moral natural, y aplicándola a la Naturaleza, hemos encontrado las grandes fuentes de virtud en la vida.

Podemos comprender perfectamente que cuando el hombre vió el dolor en el rosto de otro, sintió piedad, y en aquel momento la compasión reveló en los hombres los elementos de la que sería más tarde la solidaridad humana; cuando los hombres luchaban entre sí, tuvieron necesidad de protejerse para mantenerse y establecieron las relaciones humanas, que determinan los afectos, respetan sus vidas y se ayudan mútuamente

para defenderse del ataque de los elementos; sobre esta base, señores, se forma la anhelada paz social que ha de hacer grandes un día a las naciones.

Y cuando se establecen más tarde esas sociedades en que algunos hombres gozaban de todo en la vida, y algunos no podían gozar de todo eso, entonces aparece la caridad. Fué entonces, señores, cuando aquel principio que no había sido sino un egoísmo, llega a ser la hermosa caridad de otras épocas. La caridad era una expansión del espíritu humano compasivo, pero no era todavía el deber de un hombre para otro, y cuando surgieron las modernas sociedades, cuando se esparcieron en la vida, cuando todo dejó de ser individual para ser colectivo, cuando el hombre no podía vivir sin el hombre, cuando el pueblo no podía vivir sin el pueblo, cuando todo se socializó, la caridad ya no fué privilegio de unos cuantos sino el derecho de todos ejercido y se formó la solidaridad humana.

Hemos llegado, hemos visto, que lo que parecía un cuerpo compuesto no es sino un conjunto de moléculas, que se unen como en el cuerpo humano, sin perder la autonomía individual, el poder de acción que es propio; y cuando esto que es una ley de armonía que hemos visto en nosotros mismos, en nuestros actos, que hemos visto en lo infinitamente pequeño y en lo infinitamente grande de la vida; que hemos ido a ver hasta en los astros, donde nos hemos encontrado con soles y cielos, satélites y cometas, que dan vuelta en los espacios, siguiendo sus trayectorias invariablemente, en surcos desconocidos, consideramos establecido y cosolidado por esas mismas leyes, el Universo. Y cuando pensamos que de uno sólo de esos cuerpos, del movimiento de uno sólo de esos astros depende el desequilibrio de todas las leyes del sistema universal, nos damos cuenta, señores, de cómo son los deberes que la humanidad nos dicta, de cómo cada hombre tiene la obligación de no desviarse un milímetro de su trayectoria, para no desquiciar el edificio de la moral humana, que depende de cada uno de ellos. Y así hemos estado viendo cómo todas las construcciones sociales han obedecido a este principio de equilibrio.

Antes, un hombre tenía una oveja, con la que se alimentaba y que le daba lana para su traje; hoy, para cada una de las manifestaciones del progreso, se necesita la aplicación de muchas fuerzas de la colectividad humana.

Vemos, señores, que para la fabricación de un alfiler, para dar una botella de licor, a veces se necesitan hasta cinco mil hombres; así se produce dentro del régimen de repartición del trabajo, que hace depender de uno la felicidad de los otros.

Vemos que con las grandes huelgas, el comereio se perjcdica. La huelga inglesa, por ejemplo, repercute en el Canadá; así todo, absoluta-

mente todo, responde lo uno de lo otro, y ya no es posible buscar la vida individual; y si, buscamos la necesidad de beneficiarnos nosotros mismos, llegamos a la deducción de que cada hombre da en la vida una cantidad de beneficios.

Así, se realizan en la vida las acciones, que se reflejan en la acción social. Así, por ejemplo, el alcohólico, el que bebe, no se hace a sí mismo un mal, lo realiza a la sociedad. Su acto repercute en la sociedad y sus hijos crecen en este ambiente y son los elementos preparados para la dejeneración y la demencia.

Cuando el hombre piensa en esto, cuando se llega a la conclusión de que en todas las formas de la vida, lo que produce el mal recoge el mal y lo que produce el bien recoge el bien, entonces la moral se establece, el individuo ha elevado el egoísmo a la categoría del altruísmo.

El hombre da bienes a la sociedad, para mejorar la especie, pero que la sociedad le devuelve en beneficios; el hombre da una cantidad de trabajo y de moral al mundo y el trabajo y esa moral hacen más grande, más enérjicas, más fuertes y más apreciables las sociedades del futuro.

Abracemos, pues, señores, esta moral, formada en el propio concepto; sea la moral religiosa entre las gentes, para cada uno de los seres. Pero cuando de moral se trata, cuando pienso en la vida que vivimos en el mundo, no sacrifiquemos, señores, a la fé las necesidades de la moral, no sacrifiquemos a un dogma las necesidades de la especie, no vayamos a rendir tributo y acatamiento a una moral litúrgica para hacer que se constituya a expensas de la hipocresía, que es un crimen.

Hagamos de una vez, que esta moral repercuta en el corazón que dicta las acciones humanas y entonces, cuando el hombre comprenda que reside en sí mismo la moral, entonces, señores, puede marchar satisfecho, y podrá mirar sin temores el porvenir; vendrá entonces por el trabajo la verdadera confraternidad humana que unirá para siempre a los trabajadores y fundará el hombre sobre los altos preceptos de la sociedad natural.



Mercaderes y Moralistas

Crítica de la 4.ª Conferencia

Nos decía el Domingo nuestra *Maestra* que una moral presentada bajo el aspecto y las formas que lo hace la iglesia, está en contrasentido, está en contraposición con lo que la moral natural debe dictar al individuo.

Y es muy cierto, que desde los tiempos más remotos. el hombre, por poca que fuera su ilustración, mejor dicho por muy poca capacidad intelectual y poco raciocinio que tuviera, debía forzosamente de saber distinguir el bien del mal, y esto aún podemos asegurarlo mas si, creyendo lo que nos enseña la iglesia católica, nos fijamos en que Adán comió de la fruta del arbol del *bien* y *del mal*, es decir, que si le comió, sabía desde entonces el hombre lo que era una y otra cosa.

Pero siguiendo el orden de las ideas expresadas por la señora Sárraga en su última Conferencia, detengámonos un poco a considerar la creación del mundo y la creación del hombre según esa Religión católica.

Prescindamos de todas las creaciones verificadas por la divinidad en los demás días, poque esto será objeto de otros estudios más adelante, y detengámonos solo en aquel que colocó al hombre y a la mujer en el Paraíso, después de hacerlo a *imagen* y *semejanza suya*.

En primer lugar, en ese Paraíso, que ya el pueblo árabe en su Religión y en su Koran nos describiera, ved ahí que ese Dios sumamente sabio, coloca el arbol de la ciencia del bien y del mal. Mas claro, señores, porque nosotros los pensadores no podemos andar con figuras y subterfugios que solamente hagan obscurecer nuestras imágenes, apartándolas de la clara compresión de la naturaleza. Esa mística divinidad colocó al lado del hombre a la mujer, y hemos de creer, estimados lectores, que, o no supo *de qué materia* había fabricado al hombre, o se equivocó en sus componentes, pues-

to que el hombre *tomó de la mujer lo que lógicamente debía tomar* porque para eso estaba destinada... la manzana simbólica, bien sea que ella se la ofreciera o él se la apropiara y de ahí que el dios, sabio, justo y *bondadoso*, castiga a Adán y Eva echándolos del Paraíso con las siguientes palabras que dice la iglesia fueron *una maldición*: CRECED Y MULTIPLICAOS.

Y ya tenemos desmentidos uno a uno todos los principios de esa Religión que en cada palabra se contradice más y más, se enreda en un cúmulo de invenciones ilógicas.

¿Por qué el dios de la Creación colocó en el cuerpo de la mujer todo lo necesario para procrear? ¿Fué a sabiendas de lo que hacía? Entonces el hombre no pecó porque estaba previsto por ese dios que ocurriría tal cosa. ¿Fué ignorancia? Entonces, señores, esa divinidad no es tan sabia como nos la pintan.

Y en todo caso, vemos cómo el dios católico maldijo al hombre diciéndole: *Crece y multiplícate.* Es decir que desde la base fundamental de la religión católica, desde el principio *sabio y justo* en que se funda esa religión, la *iglesia maldice* la unión del hombre con la mujer.

Naturalmente, llegan después los años y pasan los siglos, el hombre va ilustrándose, las sociedades y los pueblos formándose y vemos a la iglesia desde su creación, mejor desde su entrometimiento en el cristianismo, dictar leyes y en general acatar el matrimonio, la unión del hombre con la mujer. Pero profundizemos aún más en nuestros razonamientos. ¿Qué idea tuvo la iglesia católica al crear un Paraíso y dar un *arbol del bien y del mal a la mujer* y como consecuencia de todo esto, el pecado original? Veamos pues: La iglesia necesitaba que hubiera un cierto número de secuaces que dirigieran su obra y la continuaran al traves de los siglos. La iglesia necesitaba un número de hombres y mujeres que persistieran en sus ideas católicas y continuaran la obra empezada por ellos de dominio del género humano, y he ahí como aún acatando el principio de la unión del hombre y la mujer, levanta al mayor grado de perfección al hombre y a la mujer que perseveran en el *estado de castidad* y así la mujer verdaderamente católica, la que adora en el mayor grado a su dios, la que quiere en una palabra *volver al paraíso* de los cielos, debe encerrarse en un claustro, retirarse completamente del mundo, apartarse por toda la vida, del hombre: o lo que es lo mismo no *dar de comer la famosa manzana* a su compañero de la creación.

Y bien señores, ¿se libran así la mujer y el hombre del pecado original? Nó. Porque aún cuando la divinidad haya transladado a sus manciones celestiales el paraíso, la mujer y el hombre que permanecen castos, se mueren como todos los demás séres cuando le llega la hora de que su organismo perezca como todas las cosas de la vida.

Todos vemos esas poderosísimas máquinas que movidas por el vapor arrastran por encima de unos lingotes de hierro paralelamente alineados

sobre nuestros caminos, miles y miles de toneladas de peso. Fijémonos bien, como con los años las piezas de esas máquinas se van desgastando, como sus hierros se carcomen, como sus piezas se van debilitando poco á poco, su velocidad disminuyendo y llega un momento en que necesita recomposiciones, necesita a veces hasta cambio de ruedas u otras piezas, pero al fin, señores, deja de funcionar, es impotente, porque sus tubos dejan escapar el vapor por todas las picaduras que el tiempo abriera en sus superficies y las distintas piezas no ajustan bien, están nuevamente desgastados los émbolos, los pistones torcidos, la máquina poderosa *muere* y es abandonada en los rincones del taller allá en los montones del hierro viejo, en el osario de la fábrica.

Pues bien, ese es el cuerpo humano, y asi siguiendo el orden natural de todas las cosas, llega un momento en que muere porque su máquina está gastada, y lo mismo muere el casto que el *pecador*: todos vamos al osario común, con la única diferencia de que nosotros hemos cumplido fielmente las leyes de la Naturaleza, hemos cumplido nuestros deberes en Sociedad, dando al mundo más hombres, cada día más civilizados, cada día más aptos científicamente para el progreso del trabajo que es la base fundamental del porvenir de los pueblos.

Pero todavía queremos sacar las consecuencias morales de esa creación del catolicismo, puesto que de moral hemos de tratar por esta vez.

Cuando la divinidad colocó al hombre frente a la mujer, o vice-versa, en el paraíso, si bien es cierto que el hombre y la mujer estaban en la infancia de su imaginación, si me permiten la expresión, no es menos cierto que estaban en todo el apogeo de su juventud, y por eso... ocurrió lo que ocurrió. Y bien. ¿Por qué mandamos a nuestros niños a la iglesia a aprender en la infancia de su vida, lo que sólo debe aprender más tarde cuando el desenvolvimiento de su inteligencia, el despertar de su constitución material le lleve al conocimiento, y la deducción de tales cosas?

¿Por qué dejar esas señoritas que aprendan de uua vez lo que poco a poco su imaginación hará que conozcan?

La moral mística, la moral litúrgica, enseña a la infancia lo que su divinidad ni aún quiso enseñar al hombre, sino que dejó lo adivinara; la iglesia enseña al niño, lo que ella misma dice aprendió el hombre por su propio instinto, pues bien dejemos, aún fundándonos en su propia descripción del paraíso que el hombre por su propio instinto, en el momento oportuno conozca esas leyes de la Naturaleza que es la verdadera moral según la debe entender el mundo civilizado.

Hablándonos de la *confesión*, nos expuso cuanto peligro encierra para la juventud esa costumbre dogmática del confesonario y cuán en contra de la moral natural obra de la esposa que sigue esa costumbre.

En uno de mis artículos anteriores ocupéme ya de este asunto, y poco puedo decir, que no oyéramos de los labios de la conferencista.

Hay en esta práctica de la religión católica, efectivamente, un fondo de inmoralidad tan acentuado, que no nos cansaremos jamás de predicar contra esta fórmula, por ser tal vez la más odiosa, la que más repugna contra las buenas costumbres. Entre tres religiones encontramos la confesión tambien, pero no tan *malsana*; por ejemplo: según el rito oriental, la confesión del penitente puede concretarse «a una declaración general de culpabilidad sin designación alguna de pecado». Así que basta decir «soy pecador», a juicio de los cánones sismáticos para ser absuelto por el sacerdote. Y bien, ¿no es esto en realidad más moral? Ninguna religión mejor que ésta de que me ocupo, podría encargar a sus sacerdotes el cuidado de la niñez, puesto que siendo el *pope* un hombre socialmente igual a todos los demás, con los mismos usos y costumbres, siendo un padre de familia, i sabiendo sentir y sintiendo en su corazón ese afecto tan grande, tan puro y tan sublime de *padre*, se concibe fácilmente que ponga el mismo cuidado en el desempeño de su ministerio cerca de los hijos ajenos, como él desearía lo hicieran con los suyos; siendo además prácticamente en la vida mundana un ser como los demás, es decir, un esposo y un padre, puede y debe saber aconsejar, guiar a sus semejantes por el camino de la moral social que prácticamente él aprecia en la vida de su hogar cada día.

Vemos además, que siendo el *pope* un hombre que en la realidad de la vida, tiene y ocupa su puesto social igual en un todo al resto de los hombres, no puede abrigar jamás malos pensamientos respecto a la mujer ajena, respecto a la inocencia porque de ello no ha de menester; por eso yo me atrevo a decir que aquel *pope*, es más moral que el *sacerdote* católico, el ejercicio de su ministerio, más lógico; y por último entre los sacerdotes cismáticos, tado el mundo encuentra menos faltas que censurar que entre los católicos; todo el mundo encuentra entre aquellos menos casos de escándalos y perversión que entre éstos.

Pasando a los *sacrificios*, es por desgracia muy cierto que el catolicismo los ejecuta lo mismo o semejante que en los tiempos del paganismo. Pero ¿no hemos dicho ya anteriormente que la iglesia católica en los comienzos de su introducción, aceptó las costumbres de todos los pueblos antiguos para irlas reformando poco a poco según las evoluciones que se iban verificando a traves de los siglos?

La misma iglesia tiene escrito en sus ritos, palabras muy claras y evidentes que enseñan a los católicos lo grato que es a su divinidad los sacrificios. Ved si no como ponen en manos de Abraham el cuchillo que había de consumar el sacrificio de *su propio hijo Isaac*, para demostrar la sumisión del padre al dios católico. ¿No es esto decirnos claramente, realmente quie-

re decirnos que sacrifiquemos a nuestros propios hijos en holocausto de ese dios?

¿No se deduce lógicamente de este hecho que la iglesia católica prefiere entre la vida de un hijo y la adoración de un ser espiritual que vive y reina allá en las profundidades más hondas de las manciones celestiales que sus fantasías crearan, no es cierto, pues, repito, que prefieren la mística adoración con el sacrificio del hijo de nuestras propias entrañas, sangre de nuestra propia sangre, a conservar la vida de un ser que más tarde puede ser un genio, un sabio que ilustre y honre a la sociedad, un valiente que tal vez salve mañana a su Patria? Y ese mismo caso, señores, nos lo pintaba, nos lo retrataba con la brocha maestra de su erudicción profunda y razonadísima la señora Sárraga al hablarnos de la muerte del que llaman los católicos «*el Salvador del mundo*» «*el Redentor*».

Pregunto yo ahora: ¿Donde está la redención? ¿Cual fué la salvación de nuestras almas? Porque yo veo y todos podemos apreciar que antes de esa época en que dicen murió *Cristo, el Hijo de Dios, el mismo Dios*, es decir, como dice muy bien la oradora, *el hijo y el padre de sí mismo*, se sucedían en el mundo las mismas cosas que se sucedieron después y siguen ocurriendo en nuestros días.

Antes de ese «sacrificio divino-humano», el hombre comía la «manzana simbólica»; el hombre mataba a su prógimo, robaba los bienes ajenos, deseaba la mujer del vecino, juraba en vano, levantaba falsos testimonios, mentía y en fin pecaba cada vez que se le ocurría; pues bien: el «Padre Eterno, el Todo Poderoso, el Gran Sabio», no encontró otro medio de redimir a sus hijos malos, que sacrificando al único que tenía bueno, al único que le era adicto, fiel, sumiso y obediente y lo vemos representado por la iglesia muerto en una cruz: después de martirizarlo hasta el grado de martirio que no es humanamente concebible pueda resistir una criatura, el padre consiente en «dar» a su propio hijo la muerte más difamante y envilecedora que se usaba en aquel tiempo: la muerte enclavado en una cruz y vemos que aún después del sacrificio en el mundo continúan pupulando los ladrones, los criminales, los embusteros y toda esa pléyade en fin de hombres malos que vemos exparcidos por la Sociedad.

Luego deducimos lógicamente que aquí también la sabiduría de esa divinidad se equivocó, puesto que no consiguió su objeto de ver redimido a todos por la muerte de uno, y si no se equivocó y sabía lo que había de ocurrir, entónces, señores, esa divinidad fué «criminal, consintiendo el calvario y el sacrificio de su propio hijo».

Y vemos, pues, y llegamos a la conclusión de que la moral, la moral lógica que nos dicta nuestra inteligencia, iluminada sábiamente por las ideas que científicamente se despiertan en nuestro cerebro, materialmente constituído para irradiar esa «Luz», esa moral que podríamos llamar y vul-

garmente se llama «del sentido común», nos dicta que debemos querer igual a nuestros hijos y si es posible hacer una distinción, una preferencia por alguno, que ésta sea por el peor, porque está más necesitado de nuestros consejos y nuestras caricias, para, a fuerza de unas y otras, atraerlo al camino de esa verdadera moral.

Vamos, pues, que ningún padre sería capaz de consentir el sacrificio de un hijo, y antes por el contrario, si habría de llegar a ser criminal, lo sería seguramente por defender la vida de cualquiera de ellos, lo mismo del más malo como del mejor.

Y todavía podemos sacar otra deducción de cuanto llevamos razonado: la iglesia arroja de su seno al hijo malo; el catolicismo maldice una y mil veces a los que faltan a ley de su Dios; la iglesia crea infiernos donde eternamente arderán los malos..... y no es así, señores, como debemos entender la verdadera moral, no es ésta la práctica que debemos seguir, el malo es el más necesitado del contacto de los buenos; el malo es el que más precisa nuestra benevolencia y nuestro cariño, para hacerlo llegar al camino del bien, para apartarlo del sendero que guía a la ruina suya y de sus semejantes y atraerlo al seno de la vida honrada, donde desempeñe con sus virtudes, sus esfuerzos y sus buenas obras, el papel que le está encomendado.

Y veamos cómo esos hombres que nos presenta la iglesia católica como Santos Padres se expresan: dice San Justino en el siglo II: «La religión nos enseña que Jesucristo es la soberana razón, de la cual participa todo el jenero humano». Es decir, estimados lectores, dos contrasentidos en una sola frase: «Jesucristo es la soberana razón...!» Ya hemos visto la razón y la justicia de su obra! De la razón de Jesucristo participa todo el jénero humano. Luego, si todos participamos de la razón del hijo de Dios, del mismo Dios, entónces todos somos sábios, somos omnipotentes, somos todopoderosos, ó lo que es lo mismo, todos somos *justos*, es decir, no hay malos en el mundo; luego, esa religión, según San Justino, el malo obra por la misma *razón de Dios*, luego el malo es *Santo*.

Creo que la deducción es tan lógica que está al alcance de todas las imaginaciones.

¡Eh ahí la moral católica una vez más representada por el mal en nuestra anterior deducción.

Pero hay que declarar honradamente, que esa no fué la verdadera moral de los primeros *cristianos*. Veamos sino declarar a San Agustín en su carta XLIII a Glarius que «Todo el que busca francamente la verdad, no debe ser considerado como hereje» y el mismo San Justino dice, que «los que han vivido conforme a su espíritu, son en cierto modo cristianos; tales como Sócrates, Heráclito y los que se les parecen».

¿No es, pues, ciertamente raro que la iglesia del siglo XX persiga

cruelmente a los no católicos y a los que no profesan sus ideas cuando los mismos que ellos reconocen y nos muestran como grandes hombres, han opinado que puede ser el «hombre bueno», sin profesar la religión católica, tan santo y tan moral como ellos que la atacan?

Todos sabemos esa frase, escrita por la iglesia católica en el siglo XIX: «¡Fuera de la iglesia no hay salvación!» ¿En qué quedamos? ¿Tienen razón los Santos Padres del siglo II y todos los que fueron en los principios del cristianismo o los católicos del siglo XIX?

Y todavía más cerca aún encontramos en Santo Tomás: «Han sido salvos aquellos paganos que han tenido una fé implícita en la Providencia de Dios que salva a los hombres por los medios que le place excoger». O lo que es igual no se atreve a decir que el hombre que ha cumplido fielmente sus deberes morales con arreglo a las buenas costumbres y a la razón natural, pueda ser condenado y declarado ser designio de su dios el que se salven por esos medios; más claro aún declara designio de su Dios que haya hombres buenos aunque no católicos, luego a Dios le importa poco, segun Santo Tomás, que los hombres sigan o nó sus doctrinas con tal que sean buenos.

Vemos pues, la moral lógica natural de nuestras propias razones venciendo siempre sobre la moral que predica la iglesia católica y aún los mismos apóstoles del catolicismo, los santos Padres del cristianismo darnos la razón en muchos casos.

Y perdonen mis estimados lectores no continúe comentando las frases de la que cada día nos muestra con más bríos su clara inteligencia, por la falta de espacio de que puedo disponer.

Pero ¿qué más habría de decir?

Poco a poco iremos estudiando los principios de esa Religión católica, así, pues tendremos tiempo de tratarlo todo.

El Domingo al hablar de las *Bulas diezmos* y demás comercio que contínuamente vemos desplegar a la iglesia, la conferencista se mostró tal cual es: una oradora de lo más erudito, una pensadora de lo más sublime.

Pensemos un poco, meditemos las palabras que de *la moral* dejó impresas en nuestras imaginaciones y aprontémonos a oír el martes su 5.ª conferencia sobre los pueblos y las congregaciones religiosas».

Ahí si que vamos a tener *tela que cortar*, como decimos los españoles.



Los Pueblos y las Congregaciones Religiosas

Quinta Conferencia

Hemos hablado ya, hemos tenido ocasión de tratar también, diversos problemas de la vida, ciertos problemas que con la vida del individuo y las sociedades se relacionan; hemos podido deducir, que de una falsa idea de lo que es el sentimiento religioso, de un falso encauzamiento de esos sentimientos mismos, se ha llegado a hacer de la idea religiosa una expeculación, un mercantilismo religioso; hemos podido ver que por efecto de esto, han sufrido en su desenvolvimiento, no sólo aquellas ideas en conjunto, que sirven para encauzar a los pueblos, sino que hemos visto la paralización intelectual de la mujer y hemos llegado a la conclusión de que ella no responde a lo que debe ser la base del estado. Al ser constituída por cada uno de sus elementos, la familia humana, como consecuencia de eso que podemos llamar el desviamiento del sentimiento religioso, encontramos una situación de crisis moral; y vimos, la otra noche, cómo esa moral religiosa ya no basta para dirigir las conciencias, y se tienden los ojos hacia la moral universal. Y cuando vemos todo esto, señores, lógicamente debemos pensar, que si ha sido una manifestación de ideas religiosas las que esto hacían, es decir, desviar a la sociedad de sus verdaderos rumbos, claro es que como las ideas por sí no triunfan sino cuando tienen elementos que las adaptan a las sociedades, debemos ir a buscar en donde han crecido, en donde se han desarrollado, en donde se han vinculado, se han relacionado esos sentimientos religiosos, para venir a producir en las sociedades esa especulación, ese mercantilismo a que me he referido hace un momento; y cuando hacemos estas observaciones nos encontramos con las comunidades religiosas.

Bien sabeis, señores, que existen en la iglesia dos clases de elementos: el uno es aquel que forma el clero secular—*que vive en el siglo*, como dicen en su manera de expresarse la jente religiosa - y que es la verdadera constitución eclesiástica, y el regular, que es el más grande, que se compone de infinitas manifestaciones, de infinitas órdenes monacales. Me ocuparé de estos, que son las que crearon un problema triste y grave y que hicieron muchas víctimas en Europa, y porque son ellas las que amenaza traer estos males a América.

La constitución de los organismos monásticos, de estos que se llaman congregaciones religiosas, no se ha efectuado siempre, en la forma que las poseemos hoy. Recordareis perfectamente, que cuando aquel cristianismo, que se llama religioso, formaba el reino de Dios en la tierra y nó en el cielo, y cuando se anunciaba por los sucesores de Cristo, la venida de la buena nueva, y que al fin y al cabo ese anuncio, era el de la terminación de la vida terrestre; fué entonces cuando empezaron a poblarse los desiertos por los hombres que dejaban las comodidades de la vida social para dedicar sus últimos años a la oración y a la vida contemplativa. Así era como los individuos se negaban a la vida, se negaban al trabajo y al cariño de la familia. Cierto es tambien, que no pasó de allí el perjuicio, porque aquellos hombres y aquellas mujeres, aunque perdían entónces a las sociedades, al reproducirse de año en año y de siglo en siglo fueron tomando rumbos más y más cercanos al ascetismo.

En el Santoral romano, podemos ver que aquellos, que constituyen la pléyade de santos eran sumamente baratos a la sociedad, no tenían necesidad de pedir limosna cuando marchaban al desierto porque se despojaban de sus vestidos, se privaban del alimento y aún ni consumo de agua hacían, ya que la mayor santidad estaba en razón directa con la menor cantidad de agua que gastaban en los cuidados de la higiene corporal. Esto no fué en suma sino al comienzo, la gestación de lo que debían ser más tarde las comunidades religiosas.

Más tarde, cuando vieron que el mundo no iba a terminar tan luego como ellos pensaron, entonces se asentaron en las ciudades y desde el siglo VIII al siglo XIII se puebla en todas partes de instituciones religiosas.

Más, la verdadera constitución de las órdenes monásticas, las que debía pesar sobre la forma, sobre todo el desenvolvimiento de las sociedades, las que debían venir a ser un verdadero peligro para las clases pobres y menesterosas, debían fundarse sólo en el siglo XIII, el siglo XIII, que como todos sabeis, es el siglo de oro de la iglesia, el siglo de las hermandades religiosas, el siglo de Inocencio III, (de feliz recordación), el siglo de Benedicto VIII, el siglo de las falsas Decretales que sirvieron para crear el poder temporal de los papas y por medio de cuyos fraudes, se aseguró el poder de la iglesia; y es algo más que esto, señores, todavía: es el siglo de las

Cruzadas; en que se sacrifican miles de hombres para ir a conquistar el sepulcro de Jesucristo, un sepulcro, que según la propia concepción religiosa, está vacío! y sin embargo, se sacrifican 12.000.000 de hombres enfermos o muertos, sacrificios que demuestran las infinitamente pequeñas ambiciones de la iglesia, ambiciones que sacrificaron 12.000.000 de hombres en conquistar un sepulcro. Pero parece que Dios no quiso complacerlos, porque apesar de ese empeño, a pesar de esa horrible mortandad, Dios ha pensado que eran más dignos los herejes que los católicos, de poseer el sepulcro de Jesucristo, como sucede hasta hoy.

Pero ese siglo, señores, también nos da a conocer otro horrible suceso: es la cruzada contra los albijenses.

Tenían éstos diferencia de principios dogmáticos frente a la iglesia, y Roma decretó el exterminio de los albajinenses. Entónces, 60,000 hombres caen bajo el acero católico; solamente en las provincias francesas se sacrifican 10,000: 60,000 hombres caen en manos de aquellos fieles, que a todas horas piden a Dios que les salve de sus pecados, y cuando en un momento de remordimiento, un obispo católico, al ver aquella horrible mortandad, pregunta al delegado del papa: ¿qué hacemos para distinguir los buenos de los malos en ese montón de cadáveres, en que se mezclan los católicos y los albijenses herejes? Entónces el delegado del papa contesta: matad, seguid matando a todos, que ya Dios sabrá distinguir y apartar arriba, a los buenos y a los malos...

Precisamente, en este siglo fué cuando se constituyeron las órdenes monásticas, avaloradas por un voto de pobreza!

San Francisco de Asís, visionario que tiene un punto de admiración y Santo Domingo de Guzmán, que tomaron parte principal en las cruzadas contra los albijenses, este último, cuyo hábito blanco se podía ver en todos los actos inquisitoriales, son las bases, son los ejes alrededor de los cuales giran todas las constituciones monásticas.

San Francisco de Asís, el visionario poeta, tiene una hermosa frase: «hagamos, dice, voto de pobreza y el mundo nos dará libremente todo cuanto necesitamos para vivir». Y verdad, señores, que el parasitismo no podía estar mejor representado...

Y hay que tener en cuenta cómo el pueblo menestero, el pueblo más humilde y más modesto, carecía en absoluto de derechos.

Cuando hablaba San Francisco de Asís, decía a las jentes: «una vida desgraciada pesa sobre tí; todas las grandes fuerzas de la vida pesan sobre tí; deja de ser lo que eres, deja de ser siervo y serás señor; no emplees tus brazos en un trabajo que no es debidamente remunerado; deja de vivir entre los que sufren, aparenta venir a una vida de sacrificios, te dará el poder político y las riquezas del mundo».

A aquella proposición que era demasiado tentadora, respondieron

más de 20,000 hombres y se organizaron las primeras instituciones monásticas. Antes de 50 años, más de 80,000 hombres obedecían a estas asociaciones religiosas.

Entónces, en la Europa reinaba el desconcierto más grande, lógica resultante de un siglo pasado en constantes luchas.

Aquella paralización de las industrias, de la actividad mercantil de los pueblos, se empezaba a manifestar. Las consecuencias se dejan sentir: multitud de hombres que venían de aquellas guerras de conquistas, no encontraban medios en donde emplear sus brazos; multitud de mujeres y niños huérfanos y hambrientos quedaban abandonados, porque las guerras les habían arrebatado a los padres o esposos; así, la miseria corría por toda la Europa y levantaba multitud de hambrientos y miserables, miseria que no podía dar otra cosa que una víctima social que podía ser sólo dos cosas: o criminal que mata para vivir, o mendigo que tiende la mano; en ámbos casos, señores, una víctima de la sociedad que reclama el derecho de la vida!

Cuando en esta situación se encontraba Europa, cuando el hambre y la miseria producía en todos tantos lamentos de desesperación, ved que la iglesia se levanta, ved cómo estas asociaciones se crean para hacer competencia a la mendicidad y a la protección que piden a los ricos y a los reyes.

Ya no es aquel comunismo cristiano, en el que los ricos reparten sus óbolos entre los pobres, es la iglesia rica, que ha logrado sostenor su fortuna.

Pero cuando la miseria se produce, es cuando se hace necesario y lógico es que la iglesia vaya a compartir con la mendicidad sus arcas repletas.

Y, señores, cuando llega a las puertas de un señor un hombre que tiende la mano para pedir una limosna, que talvez tiene una mujer enferma, tiene hijos que se mueren de hambre, entónces el criado del señor lo insulta y lo arroja a la calle.

Pero cambia la escena, el mendigo no es ya un hombre del pueblo; es un hombre de capucha el que golpea a las puertas del palacio en busca de limosna para la iglesia, y el mismo criado que echára al hijo del pueblo que pedía un pan para sus hijos que se mueren en la miseria, se inclina reverentemente ante el mendigo de sotana, lo acompaña y le ayuda a subir la escalinata del palacio, lo lleva a la pieza del señor, el que no se hace esperar, por cierto, y el fraile pide limosna para levantar la hermita, para levantar el convento o para levantar la iglesia, y la ayuda se da; y todavía el Señor se dá por satisfecho si ese sacerdote se deja besar las manos o el borde del hábito....

Miéntras el pueblo sufre, miéntras el hambre reina en todos los ho-

gares, las comunidades religiosas van recogiendo limosna a limosna, lo que será más tarde las grandes riquezas de la iglesia, y aquella dádiva insignificante levantará la hermita y alrededor de ella comenzarán a reverdecer los grandes campos, y la hermita se convertirá en iglesia y la iglesia se convertirá en opulenta basílica con altas torres de donde podrán ver los monjes la fatídica cuerda de donde cuelga un hambriento por el delito enorme de haber pedido una limosna.

He de explicar que en aquellas épocas del cristianismo religioso, la mendicidad del pueblo fué considerada como vagancia y las horcas se levantaban para combatirla. Y no se crea que estas son opiniones de un libre pensador, de un hombre apartado de todo preconcepto religioso; quiero buscar más cerca de la iglesia estas opiniones y he aquí como se expresa al respecto la abadesa del convento de Bleu:

«Los cristianos en nuestra época no vivían como seres humanos, esperaban la muerte de un animal para devorarlo. Los hombres se hieren entre sí para disputarse un medrugo de pan; otro hombre, a quien sus cuatro hijos le pedían alimento, mató a sus hijos y se mato él; ha sido encontrado en el camino real, un niño que había devorado varios de sus dedos en el paroxismo del hambre. Los hombres comen las hierbas de los campos y cuando ya no quedan estos son disputados a sangre». Así es como se expresa una mujer, para hablarnos de la horrible miseria a que había llegado Europa en los siglos XVI y XVII, aquella época del triunfo religioso, aquella de la célebre *sopa del convento*, aquella época de la caridad mística......Y bien, veamos ahora que hace el pueblo: el pueblo se muere de hambre, debatiéndose en terrible miseria. Veamos como se preocupan de esta terrible situación los poderes civiles, las comunidades religiosas.

Veamos las leyes dictadas por los reyes de la época: «El que fuere encontrado por los caminos será interrogado, y si no contestase claramente sobre sus bienes de fortuna, empleo u oficio, sea esto suficiente para que le sean aplicados los tormento». Más, veamos al lado de esto, señores, ¿cómo tratan esos cristianos reyes a las congregaciones religiosas?— Agrega la orden: «exceptúase de esto a los hermanos de las comunidades religiosas, que podrán pedir limosna en los caminos reales y en todas partes, como lo tuviesen por conveniente, para bien de nuestra *Santa Madre Iglesia* y sevicio de Dios, nuestro Señor».

Algunas reglas dictadas por María Teresa, no difieren mucho de éstas; ved esta: «Si un posadero albergase más de una noche a un caminante, por primera vez, impóngasele la pena de azotes; por segunda vez, será colgado; esceptúanse de esta ley a los hermanos de las congregaciones religiosas, que podrán vivir en la forma que estimen conveniente; para lo cual les concedemos que puedan usar nuestros reales sellos y que puedan tener nuestras reales armas».

Cuando la horca mataba cientos de cientos de hombres, se nombraba un sacerdote, para que ayudara a bien morir.. ; y en las prisiones se puede ver que existe una partida: «para el hermano de la congregación tal, para ayudar a bien morir al reo tal» y la cantidad; es decir, que no bastaba ahorcarle, sino que era preciso poner fr ente a él, a aquél que era el principal causante de su muerte...!

En tales épocas, en tales siglos, llegó esta situación a ser tan grave, que según estadísticas de la época, las congregaciones religiosas llegaron a poseer, casi la mitad del territorio francés, no sé cuanto del español y casi las tres cuartas partes del territorio belga; miéntras tanto se dictaba en Inglaterra la célebre *Tasa de los pobres* que todos conocéis.

Sucedía que a veces se necesitaba hacer un llamamiento al patriotismo del pueblo. Cuando se trataba de la revocación del Edicto de Nántes, se decretó aquel célebre impuesto, que todos conocen. Miéntras el pueblo pagaba patrióticamente la contribución, la iglesia y las congregaciones se levantaban para protestar y decían que no pagarían, y el rey dictaba: «quedan esceptuadas la iglesia y las congregaciones religiosas sea cual fuere la situación de la patria en el presente y en el futuro».

Todavía más, señores, y esto recordarán los españoles que me escuchan y que saben de aquella época de nuestro país; en España hacía mucho tiempo que no se veía una moneda de oro; las congregaciones religiosas llenaban los bancos de todos los paises para duplicar sus capitales.

Cuando el país necesitaba del patriotismo de todos los españoles, se creó un empréstito nacional con un 20% de beneficios; claro es que los pobres españoles que tenían un hijo en la guerra, no eran los que podían estar más dispuestos para cubrir el empréstito. Este fué cubierto... patrióticamente por los obispos, bien que ganando un 20% en la negociación.

Todos tenemos amor por el pedacito de tierra en que nacimos, pero las congregaciones no tienen mas intereses que los que los atan a la iglesia, que los que los atan a Roma! La patria de todos ellos, no es la tierra que le exige sacrificios, es Roma que les reclama incesantemente dinero!

Hemos visto la historia de las congregaciones religiosas, y hemos visto como, continuando en sus votos de pobreza, habían llegado a ser dueños de grandes territorios, claro es que alguna fórmula debía existir para el que había hecho voto de pobreza, tuviera hasta representantes que demandaran a los que tenían retenidas las tierras, entablando pleitos ante los jueces.

¿Y cómo podría ser esto, que se uniera legalmente la toma de posesión que dá la iglesia a la propiedad de grandes bienes? La razón fué una y todavía se matiene; los bienes de la iglesia—y esta fué la razón que tuvieron las comunidades religiosas—los bienes de la iglesia, no son de los sacerdotes, no son de los que forman la comunidad, estos bienes son de

Jesucristo y las comunidades no hacen mas que administrarlos; he aquí, por qué ellos no pueden contribuir a ningún acto de la tierra.

Pero hemos hablado de cuanto se refiere a esas grandes riquezas adquiridas por privilegios de los reyes y de los ricos; queda aún lo que se refiere al pueblo. Realmente la caridad evangélica vió que siendo todos los actos religiosos relativamente caros, que no estaban al alcance de las clases menesterosas, pensó algunas formas, por las cuales se pudiera abaratar las fórmulas espirituales para darlas al pueblo. He aquí que una congregación de frailes *castos*, inventó la misa por acciones y se expidieron acciones que dicen así: «el portador de una acción, tendrá derecho a la celebración de 50 misas anuales durante 50 años, para la salvación de su alma, y todas estas misas por el precio de dos francos y medio».

Y como esto era tan barato, no podían los pobres dejar de entrar en el paraíso para vivir una larga vida allí. Más todavía, los frailes de Dunkerque realizaron otra sociedad por acciones para la construcción de un templo y una verja; la razón social era de *Jesús*, *María y José*; las acciones no servían solamente para bien del alma, sino también para la redención de los pecados, y no solamente durante 50 años, sino durante toda la vida. Como veis, señores, la cosa no podía ser más fácil y agradable: por fr. 2.50, un salvo conducto para la delincuencia..., los tenedores de acciones pueden robar, atentar contra todos los deberes sociales, miéntras los buenos frailes de Dukerque, rezan por la redención de los pecados, y aún le sobran misas para alcanzar un puesto en el cielo.

Y al lado de estas cosas insignificantes, qué cosas más horribles!

¡Madres! Vosotras que sabéis querer en cada uno de vuestros hijos a los hijos de todos, que lleváis la maternidad en el corazón, y que sabeis cuánto sufre una mujer cuando tiene a sus hijos en la miseria, pensad en esto! En aquella época a que yo me refiero, en que las congregaciones poseían muchos terrenos, cuando se cotizaba el delito de tener hambre, no se eximían ni los niños de esta suerte, ni los hijos de los que habían muerto para cumplimiento de la justicia, ni los hijos de los que en un rapto de desesperación habían dejado violentamente la vida!

Y bien, señores, acordaos de que a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, son arrojados a las cárceles, a cumplir condenas por habérseles encontrado sin ocupación en la vía pública, 27 mil niños; 27 mil niños hambrientos que buscan el sol, que buscan la alegría de vivir, y que en cambio encuentran el mandato de la ley; niños que buscan las caricias maternales que todos tienen el derecho de poseer en la vida, pero que en vez de esas caricias, tienen los principios severos de la ley que los arroja a vivir en una prisión y que los entrega a viles explotadores para que le enseñen un oficio, a costa de su salud y talvez de su vida.

Miéntras esto sucede, miéntras 27 mil niños, por falta de pan, iban a parar a las cárceles del Estado, las congregaciones religiosas con sus privilegios tomaban para sí hasta 80 millones de pesos, mucho más de lo que se hubiera necesitado para dar pan e instruccion a esas víctimas de la miseria.

Y, señores, yo miro hácía atrás, miro más léjos: miro en el fondo de los siglos que fueron, contemplo un paisaje hermosísimo: veo levantarse de la tierra la figura de un pobre hijo de un carpintero de Judea, que abriendo sus brazos en un jesto de sublime amor, dice a la multitud de sus oyentes: «DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ»...!!!

Esta, señores, es la historia de todo lo que tiene relación con las congregaciones religiosas, de sus desastrosos efectos, en los pasados siglos. En el presente, el problema es otro. El problema en Europa, en aquellas épocas, fué el de la miseria, el de la vagancia, resultante de las guerras del absolutismo. El problema de hoy es el de la producción, es el problema del trabajo, de la oferta y la demanda, que crean multitud de problemas interesantes en la vida. Y bien, señores, observemos, aunque muy a la lijera, cómo las congregaciones religiosas actúan en el presente como en el pasado.

Hoy casi todas las congregaciones responden a la necesidad de crear grandes industrias. Casi todas son grandes sociedades industriales. Todos recuerdan aquellas congregaciones que dieran al público esos sabrosos aperitivos que se llaman benedictine, chartreusse y tantos otros. Y debemos recordar también que aún hoy está pendiente un célebre proceso relativo a la marca del chartreusse, porque los representantes de Cristo, que han hecho voto de humildad y de pobreza, apelan hoy a la justicia por la marca de ese apreciable licor.

Vosotros recordaréis también que aparte de todos estos licores, se crean multitud de industrias, fábricas de fideos, talleres de lavado y aplanchado, etc., todas las industrias, en suma, que ponen en ejercicio el músculo del trabajador.

Más, al pensar en esto, señores, puede creerse, sin duda, que las congregaciones religiosas venían a formar parte en el concierto del trabajo, y en ese caso, nada tendríamos que decirles, porque todos los que producen deben ser respetados. Más, desgraciadamente, el dinero de esa producción no circulaba; era atesorado por las congregaciones, de tal modo, que realmente esas industrias, que debían venir a producir un bienestar, un aumento de producción en la vida para mejorar las necesidades del pueblo, no hacían otra cosa que aumentar los caudales de la iglesia.

Estudiemos, ahora, un momento algo que nos sea más conocido, y vayamos a ocuparnos de España, y recordemos una fecha memorable y triste, la fecha de la *Semana trágica de Barcelona*. ¡Cuanto se ha fanta-

seado con esto! ¡Cómo en América, los adversarios de las ideas de libertad, han señalado aquellas turbas que invaden los conventos, que van a matar a las monjas en sus asilos, cómo han hablado y señalado a sus autores como anarquistas, libre-pensadores, demagogos que se aprovechan de la ignorancia de las masas, cuando era el pueblo honrado y hambriento de Barcelona que se levantaba, cansado de la tiranía económica de las congregaciones religiosas e iba a las puertas de los conventos y mataba a las monjas.

Y bien, señores, veamos cómo se desenvuelve esta situación en Barcelona,

Todos conocen, todos han visto, todos saben que el progreso ha llamado a todos los corazones, todos saben cómo se levantan las chimeneas fabriles, como queriendo hacer competencia a las torres de las iglesias en el dominio de las conciencias populares. Todos sabéis cómo Barcelona se levanta y crece la Barcelona de la civilización!

Se habían extremado las campañas de las congregaciones religiosas en España, y las Hermanitas de los Pobres y los frailes de los distintos conventos fueron hácia el trabajador y le dijeron: «Tú que tienes hijos y que careces de recursos, tú que tienes en perspectiva pocos alimentos y muchos hijos, yo te los educaré, les daré un oficio, los haré cristianos, los haré hombres». Y el trabajador, agradecido a la caridad religiosa, entregaba sus hijos a las congregaciones.

Las congregacianes fueron a buscar a las mujeres desgraciadas y a los ancianos, y cuando tuvieron todos estos elementos, fueron de puerta en puerta pidiendo una limosna para los huérfanos, para los ancianos y para las mujeres, y esa aristocracia a quien no le importa dar miles de pesos, siempre que al otro día aparezcan sus nombres en grandes letras en las listas de caridad cristiana, daba a los conventos su óbolo jeneroso (?)......

Se fundaban los asilos con las limosnas recogidas y se elaboraban los artículos del comercio, los zapatos, los tejidos, que eran vendidos en forma que hacían ruda competencia al comercio y al trabajador. Como resultado de esto, se reduce considerablemente el precio de la mano de obra; y llega a tal punto que la docena de prendas de caballero, que se pagaba a 2.50 y 3 pesetas, bajaba hasta dos reales de vellón, es decir, que la mano de obra bajaba a la sesta parte de su antiguo valor.

Mientras el comercio pedía al convento lo que no podía producir él mismo, el trabajador se moría de hambre y la mujer se iba al convento.

Cuando los trabajadores vieron que aún luchando día y noche no alcanzaban a tener lo que necesitaban, cuando la mujer, que tiene en la vida muchos menos medios de defensa que el hombre, vió esto, dejó el trabajo y cayó en la degradación y fueron muchas al lodo, al fango de la vida.

Cuando surjió aquel movimiento revolucionario, entonces el odio popular, que se había acumulado durante tanto tiempo, se levanta indignado! Fué el corazón, fueron los sentimientos, fué la justicia lo que llevó a aquellos hombres y a aquellas mujeres a las puertas de los conventos; no fueron los anarquistas, no fueron los libre pensadores, fué el pueblo honrado, consciente, que pedía a las puertas de los conventos, la honra de sus mujeres y la dignificación del trabajo!

Y ese caso podemos observarlo en toda Europa. Puede estudiarse detenidamente en Francia, y más cerca, en Portugal y podíamos estudiarlo en otras partes, pero nos hace falta el tiempo.

Veamos ahora lo que respecta, lo que interesa a esas propias congregaciones religiosas, en América.

Aquí, en América, porque no gusto de singularizar, el problema no es tan grave como en Europa, pero cada día lo es más grande. La lucha entre el clero secular y regular, la conocen mejor que los liberales los propios devotos de la iglesia y al referirme a los liberales, sólo empleo este nombre en el sentido estricto y literal de la palabra.

Todos conoceis como se realizan las fundaciones de las congregaciones religiosas en estos países. Los frailes no ostentan a pecho descubierto la insignia de su órden, aquí no vienen nunca josefinos ni jesuítas; *según Jesucristo* vienen simples sacerdotes: oculta su apellido, no el de familia sino el de comunidad; llega de cualquiera de los sitios de Europa de donde la *tierra ya tiembla bajo sus pies*; busca un altarcito y empieza por decir su misa y al poco tiempo ha elejido entre las devotas media docena de personas de posición social a las que visita con mayor frecuencia.

Después pide limosna para cualquier cosita y la mujer le da la dádiva y va a buscar la dádiva entre las amigas y se hace el asilo, pequeñito, y poco a poco va subiendo y llegán después una infinidad de hermanitos.

Entonces, empieza algo que es bien perjudicial para estos pueblos: empieza la educación del individuo. Allí va la mujer que lleva al niño de la mano, pero lleva más que al niño, lleva un pedazo del alma nacional, que en manos del sacerdote aprenderá a ser siervo de la iglesia, y que mañana, en vez de servir los intereses de la patria, será el alma que esgrimirá en todas direcciones.

Todavía más, es la acumulación del capital siguiendo los mismos procedimientos que en Europa: si visitamos a algunos países americanos, se nos dice que la iglesia no tiene propiedades, y encontramos que la mitad del territorio pertenece a las comunidades representadas en el mundo por aquellos seglares, que los españoles llamamos de *ropa corta*.

Si observais el problema, si haceis una cuenta detallada, si os fijais en el catastro territorial de cada uno de estos países, vereis que una gran parte de los bienes, que una gran parte de las tierras, pertenecen a las

comunidades religiosas. Si seguimos haciendo números, si pensamos lo que serían esos millones para las nacientes industrias de los países, si pensamos que con ello América no tendría necesidad del capital extranjero, si pensamos y hacemos números con todo esto, observamos la situación económica que podría crearse en América, señores.

El dinero de las comunidades no puede ser comparado con el dinero de los capitalistas, porque este siempre queda expuesto a la circulación pública, porque el rico vuelve este dinero al pueblo, invertido en joyas, banquetes, fiestas, mientras que el real o el peso que se le entrega al sacerdote es como si se echara a una cueva profunda. El peso o los mil pesos se encierran en esa tumba; ese dinero, no se invierte porque una parte va a Roma y la otra va a servir de arma a los sacerdotes, contra la libertad y el progreso de la propia nación que se los ha dado. Pensemos, desapasionadamente, cuan necesaria es para la iglesia, la acaparación de todas estas obras notables de la América, porque no solamente de sus fieles vive la iglesia, no solamente de sus devotos viven las comunidades religiosas, porque al fin y al cabo esto constitituiría un derecho; preciso es pensar también en los indiferentes que dejan hacer, y en lo mucho que supone la influencia de la mujer complaciente que induce a su marido, falso liberal, a contribuír con su óbolo para tantas imposiciones religiosas. ¡Cuántos liberales no contribuyen con su óbolo, para después decirlo, aún con orgullo, porque piensan que con esto han dado una enseñanza de transijencia! Más, estas transijencias que emanan de la vida pública, emanan también de la vida del hogar: las madres llevan a sus hijos a los colegios religiosos, porque es allí donde se educa la aristocracia!

Cuando todo esto se hace, se forman los grandes, enormes capitales con que cuenta la iglesia. Si vemos como se siente y como se lleva la libertad en el corazón, si sumamos cuántos se declaran siervos de las viejas instituciones, tendremos que el pasado se mantenía de una transijencia liberal, que es un errror de concepto.

Aquellos hijos de esta tierra que aman a América, saben todo lo que pueden ser estos países para el futuro. Todos los que ven en América la tierra prometida, todos los que sueñan en el fomento de grandes fábricas, de grandes industrias, todos los que sueñan en que sea la América más grande por las conquistas del trabajo, todos los que con esto sueñan deben suponer que, como en el siglo XVIII en Europa, todo esto debe venir de sus esfuerzos varoniles; sepan que las fuerzas de la vida están gritando para que sean empleadas en el trabajo!

El porvenir de América no está en el fraile extranjero, está en el trabajo que labora, en el músculo que crea, está en el cerebro que estudia, está en esa gran confraternidad de los países.

Esto eleva, señores, y ya que la historia nos enseña, y ya que es tan

esplícita en sus lecciones, inspirémonos en ella y hagamos obra de libertad y progreso! Puesto que la Europa nos da el plan donde podemos estudiar aquellos siglos de desgracia, y puesto que las congregaciones religiosas nos deparan la tristeza y la miseria, seamos nosotros los que nos constituyamos en centinelas del progreso, hagamos que las negras sombras del pasado no florezcan en la floresta de América y que brille el sol de la libertad! El pasado nos habrá servido de ejemplo, y las jeneraciones del presente habrán grabado en las tierras americanas la augusta religión del porvenir!



Sociedades contra la Sociedad

Crítica de la 5.ª Conferencia

Os decía yo, en mi primera crítica publicada en el número de LA RAZÓN correspondiente al 23 de los corrientes, a propósito de la primera conferencia, que con motivo de la célebre matanza de Bezieres (población francesa), donde los secuaces del Papa cometieron *diez mil asesinatos*, habiendo consultado al obispo lo que se hacía porque entre aquellas criaturas que despues fueron víctimas del fanatismo, había muchos cristianos, el célebre y bendito Papa Arnaldo contestó: «¡Matadlos a todos, que Dios ya sabrá reconocer a los suyos!»

Pues bien, fué en ese punto donde la señora de Sárraga empezó su erudición, partiendo del siglo VII, que ya nos había retratado en noches anteriores con su mercantilismo religioso y continuando en el VIII, en aquella época de terror que presidieran un Inocencio y un Benedicto, que dió como resultado tantos miles y millones de víctimas, que como consecuencias de aquellas famosas cruzadas, perecieron por conquistar un sepulcro que aún continúa en las manos de los enemigos de la Iglesia católica. Y fué aquí donde tambien nos habló de la matanza de Bezieres, y fué aquí también donde la oradora fué aclamada por numerosísimo público, por aquellos arranques de compasión que sabía despertar en todas las almas el recuerdo de tanta sangre derramada y el espectro de la terrible inquisición, que también nos trajo a la memoria.

Pero, al llegar a las congregaciones religiosas, motivo principal de la conferencia del Martes, empezó haciéndonos ver cómo se formaron, se desarrollaron y crecen cada día esas instituciones.

Es muy cierto que por entónces el espíritu fanático de los pueblos se elevaba al mayor grado posible; las creencias religiosas estaban infiltradas de tal manera en el alma del pueblo, que todos, pobres, ricos, gobernante

y gobernados, proclamaban la soberanía de Roma, acataban los preceptos de la iglesia, y así vemos cómo en aquella época hasta la Ley estaba entregada en manos eclesiásticas y hasta los reyes se sometían a sus legislaciones.

Y buena prueba de ello nos dá, por ejemplo, Carlomagno, haciendo homenaje a San Dionisio, con estas palabras que pronunció a los pies de un altar. «Señor San Dionisio, me despojo del honor del reino de Francia a fin de que tengáis la soberanía del reino». Se comprende fácilmente cómo supo la iglesia católica infiltrar en aquellos corazones sus doctrinas para llegar a conseguir de los reyes tal sumisión y llegar a imponer su ley como única e infalible, por prevenir y representar los designios de Dios, y vemos a la iglesia la primera en constituír allá, en cuantos sitios pudo, señores feudales en las personas de sus ministros, y fué así como la iglesia consiguió implantar el feudalismo, aunque por mano de los reyes.

Pero siguiendo el orden en que se expresó la oradora, observamos, y la Historia de todas las naciones nos lo enseña, cómo dominaba la iglesia en sus Leyes de tal manera, que los tribunales ya no se llamaban sinó *Tribunales de Dios*, y los pleitos se resolvían por los *Juicios de Dios*, que desde la separación de los pueblos bárbaros no se habían vuelto a poner en práctica, hasta que dominó el catolicismo.

Y así el hombre acusado, aunque fuera de un crímen, bastándole *jurar por Dios* ser inocente para que fuera absuelto...... naturalmente que si era católico, porque los que se consideraban *herejes*, por lo visto no tenían palabra, puesto que no se creían los juramentos por sus creencias y eran sometidos a los tormentos más horribles. Y de tal manera fué grande el número de inocentes sacrificados, como consecuencias de estas costumbres católicas; de tal manera los criminales gozaban impunemente el fruto de sus alevosías, que los mismos sacerdotes dieron fuertes escándalos y entónces el concilio de Letrán, en tiempo de Alejandro III, proscribió el juramento «sin escepción de los eclesiásticos, a consecuencia de los escándalos ruidosos». Y entónces los sacerdotes, dice la historia, para hacer lo más sincera y respetable posible una solución que los jueces, indecisos y perplejos, no podrán encontrar, se encomendaban a los juicios de Dios.

Y dice al respecto en su texto latino Lombard: «El acusado permanecía en oración tres días, durante los cuales ayunaba a pan y agua. El día de la prueba, el sacerdote, revestido de todos los ornamentos sagrados, escepto la casulla, entonaba un himno, bendecía a los asistentes y el juego (benedicite omnia opera), invocando a Dios, de quien procede toda luz, y suplicándole que iluminara a sus fieles siervos. Después de esto se rezaba un Padre Nuestro y se calentaba el hierro durante un rato más o menos largo, y una vez terminada la comunión del sacerdote, el oficiante se acercaba al acusado y le exhortaba en el nombre del Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo, por la iglesia, por las reliquias y por el bautismo a que no se acercara al santo altar si había cometido el crimen».

«El acusado, después de haber contestado negativamente, recibía la Eucaristía, y tras de éstas y otras ceremonias *religiosas*, tomaba el acusado el hierro candente en su mano durante un rato más o menos largo, metiendo después la mano en un saco que los jueces y sacerdotes amarraban y sellaban, para abrirlo tres días después. Al final de este tiempo se calculaba el grado de culpabilidad del acusado por la gravedad de las quemaduras, o se le declaraba inocente si no tenía ninguna...» ¡Oh, sabios designios de las religiones ..!

Pues bien, en un pueblo dominado por estas creencias, de esta manera sometido a la injerencia de la iglesia en sus usos, sus costumbres y hasta sus leyes, se comprende muy bien, más fácilmente, cómo les fué fácil a los religiosos constituír sus congregaciones con bases de pobreza y fines poderosos, y fué así como con limosnas hipócritamente pedidas de puerta en puerta se levantó un altarcito por un creyente, que se hacía llamar hermitaño, y sobre aquel pequeño altar instalado sobre apenas diez metros cuadrados de terreno, se construyó una humilde pieza para dormir el *padre*, y sobre la chocita la casa, porque había llegado otro fiel a hacer compañía al *hermano*; y ya los dos hermanos juntos, pensaron en que, a fin de propagar las buenas doctrinas, sería conveniente instalar una escuela, o al objeto de socorrer a los necesitados, un asilo, y para consolar y cuidar el enfermo, un hospital y seguían pidiendo y continuaban edificando y ya se veía un suntuoso palacio donde al principio sólo había una humilde casita y ya se contaban los *hermanos* por ciento, porque hacía falta tanta jente para atender tantas *obras de caridad*; y, naturalmente, tan grandiosa fundación necesitaba ya rentas para su mantenimiento, porque no bastaba a él la limosnita y los reyes les concedieron tierras y con las tierras feudos y con todo esto una riqueza que ningún pobre ha obtenido jamás con tan poco trabajo y en tan corto tiempo.

Y llegan a dominar de tal manera esos *hermanitos*, que son señores feudales al igual de aquellos caballeros guerreros que dieron honra y extensión a su Patria; pero ¡oh miserias humanas! son tan ricos, tan poderosos ya en cierto momento, que lo que antes imponían a sus siervos como necesidad, después lo pidieron como mofa, y es así que leemos en Muratori y otros autores que en Bolonia los arrendatarios de los Benedictinos de San Próculo daban cada año su censo, consistente «en el humo de un capón cocido. El cura de Nogent-sur-Marne (Francia) recibía por San Estéban *un pan* y por la Ascención *tres huevos*; en Saintonge se pagaban «gallos a los cuales no faltase ninguna pluma»; los Monjes de la abadía de Saint Murles Fosés, exijían bajo pretexto de necesitar para sus enfermos «XXIX panes LIX capones, etc. denarios XVI, sólidos X etc. dimidium;» Los vasallos de

la abadía de Remiremont, habían de entregar en San Juan cada año «un plato hecho de nieve» o en su lugar «un toro blanco» y así sucesivamente podría enumerar miles de estas jocoserías con que aquellos «pobres hermanos» se burlaban de la pobreza del pueblo.

Y ¡qué enseñanza no encierran estas tradiciones que la Historia nos revela, para nosotros los amantes de la libertad! Ved ahí como los que hacen votos de pobreza, los que predican la doctrina de un Cristo que ellos mismos nos pintan repartiendo lo que tenía con los pobres, que ellos mismos nos retratan mendigando pero dando lo que no necesitaba para su estricta alimentación, practican aquella doctrina en otro sentido: la forma de ser más poderosos, los más ricos de la tierra; y así en esta marcha seguida a traves de los siglos y en todas las naciones vemos acumularse y lo que es peor aún, ir a esconder en sitios donde no salen jamás, las dádivas de los pudientes y la limosna del pobre, que van a convertirse en un fondo común que destina la iglesia a fortalecerse cada día más y a hacer la guerra al mismo pueblo con sus doctrinas sectarias y sus comercios ilícitos.

Y aquí en este punto de su disertación, nos habló la señora Sárraga de aquella *semana trágica de Barcelona* que tanto y tanto disfrazaron los diarios conservadores, aquello que quisieron llamar Revolución, y que fué sólo una protesta unánime del pueblo Catalán contra la competencia vil que le hacían los que se llamaban sus protectores.

Pero hay algo más hondo, estimados lectores, en aquella revuelta del pueblo, que seguramente la conferencista no nos dijo por su extremada benevolencia, por su refinada moderación, hay mucho más en el fondo de aquel asunto, que yo no quiero callar, porque precisamente me encontraba en aquellos días de paso por España y tuve ocasión de apreciarlo.

Es bastante conocida la ley del servicio militar en España; el ciudadano que no se exime por causa legal o por un puñado de monedas que la ley estima en 1,500 pesetas, está obligado a servir en filas tres años; pero después continúa en lo que se llama *reserva disponible* durante nueve años más. Pero dice esa Ley que en caso de ser llamadas a filas nuevamente las reservas por causa de guerra, debe ir a combatir primeramente el ejercito activo, permaneciendo de guarnición en las poblaciones los reservistas.

Se comprende esta previsión del legislador, teniendo en cuenta los muchos hombres que después de hacer su servicio están casados o tienen constituída su familia; llega la Ley hasta el caso de recomendar se prefiera para la incorporación de cada hombre el rejimiento que esté de guarnición en el punto que resida o en su defecto el más cercano.

En los momentos a que hago referencia, toda España jemía bajo la opresión de los conservadores, y las protestas eran generales, especialmente porque se llevaba al ejército a una escaramuza que tenía por objeto principal salvar los intereses de unas compañías mineras particulares, y porque

además se empeñaba el Gobierno en los gastos de una guerra fuera de su territorio cuando verdaderamente lo que necesitaba era fomentarse interiormente.

Cataluña especialmente y muy particularmente Barcelona, estaba excitadísima por aquella invasión de frailes y monjas que le hacía la competencia comercial al trabajador con sus propias hijas, con sus propias hermanas y estaba deseosa de estallar por cualquier causa; en cuanto al pueblo trabajador, los demás habitantes de Barcelona, tenían los mismos deseos, aún cuando por distintas causas. Se desacreditaba la hermosísima ciudad condal, huían los extrangeros de ella, todo el mundo emigraba por temor a las bombas que bien claramente se demostró ser hijas del complot que fraguara Rull con los frailes por mediación del mandadero *de un convento*, y el gobierno conservador, que veía y sentía bajo sus plantas aquel hervidero, consideró un peligro para la monarquía sacar al ejército de Barcelona para llevarlo a Melilla y dejar al cuidado de la ciudad a regimientos formados por catalanes que constituían *las reservas* a la vez que desde hacía tiempo estaban descontentos de la manera que espreso.

Y he aquí que mandan a la guerra a los reservistas, es decir, a los ya padres de familia, pasando por encima de las leyes, y entonces el pueblo ya no resistió, y a la causa principal de este desacierto, de todos aquellos descontentos, de todos aquellos trastornos comerciales, políticos y sociales se dirijió en son de protesta: entonces fué cuando arrasó los conventos de donde emanaba todo el mal.

Y ¡cuántas cosas se descubrieron dentro de aquellas fortalezas, estimados lectores!... Pero es mejor callarlas por respeto a la civilización y a la moral, baste saber que el pueblo comprobó que aquellos hombres y aquellas mujeres, aquellos frailes y aquellas monjas, faltaban a *todos sus* votos: *pobreza*, *castidad*, etc., etc.

¡Esos hombres que tanto nos predican la sobriedad y la pobreza!

Yo consulto libros escritos por frailes o sacerdotes, donde encuentro *Santos* que, como San Lupicino, se abstenían de toda bebida y en los últimos años de su vida sólo se alimentaban de pan remojado en agua fría; San Guillermo de Aquitatania, nueve años, San Juan Crisóstomo dos años, San Amando y Santa Inés de monte Pulciano quince años,Santa María Magdalena de Pazzi, veinticinco años y San Arnaldo, durante tres años y medio, alimentándose de solo *pan*.

Y si seguimos con los ejemplos que ellos mismos nos muestran, encontramos una Santa Paula que no comía manteca, huevos, miel, pescado ni nada que tuviese algún sabor; Santiago el menor jamás comió nada que hubiera tenido vida: San Hilarión y San Romualdo comían sólo cinco onzas de hierbas picadas cada día; San Odilón y San Francisco de Asis no sólo se alimentaban exclusivamente de pan y agua, sino que además cubrían

con ceniza el pan y muchos casos más imposible que recuerde en este momento.

¿Es esa la vida de los santos a cuya imágen y semejanza viven? No, por cierto y de aquí que tengamos necesidad de prevenirnos contra esas congregaciones. Es forzoso que vivamos muy aislados de ellos y no consintamos en la protección de esos organismos que desquician la sociedad y los Estados.

¡Y qué hipocresía señores! Ahí tenemos una nueva y riquísima institución de franceses que se llama «Lourdes». ¿No ha pasado ninguno de vosotros a observar por la calle de Santo Domingo esa fundación *caritativa?*

Yo os aconsejaría hacerlo. Es muy curioso ver como *estrujan* el bolsillo del pobre estos reverendos. Unos cuantos *grifos de agua potable*, colocados en fila al lado de un altar, con sus correspondientes jarritos de porcelana o fierro que por razón de hijiene debían suprimirse; al lado un gran cepillo para recojer *limosnas*; y luego... el testimonio más claro de la injenuidad e ignorancia de muchos: un buzón para la correspondencia que se dirije a la Virgen de Lourdes.

Señores: ¡que se consientan estas cosas en un pueblo civilizado! ¡que no haya quien prohiba ese foco contajioso de las enfermedades, ese jarrito de hierro donde todos los enfermos posan sus calenturientos labios para buscar la curación de un mal que de esta manera propagan a su prójimo!

Y luego tienen un asilo de niñas pobres, que... son las sirvientas del convento de frailes y del de monjas......... y del colegio de niñas........ ¡qué igualdad! ¡qué fraternidad para con el hijo del pobre de que se apoderan con el pretesto de educarlo igual que el hijo del rico, para, en realidad, destinar a aquel al servicio de éste!

Y por último, estimados lectores, esos miles de miles de pesos que se retiran de la circulación para hacerlos ingresar a las arcas de Roma, al *caudal de San Pedro*, aquí donde tanta falta hace el dinero, donde el circulante disminuye día a día, donde clamamos por la carestía de la plata...... ¡qué peligro tan grande encierra para nosotros!

Pero se me olvidaba que vivimos en Santiago, donde la iglesia es dueña de las tres cuartas partes de la propiedad, bien a su nombre, o en el de *Santos servidores de Dios y de su iglesia.*

No quiero dejar la pluma hoy sin dedicar dos palabras al pueblo: ¡qué hermosa es vuestra conducta! El despertar de todos al oir la palabra clara y valiente de la señora Belén de Sárraga, al oir de la boca de tan insigne oradora las verdades concisas de la razón, demuestra claramente vuestro afán de progreso, vuestros deseos de regeneración, vuestras ánsias por volver a la senda de LA LUZ.

Pues bien, estimados lectores, también nosotros los LIBRE-PENSADORES tenemos profetas que, como los del Cristianismo, quieren el imperio de la verdad, y yo quiero ser el que en este momento os prodigue, desde estas columnas del único periódico verdaderamente liberal, concienzudamente doctrinario y defensor de nuestras sanas creencias e inspirado por las palabras redentoras de ese verdadero Cristo de nuestra fe que peregrina por la tierra predicando el imperio de la Razón, de la Ciencia, del Progreso, de la Civilización y del Trabajo, de esa insigne creyente, oradora fecunda, poetisa sublime, de ese antro de *Luz Natural* que avasalla con un solo jesto, con una sola de sus frases, con una sola de sus razones el misticismo emponzoñador que quiere inculcarnos la iglesia; de esa Belén de Sárraga que de un solo soplo vivificador de su alma rejeneradora hace despertar a los pueblos y sacudir el yugo que les impone la iglesia, el servilismo a que les obligan sus dogmas, la esclavitud a que los someten sus ritos, yo os digo a todos vosotros, fieles hermanos y amigos de *La Luz*, que perseverando en el camino emprendido, no desmayando ni ante el ataque de los unos ni ante las quijotadas de los otros, despreciando las mentiras, las amenazas y las calumnias, y con la valentía y la perseverancia propias de esa sangre mil veces heróica que corre por vuestras venas, de esa sangre de los hijos de Arauco, reaccionéis en toda la línea, arrojéis de vuestro seno la hipocresía oculta bajo el hábito monacal, y seréis libres y veréis a esta hermosísima tierra chilena surgir y renacer al progreso y al adelanto, levantada por todos vosotros, los hombres de conciencias puras y sana moral.

No temáis, nó, los ladridos del perro, que...... perro que mucho ladra poco muerde; no temáis verlos a ellos encastillados tras de puertas, muros y altas almenas en forma de torres...... las paredes son más fáciles de desequilibrar y hacer venir al suelo, cuanto más altas se elevan. Las más fuertes fortalezas se derrumbaron al empuje del pueblo soberano: recordad la Bastilla!



El Problema de la Educación

Sesta Conferencia

(Al presentarse la conferencista en el palco escénico, una voz gritó desde las galerías: ¡Viva la libertadora de la Humanidad, Belén de Sárraga!

Esto provocó la siguiente frase de la insigne oradora:

Es indudable, señores, que yo debo recojer con verdadero beneplácito y satisfacción esa nota que emana de las alturas, porque esa nota no es dirigida a una mujer, es dirigida a la idea misma!

DEBO tratar esta noche, señores, un tema íntimamente relacionado con los anteriores, un tema que podríamos llamar la síntesis de todos ellos, que puede ser, que encausa perfectamente y representa las diversas conclusiones a que llegábamos en pasadas noches. Puesto que hemos vivido en la Historia y en el presente, que hemos comprobado que la moral individual que nos dieran las religiones no satisface en la familia ni en el individuo las aspiraciones y las necesidades humanas, puesto que os hablaba de otra moral nueva, que necesariamente lleva el respeto a las conciencias, se presentan nuevos moldes, rumbos nuevos, se presenta el problema de la educación como algo importantísimo, indispensable a tratar: el problema de la educación, que, en lo que se refiere a la Moral, en lo que influye en la Humanidad, en lo que influye en la formación del carácter que nos dará a los hombres nuevos

que necesitamos para formar las sociedades nuevas, que necesitamos para alcanzar la felicidad de la vida!

La educación, como saben todos, cómo enseña la pedagojía moderna, no es sino una de las dos grandes ramas de la enseñanza. Antiguamente, hasta hace relativamente poco tiempo, la enseñanza no supo hacer ni siquiera en los libros pedagójicos esa necesaria diferencia entre la instrucción y la educación. Se limitaba la pedagojía toda a hacer del maestro aquel *dómine* antiguo tan conocido de todos, aquel dómine que hacía de la enseñanza una especie de imposición terrorífica que no podía saber de estas cosas de la pedagojía moderna que lleva al maestro a estudiar íntimamente al individuo fisiolójica y sicolójicamente, para obrar intelijentemente sobre él.

El maestro antiguo se retrata en esta frase de su pedagojía: «La letra con sangre entra». Esto, en efecto, no era sino lógica consecuencia del medio en que se desenvolvía esa enseñanza, en aquella época en que las instituciones de órden divino lo dominaban todo, en que las grandes concepciones teológicas nos daban un Dios que creaba y mantenía los infiernos para castigar a los réprobos, un rey que mantenía una poterna para castigar a sus súbditos.

Lógicamente, el maestro era el reflejo fiel de Dios y del rey. Entónces las jentes temblaban ante la amenaza terrible: «Cree, o arderás y perderás la vida». El maestro no tenía más que penetrarse de estas cosas y darlas a sus alumnos.

La pedagojía moderna ha hecho una necesaria diferencia entre la instrucción y la educación, he dicho. La instrucción se ha limitado y se limita, en sus atribuciones, a educar intelectualmente al individuo, bien que tratando de no deformarlo moralmente; la educación lo prepara moralmente, prepara el carácter, educa los sentimientos, para entregar el niño al maestro, de manera que el maestro pueda obtener resultados satisfactorios en su tarea.

Ved, que cuando la pedagojía ha hecho esta diferencia entre la educación y la instrucción, una parte ha dado a la escuela, y la otra parte la ha dado al hogar: desde entonces tenemos necesidad de algo más que el maestro, tenemos necesidad de la educacíon en el hogar, y si vamos a buscar por diferentes ciencias combinadas aquellas demostraciones que nos enseñan que su abolición en el hombre, que la manifestación de sus gustos y sus inclinaciones no se realizan en la época en que el hombre se desarrolla más, sino en los primeros momentos de la vida, y si sabemos que es el niño en donde se graban, por la palabra, por el jesto, por las pequeñas insinuaciones, aquellas diferentes concepciones de la vida que han de darnos al hombre preparado para la vida, de todo esto deducimos que

está educación maternal es la más importante que la instrucción que pertenece a la escuela.

Veamos pues, ya que nos encontramos como las pasadas noches, frente al problema que afecta a la mujer y a sus obligaciones en la sociedad, veamos pues con que elementos la madre va a formar esos corazones infantiles, para entregarlos perfectamente preparados al maestro. La madre, aún en nuestras sociedades del presente, no tiene un réjimen, una norma a seguir en la educación de sus hijos, que aquellos principios emanados del sentimiento religioso. la madre no hace sino contemplar aquellas teorías que emanan de sus creencias religiosas y que moran en su corazón. Por esto es que podemos escuchar en los hogares una frase insignificante, señores, pero que tiene una gran importancia en la educación del individuo; la madre dice al niño: «Sé bueno, porque si eres malo, Dios te castigará». Este es el principio de moral que la madre enseña al niño; no le habla la madre de sus obligaciones con sus semejantes, no le dice que debemos ser buenos, porque algo hay en nuestra conciencia que nos inclina a serlo; no le dice nada de esto, porque nada de esto se ha enseñado a la mujer, no le dice siquiera, sé bueno, porque el Dios de que te hablo es bueno también. Al decir al niño, «sé bueno, porque si eres malo Dios te castigará», se enseña al niño un principio de egoísmo que se desarrolla en el alma infantíl, y emanada de esa teoría religiosa que nos habla de las venganzas divinas, y que inculca en el niño una idea errónea de la moral.

Otra aplicación de esta misma moral en la educación del niño, por lo que a la madre se refiere, es aquella que va a buscar en el niño, que va a verter en el niño el gérmen primero de la hipocresía, ese gran mal social tan arraigado desgraciadamente entre nosotros. La madre dice al niño. «Has cometido un acto que no debieras haber hecho, pero si me prometes no volver a realizarlo, yo no lo contaré a tu padre». Esto proviene de los defectos de organización espiritual religiosa, es algo lo mismo que las palabras que pronuncia el confesor en los oídos de la mujer. «basta con que yo te perdone para que tu conciencia quede tranquila» Esta equivocada moral es aplicada por la mujer en la educación infantíl, de ahí que el niño no es castigado por su falta, la madre calla, y el padre qué tal vez está en el secreto, también.

Esto tiene, sin embargo, una influencia soberana en la formación de su moral, pues el niño aprende que el delito no reside tanto en el hecho material de la delincuencia, sino en buscar los medios de ocultarlo ante los demás. Este hombre es el que llevará su moral a la colectividad, es el que no cree tanto en su honor sino en las apariencias de su honor; que puede burlar todas las leyes, siempre que haya alguna tanjente en el círculo de su moral para poder escapar.

Hay todavía más en la educación de los niños: hay, señores, la aplicación de los castigos. La madre, cuando el niño ha cometido una falta, cuando ha dejado de ir a clase, por ejemplo, no ha pensado jamás en lo que sucedería si le hablase a ese niño de los beneficios, de las alegrías que se obtienen con asistir a clase, con esos mil modos que posee, con ese tacto y delicadeza que tiene toda madre.

No habeis notado, señoras y señores, que sois madres de familia, cómo cuando os dirijís a vuestro hijo y le increpais con palabras duras y le hablais de un castigo que le impondreis, no habeis visto cómo ese niño llora, pero con un llanto que es como un grito de protesta? Y cómo, por el contrario, cuando tomais a vuestro hijo en brazos y le hablais con cariño no llora, pero suelta al fin un llanto, pero un llanto de arrepentimiento, un llanto dulce!

Es que si ese niño, que lleva el remedio del mal en sí mismo, crece en medio de ese ambiente doloroso, pierde la noción de toda moral; el medio, mata en el niño todo sentimiento noble; miéntras que cuando el amor maternal lo acompaña con el afecto de todos sus sentimientos, el niño, que rompe en un sollozo de arrepentimiento, habrá fortalecido su fondo moral.

Pero la mujer no tiene tiempo para preocuparse de nada, tiene obligaciones infinitas, y cuando el niño comete una falta, la madre tiene que ir a un té, o donde la modista; no hay tiempo... y entonces el caso se remedia en un momento y la madre castiga! El niño raciocina, y no ve en esto sino una imposición, una imposición del que puede más, contra el débil, y toma forma en él la idea de la venganza. El que es más fuerte se venga! Y por esto, cuántas veces habreis visto que entre niños, por aquellas pequeñas rabietas de los juegos infantiles, se profieren expresiones como esta: «Cuando sea grande, nadie me pegará». Ante las manifestaciones de la vida familiar, semejante molde seguido fatalmente por la mujer, porque no puede seguir otro, porque ese se lo han dictado como bueno, semejante desenvolvimiento de una moral perjudicial para la formación del carácter y las inclinaciones del niño, nos llevará más tarde a una manifestación de deformación social.

Pero antes de esto, quiero ocuparme especialmente en lo que a educación de la mujer se refiere, de la mujer que va a ser a su vez madre. Esta educación sigue los mismos preconceptos que he enunciado hasta aquí. Hay algo más terrible, sin embargo: es la deformación física, en nuestros pueblos, en estos donde todavía se siguen los preceptos de la moral religiosa. La madre cuida mucho de lo que llama educación de su hija y confunde los altos preceptos de la educación con una perfección de las leyes de la cortesía social. Las madres creen que educan a sus hijas cuando las enseñan a saludar cortesmente, a tender su manita cuando alguien

les da la suya, a no hablar ni mezclarse en las conversaciones, a volver los ojos como conviene a una señorita bien educada, a bajar los ojos modestamente cuando se encuentra entre personas de más categoría que ella.

Este es todo el régimen educativo que aplica la madre a su hija. Cuando cumple 12 años, la madre hace bajar el vestido de la niña, y le impone un sacrificio a todos sus instintos, a todas sus cosas. Ya la niña no puede hacer esa vida que le reclaman sus años, la señorita debe tener alguna compostura! Y hay que ver cuanto sufren estas pequeñas mujercitas que tienen que hacer el papel de mujeres grandes, que deforman su cuerpo con la apretura del corset y con los cuidados del médico. Esta época, señores, es la que pasa la niña entre las tiranías de la moda, el curador de almas y el curador de cuerpos! ¡Y tiene que asistir a las fiestas sociales y se le enseña a buscar desde ya en el hombre, no un ser inteligente que pueda convivir con ella, sino un socio capitalista de la sociedad conyugal, que le asegurará el pago de la modista, de las joyas......!

Estas son las mujeres que vemos constantemente en la sociedad y en la vida y que son destinadas a la maternidad. Esas mujeres así enfermas, son las madres de las generaciones del futuro, son las que llevan en sí mismas todas las fuerzas productoras de la Humanidad; son las que dan esos hombres que formarán la Humanidad, enferma por infinidad de enfermedades que se propagan en la vida. Tal situación, señores, semejante estado en los individuos, claro es que físicamente nos dará colectividades inferiores, y si esto sigue, día llegará en que la Humanidad no será ni sombra de lo que fuera...... Debemos buscar remedio a esta enfermedad.

Esta situación de muerte que acabamos de esbozar, viene a completarse, señores, con otra forma de la moral, de la costumbre social, que no es sino la lójica resultante de aquella moral que crea al individuo, no para que practique bien, sino para temer y desviar las consecuencias del delito. He aquí como se cosntituyen las sociedades del futuro, como un reflejo de los defectos y preocupaciones del presente!

Los sociedades vienen a reflejar aquella defectuosa educacion que recibe el niño en la infancia.

Y bien, señores, observemos algunos casos de la moral social, producto de veinte siglos, observemos algunos de los delitos penados por el Código, el robo, por ejemplo. Un hombre roba: es un enfermo o es un desgraciado, o es un hombre que por herencia fisiológica cae en el delito. Quizás ese hombre tiene una mujer, unos hijos muriéndose de hambre! Pero el Código no puede contemplar esas cosas, no puede tomar en cuenta eso! El hombre es castigado. Este hombre es un ladrón, la sociedad lo mira con horror y mancha la frente de sus hijos con el recuerdo de la falta cometida por su padre.

Observemos ahora el caso bien conocido, que cada año se repite en

todos los puntos del globo: un banquero se ha declarado en quiebra (ántes ha puesto a buen recaudo su fortuna); el Código no tiene en este caso que hacer otra cosa que una convocatoria de acreedores y repartirles los restos de la fortuna del banquero. Muchos de los que han confiado en su honradez, caen en la miseria, y talvez en el delito. En este caso, en que la ley de la conciencia condena, la ley social absuelve, señores, y se os habla de la intelijencia de ese hombre de negocios!

Otras veces es un alto político que consigue saber movimientos internacionales que van a determinar la alta o baja de los valores, y como al mismo tiempo es un jugador de Bolsa, realiza con esas informaciones una gran fortuna miéntras otros caen en la miseria. Ese hombre sigue siendo honrado, y miéntras los hijos de estos últimos son mirados con desprecio, los del político pueden mirar alto y aún aspirar a las grandes herederas, a las grandes fortunas!

Veamos otro caso, señores: dos hombres, pord efectos de educación, riñen y el uno mata o hiere al otro. Estos hombres son presos y la ley les pide cuenta de su homicidio o de su intento de homicidio. Pero cuando estos dos hombres tienen la precaucion de tomar dos padrinos y un médico, y uno de ellos mata al otro, aunque es cierto que el Código castiga esto, sin embargo, la costumbre no llama a ese acto homicidio y la sociedad queda satisfecha, inalterable! Estos hombres han puesto en la punta de su espada todo su honor!

Pero hay más todavía; hay una frase corriente en nuestra sociedad que llama deuda de honor a las deudas de juego. Pero cuando la deuda se contrae con una mujer, no se considera de honor; cuando más, eso se llama una lijereza de la mujer, una calaverada del hombre!

Y bien, señores, hemos hablado de la educación de la mujer y hemos visto cómo carece de armas para luchar en la sociedad. Bien, señores, cuando esto se ha hecho con la mujer, a cuántos peligros y acechanzas no se la expone; cuánto no necesita para mantener su elevación moral, digna y noble, en medio de las contrariedades y peligros de la vida, que le pide sea grande y cuide del honor que lleva en sí!

Y cuántas veces la mujer olvida estas obligaciones; cuando llega este caso y nace una pobre criatura, por ejemplo, la sociedad se levanta indignada y pide una reparación. La madre no piensa que pudo evitarlo y solo se acuerda del castigo, y ella y el padre ocultan el acto, porque en este caso se sigue una ley: «hay que evitar la piedra del escándalo». Y esa pobre mujer que deposita todo su amor en su hijo, olvida en ese momento a la sociedad, olvida todo y quiere por el amor y el cuidado de su pequeñuelo redimir la falta cometida, y cuando la madre sueña con los cuidados de la maternidad, entónces su padre y su madre protestan por el escándalo que se vá a producir. Entónces, cuando la mujer deja de ser

mujer para ser fiera, que siente amor peor que la fiera cuando deja a su hijo, cuando ese niño es colocado en el torno del Hospicio, allá donde encuentra manos mercenarias, cuando la mujer ha hecho esto, ved entonces que el padre respira, por que ya ha terminado todo. La madre se alegra, el hermano también, y hasta los amigos hacen como que ignoran. Se han cubierto las apariencias, la moral ha quedado a salvo, y aún esta mujer puede hacer un buen matrimonio, y miéntras la moral social queda a salvo, la moral natural recibe el mayor insulto que puede soñarse!

Sería muy largo seguir citando más casos, y encontraríamos en todos los momentos y actos de la vida esta moral equivocada que depende de una educación que ha tomado rumbos bien diversos a los que debiera; ved cómo la moral social es deformada por las enseñanzas de la moral individual, y esta no puede ser buena, porque no son seguros, porque no son intelijentes y razonables los conocimientos en que se afirma esa moral. Es por eso que cuando tratamos estas cuestiones, estos problemas de educación moral, que informan todos los actos de las colectividades, encontramos en las sociedades y en los individuos siempre el atavismo religioso torciendo el rumbo de la Humanidad.

Es por esto que cuando tenemos que tocar estos problemas, nos encontramos con ese atavismo, porque está en todas las cuestiones, en todas las fases del desenvolvimiento humano; es por esto que en todo tropezamos con ese atavismo religioso, y cuando hablamos de esto, decimos que hay necesidad de decir lo que todos saben, pero que todavía no vibra fuerte en medio de la sociedad; y hay aún quien se asusta, quien se aterroriza, hay personajes de alta significación que se nombran liberales, que dicen: «No hay que tratar estos problemas religiosos, que han pasado de moda; y que no hacen sino ahondar las pasiones y levantar odio entre uno y otro hombre; bastante tenemos con los problemas de la Administración y de la Política...!»

Cuando esto se dice de la moral social, no se piensa que la Política, la Administración, no son sino ramas, ramas innumerables de la inmoralidad.

Y esto que hemos dicho, señores, de la educación defectuosa del individuo por la religión, lo podemos ver claro con dar una mirada a esa religión que durante veinte siglos ha...

(En este momento la voz de la oradora es apagada por los gritos *muera* y *abajo*, lanzados contra un diario de la capital).

—Dejadme hablar, señores!—prosigue. No son los odios personales los que resolverán los problemas sociales. Nuestras ideas son de vida, no son de muerte, nuestras ideas son de paz, no son de guerra. En estas manifestaciones del Libre Pensamiento, una palabra ofensiva no debe permitirse nunca, porque en nombre del Libre Pensamiento no podemos ofender lo que otros piensan!

Y ya que en este momento nos encontramos, y ya que hemos venido a ocuparnos de este punto, si es que hay alguien que cree que en mí existe algún odio contra determinada religión, yo, en nombre del Libre Pensamiento y por mandato de mi conciencia, declaro¡ que yo no puedo ser jamás enemiga de nadie, adversaria de nadie! En nosotros no existe el odio; en nosotros que queremos el triunfo de la razón, que combatimos con todas nuestras enerjías, aquellas viejas creencias, aquellas instituciones que consideramos no son necesarias, sino perjudiciales para la vida del presente.

Pero los hombres que representan esas instituciones nos son siempre respetables, y si ese hombre se llama sacerdote, es más que respetable, es digno de conmiseración! Cuando encuentro por la calle un sacerdote, bien que baja la cabeza o que va con ella alta, yo os confieso que siento una pena infinita. Pienso en que se atraviesa en la vida, con toda la alegría de la vida y que no puede tomarla; no puede llevar pendiente de su brazo a la mujer que ama; no puede vivir la vida, señores, porque la vida le está vedada!

No puede besar la frente a su esposa, no puede besar a sus hijos! Tiene que vivir anhelante de vida, nuevo Tántalo viendo pasar cerca de sus labios sedientos *el agua de la vida*, sin poderlos mojar en ella Y son estos hombres a quienes debemos insultar y en quienes el Libre Pensamiento ha de fijarse para difamarlos! ¡Cuando estos hombres no consideren necesaria para su vida la religión de lo alto, y vengan a la vida y al trabajo, entonces esos hombres serán nuestros hermanos, les abriremos nuestros brazos. Y si la religión divina mata y establece el odio en el mundo, el Libre Pensamiento une, forma la felicidad de los pueblos!

El libro necesario, el libro indispensable para empezar la realización de esa educación nueva que el niño necesita recibir desde la cuna, debe emanar de la madre, la mujer debe cooperar a esta obra, la madre debe impulsar a la educación de su hijo. Y si es cierto que algún día habrá un código que contemple las leyes directrices de la educación del niño, sean esas leyes las de causa a efecto, las de justicia que aprenda el niño, cuando la madre se ponga al alcance de la inteligencia infantil, que no hay nada que venza a la moral natural, que aprenda a ver en el bien, el producto del bien, y en el mal, el producto del mal.

Enseñando la madre a sus hijos, no esas viejas teorías de la hipocresía social, no esas, señores, que detienen el pro greso humano; preocupada la madre de crear la responsabilidad de los individuos, enseñando a los niños que los actos son buenos o malos, según beneneficien o perjudiquen a terceros; enseñando que cuando esos actos son malos, no deben realizarse, aunque todo el mundo los apruebe, y que debe hacer el bien, aunque todo el mundo lo repruebe, cuando la madre enseñe esta moral al

niño, entonces los hijos se prepararán convenientemente para la vida Y más tarde cuando éste cometa un acto, aún cuando la ley escrita por si nada sirva, y aunque la costumbre deforme su acto con una máscara de hipocresía, si su acción fué mala, su sentido moral y su conciencia le dirán que ha cometido una inmoralidad social.

Ese odio acumulado durante veinte siglos en el corazón y en los sentimientos del hombre, desaparecerá, y el niño aprenderá a no odiar en nombre de la religión, en nombre de la divinidad, aprenderá a amar todas las manifestaciones de la vida, a todos los séres humanos, aún a los deformes física y moralmente, porque esos séres son también nuestros hermanos, porque son víctimas de la repartición social, que necesitan de la misericordia infinita de los grandes y los buenos, para consuelo de sus corazones enfermos. Enseñad a amar estas grandes manifestaciones de la naturaleza al niño, a amar todo lo bello, todo lo bueno, el canto de los pájaros, esa expresión poética que tienen las flores de los campos, señaladle todas esas maravillas, si quereis formar los hombres nuevos, los hombres grandes, los hombres fuertes, que la Humanidad necesita!

Por último, para terminar, señores, quiero recordar a este respecto una visita que tuve ocasión de hacer, hace muchos años, a un pueblo modelo, a un pueblo que llama hoy la atención del mundo: Suiza. Suiza educa hoy admirablemente a hombres y mujeres. Se ha preocupado mucho de los centros de enseñanza, en los que se van a formar intelectualmente los pequeños. Suiza tiene una admirable educación, escuelas laicas, porque el espíritu suizo es ecléctico, y si es cierto que en algunos cantones hay suizos de diversas religiones, sacerdotes católicos y protestantes, en cambio, hay muy pocas creencias, formas litúrjicas. En este ambiente de eclecticismo, en donde las teorías de Frœbel encontraron arraigo, es en donde se ha realizado la educación objetiva del niño, que lleva más tarde a esa educación integral de la pedagojía, en ese país que ha llegado a un alto concepto de la moralidad. Todos debeis saber que cuando en la carcel del cantón no hay un criminal, ondea una bandera blanca, y sucede que flamea meses y meses la bandera blanca! Apenas si se conoce el robo en Suiza.

Hace poco un hecho llamó la atención de toda Europa: en las cárceles de Suiza había un solo criminal! Y como para vijilar este solo criminal había que mantener un ejército de personas, claro está que se le puso en libertad!

La mujer suiza se educa junta con el hombre, no existe separación de sexos. La mujer con el hombre son compañeros; antes de ser amigos, son los que se comprenden entre sí por el orden.

El hombre y la niña van juntos a los jardines infantiles, a la escuela primaria y a la escuela superior.

Por esto, el amor que en ellos existe es más profundo, es un amor que ha aparecido en la escuela; se conocen sus gustos, sus tendencias y se miran de frente y se comprenden; y he aquí por qué se ha conseguido ese estado admirable de la Suiza.

En Suiza hay un respeto absoluto, un cariño, una devoción por todas las cosas de la naturaleza. Un día visitaba la isleta de Rousseau, que se levanta en el lago Leman y que bordea la hermosa ciudad de Zurich. Llamóme la atención un maravilloso espectáculo: una cantidad enorme de pájaros llenaba los paseos, los bancos y los árboles. Ancianitos con la cabeza blanca les tendían sus manos con comida, y los pequeñuelos que corrían por la arena se asociaban a la algarabía de los pájaros, corrían entre ellos, saltaban por los bancos. Y yo, que me admiraba de que no los asustaran, ni los pisaran, me dirijí a un sabio, que me acompañaba y le pregunté: «¿Los niños no hacen daño a los pajaritos?»

Y el viejo, buen suizo, me respondió severamente:

—«Un padre suizo se avergonzaría de tener un hijo que hiciera daño a los animales.»

He ahí la expresión, el ejemplo; el espejo de ese pueblo, que ya puede levantar orgullosamente la frente, porque en sus niños hay un sentimiento noble de amor hacia la naturaleza!

Propaguemos el amor en sus más bellas concepciones. Hagamos que el niño aprenda a amar a sus amigos y enemigos; hagamos que ame a los buenos y a los malos; hagamos que la responsabilidad de la propia conciencia suceda a la cólera divina! Cuando esta educación se haya dado al niño desde la cuna, cuando ese niño sea entregado al maestro, cuando así de jeneración en jeneración hayamos creado hombres fuertes, entonces la virtud primitiva ha de volver a la vida y volverán a la sociedad, la justicia y la integridad, y los hombres se guiarán por los dictados y las manifestaciones de una moral GRANDE, PURA Y VERDADERA!

Veremos aparecer otras horas felices para la Humanidad; habremos saltado la última barrera que nos une con la animalidad y el hombre fuerte, con el corazón perfectamente educado, será el que forme hombres nuevos, que sientan en sus almas toda la responsabilidad de sus actos, y entonces sentiremos en nuestros corazones la inmensa alegría de vivir la felicidad de la vida!



El Hogar y la Escuela

Crítica de la 6.ª Conferencia

Es posible que haya diarios que opinen, que hay mucho público, muchos habitantes de Santiago a los cuales no preocupan las teorías que sustenta nuestra ilustre conferencista?

No puedo creer semejante acerto, por dos razones; primera, porque hace falta ser muy insensible para no sentir esos golpes con que la razón llama a las puertas de nuestras conciencias; y segunda, porque el pueblo mismo dice lo contrario y lo demuestra llenando por completo el coliseo de la calle de San Antonio, aclamando a la señora por las calles y manifestando su entusiasmo en todas partes. Hay que ver el número de personas que se quedan cada noche sin localidad y los jestos de disgusto con que muestran su contrariedad.

El jueves despertó tal entusiasmo doña Belén en la selectísima concurrencia que con silencio *sacrosanto* escuchaba sus explicaciones, que hubo un momento en que ella misma se vió obligada a rogar la dejaran hablar.

Y su peroración fué tan clara, que se dejó comprender de todas las imaginaciones, y no fué su discurso un conjunto de frases simbólicas, ni siquiera se refirió a la historia; ni tuvo necesidad de citas ni referencias más o menos añejas y se concretó sólo a buscar en la sociedad moderna, en el siglo actual y en las leyes que rijen a los pueblos al presente, las razones para llevar al ánimo el convencimiento de sus doctrinas.

Sus doctrinas son tanto más morales, tanto más naturales, cuanto que no se fundan en dogmas ni misticismos ideados por nadie sino simplemente en los dictados de nuestras conciencias.

Partiendo del sistema pedagógico moderno, que todos los autores de y otro bando, laicos o clericales, aconsejan y sientan, la enseñanza debe di-

vidirse en dos partes: primera, y principal, educativa y después instructiva; aquella debe estar y lo está en realidad encomendada a la madre en el seno de su hogar y la otra al profesor en el interior de las aulas.

Pero observando en todos los órdenes sociales, en todas las costumbres y usos modernos, según se ha venido demostrando, la instrucción de los preceptos religiosos, se ha llegado a la educación primordial del niño, a esa primera parte de la formación de la inteligencia encomendada a la madre con sólo unos precedentes hereditarios de una u otra jeneración que hacen en la imaginación de la infancia el efecto contrario de lo que debemos apetecer.

Así como en los tiempos antiguos, en aquellos siglos que en párrafos anteriores hemos mencionado, en que el fanatismo, el feudalismo y el absolutismo imponían sus leyes a fuerza de castigo; así como la iglesia dice a sus creyentes «si no eres bueno arderás en los infiernos» y los absolutistas proclaman «si no me obedeces te ahorcaré», es así como al niño se le dice «*si no eres bueno Dios te castigará*» y esto, señores, va a dar al niño una idea muy equívoca de la justicia.

Es en efecto la naturaleza infantíl de tal manera sensible que difícilmente olvida lo que aprende, lo que hizo decir a un gran hombre refiriéndose a los niños: «el arbolito desde chiquito» y es la pura verdad, estimados lectores, es desde chiquito que el niño retiene lo que debe mañana formar su plan de conducta, su actuación en la sociedad, donde forzosamente ha de actuar.

Como consecuencia de aquella enseñanza, de aquel temor, la criatura aprende que hay que ser bueno, porque de lo contrario se nos castiga duramente, en lugar de decir que hay que ser bueno porque en el bien se proporciona la felicidad de los demás y la de nosotros mismos; seguramente mañana cuando esa naturaleza se forme y sea un hombre y forme en las filas comerciales, políticas, y cualquiera de las en que se constituye la sociedad necesarias a la vida moderna, ese hombre no sabrá sino castigar el mal severa y secamente, sin buscar las causas de correjirlo ni enmendarlo, sin pretender ahondar las causas que lo formaron ni las razones que lo abonaron; no hay sino un mal y hay que castigarlo porque así nos lo han enseñado.

Todavía peor aún, y complemento de aquellas doctrinas, viene en la madre, tal vez por benevolencia y siempre porque así ella lo aprendió, el afan inmoderado de correjir al niño en forma de hipocresía, con frases y medios que hacen renacer en la inteligencia infantil el espíritu hipócrita de que vemos revestidos desgraciadamente a tantos hombres. Se dice al niño: «Hiciste esto y lo voy a decir a tu padre para que te castigue, pero si prometes no volverlo a hacer *ocultaré el hecho a tu padre*,» es decir, hijo mío, (quiere significar esto) cuando hagas algún daño procura ocultarlo, procura que no lo sepan tus superiores y así evitas el castigo......

Es ciertamente esto la realidad de la vida; es así como nos hablaron a nosotros mismos nuestras madres en la niñez y como hoy hablan nuestras esposas a nuestros hijos; no son estos ejemplos que ideó la notable conferencista, ni que buscó en ninguna época más o menos remota, no; son casos prácticos de nuestros hogares de hoy y todos los conocemos. Y bien, es esa la enseñanza que hace mañana al hombre, solapado e hipócrita y le induce a buscar todos los medios para burlar las leyes y el respeto a sus semejantes; es esa la forma de conducir al bueno por el camino del mal y al malo al terreno de la ocultación; es ese el resultado de aquellas enseñanzas clericales, porque estos consejos de las madres no son sino una variante de los preceptos religiosos puestos en práctica en el confesonario.

Sigue después el desenvolvimiento de las pasiones del niño en el sentido de la venganza y vemos que la madre no aconseja con frases amorosas al pequeño induciéndolo con cariño al bien, aprovechando la ductilidad del carácter de la infancia, para conducirlo al perdón y al olvido de las ofensas recibidas; no, se castiga duro y severamente al niño, con privaciones de las cosas que más pudiera desear. No acostumbra la madre tomar al niño entre sus amantes brazos y con esas frases que cualquier madre puede y sabe decir salidas del foudo de su alma, aconsejar su hijo y hacerle ver el mal que ha ocasionado con su falta, y el bienestar qne hubiera reportado su acción contrariamente ejecutada, consiguiendo con esto hasta otro doble objeto, cual es, el que el niño, oyendo razonar y discernir sobre una y otra cosa, apienda a su vez a hacerlo.

Por el contrario, basta con manifestar un humor endiablado que cause pavor a la criatura, basta con representar una comedia de irritación y odio contra el pequeño y encerrarlo tranquilamente, o encadenar sus miembros a una silla, o privarlo de los dulces, o los juguetes, porque el tiempo escaso de que dispone una señora, obligada a las visitas, recorrer las tiendas de moda, recibir las modistas, acudir al té de la amiga o hacerse el complicadísimo tocado o decorarse el rostro, para detenerse en estas *minucias del hogar*, es muy escaso.

Y qué cierto es que todo lo vemos a diario en nuestro mundo, en nuestra sociedad: esas madres que estiman en mucho más la vida ficticia, insaluble y corrompida de la calle a la tranquilidad, la paz y el amor de sus deberes en el hogar. Yo mismo he conocido más de una mujer que... no podía amamantar a su hijo, porque tenía que salir, tenía que alternar en sociedad, y en su casa había una ama de cría, otra seca para el cuidado de la ropita y aseo de la criaturita y la niñera para tenerla en brazos, y hasta durante la noche la guagua estaba encomendada al cuidado del ama en cuya pieza dormía, porque la señora debía descansar de los trabajos del día que dejan tan rendida a una dama de la sociedad......

Y tocaba después la oradora la enseñanza moral que recibía la niña,

que era la causante de esa otra enseñanza que de mujer daba a sus hijos, y sus palabras habrán resonado muy pesarosamente en más de uno de los que la escuchaban.

¡Qué cierto es que vivimos en el siglo de la corrupción y abatimiento de la moral! En el siglo en que se enseña a la mujer el respeto a la buena forma, a la evitación del escándalo para ir a sepultar en los brazos del olvido, el abandono y la caridad, esos séres que no tienen culpa de haber venido a este mundo, esos séres que no tienen tanto derecho a la consideración y el respeto de sus semejantes, porque han sido enjendrados de la misma manera y llegan por el mismo camino y en igual forma que todos los demás.

Y hay madres que obligan a sus hijas a ocultar el desarrollo de lo que ellas dicen su falta y que no es si no la consecuencia lógica de las costumbres actuales, la consecuencia fatal del medio en que se hace vivir y desarrollarse a la mujer, bajo las férreas prisiones de un corsé que deforma físicamente el ser que más tarde será un dejenerado, un impotente para las fuerzas que de él exijen el desenvolvimiento y el concurso del trabajo, y después el mundo, con su anatema injusto y doloroso, castiga cruelmente al hombre que talvez estaría destinado a fines altísimos en el bien de sus semejantes, deformándolo moralmente con epítetos groseros y relegándolo y arrojándolo de su sana... sociedad, donde talvez vive y disfruta tranquilamente la consideración y el respeto de todos; el causante, el origen de estos males, que es el matrimonio, que espera casar aún a su hija con un rico, con un hombre de posición, sin comprender que esa niña ya madre, porque con su hijo o sin él, ya es madre como todas, no puede jamás ser completamente felíz: mañana, si no tiene hijos en su *afortunado enlace*, llorará desesperada la ausencia de aquel sér abandonado y se desesperará más y más día y noche por la soledad de su hogar triste cuando ella podía disfrutar todas las delicias de la maternidad, estrechando su hijo contra su amante seno; y si llega a tener otras criaturas LEJÍTIMAS, porque así las califica esa ley inmoral que fabrica aquellas costumbres, su conciencia despertará, el remordimiento la mortificará y los sufrimientos serán de día en día mayores... ¡qué felicidad conyugal!

La educación de los hijos debe ser más razonada, más en armonía con la civilización y el progreso, siguiendo los dictados de la razón y después esos niños llegarán a escuelas donde la instrucción esté regentada por hombres laicos, desposeídos de toda clase de fanatismos, desprovistos de toda idea religiosa o dogmática; los hombres serán más justos, las conciencias más rectas, las sociedades mejor formadas y las leyes más respetadas.

Como decía la eminente predicadora, ese día se concluirán las cárceles.



El Jesuitismo y el Porvenir de América

Séptima Conferencia

Como siempre, señores, se cierne aquí ese sentimiento que brota de lo íntimo del corazón y que expresa, como lo ha axpresado esta noche, como lo ha hecho en noches repetidas, acaso una manifestación de que sentimos libremente; y a veces tambien, en medio de esos entusiasmos, he oído una frase para molestar a nuestros adversarios. Esta noche he recojido el aplauso y no para mí, porque iba encaminado a la Luz, a la Vida y a la Verdad; ese aplauso quiere decir, que si hay juventud educada y deprimida por el jesuitismo, también hay juventud valiente que piensa en el porvenir! Por lo demás, señores, este otro grito emanado del corazón, talvez producto de esa opresión a las palabras que ponen los convencionalismos y que nos obligan a callar lo que llevamos en el corazón—esás palabras, esos gritos los he oído aquí también; y bien, recordad cuántas veces estas mismas palabras han sido armas para el enemigo, que no sabe apreciar los sentimientos populares, y que está pronto a usarlos en contra nuestra. Y precisamente esto acaba de ocurrir hoy en esta tierra querida de todos: precisamente, señores, una parte de la prensa chilena, que defiende las ideas contrarias a las por mí manifestadas, ha venido haciendo un completo silencio, un absoluto silencio; y no me habría preocupado talvez ese silencio, señores, si no fuera que tras ese largo mutismo, y fundándose en nuestras manifestaciones de entusiasmo, que no son de violencia, precisamente fundándose en esto, rompe el silencio, para acusar al Libre Pensamiento, para acusar las ideas aquí expuestas, para hacer responsables a las doctrinas aquí vertidas: rompe hoy ese

silencio, para decir que las turbas, unos cuantos ébrios, han ido a apedrear una estampa que no sé donde se encuentra.

Yo apelo a los que han venido aquí noche a noche a escucharme para ver si pueden afirmar esto y echarme la culpa a mi, o bien decir que yo no he lanzado ni una sola nota de ataque contra nadie, porque los libre pensadores, como los hombres concientes de todas las escuelas, sabemos que esas ideas no se destierran a pedradas, porque tales añejeces se van, huyendo de las palabras que llevan justicia y verdad.

Y si esto pareciera como una defensa, recordemos un poco lo que refiriéndose a este mismo asunto, dice un diario tan serio como *El Mercurio*, poco más o menos, porque no recuerdo bien sus palabras: «*Unos cuantos valientes que se aprovecharon de la media noche, que se aprovecharon de la impunidad, de la soledad en que se encontraban las calles, para realizar este atentado....*»

Y bien, señores, *El Mercurio* afirma que no fueron los manifestantes los que realizaron este acto, y si ha sido en el silencio de la noche, entonces, ¿fueron sus autores los manifestantes del Libre Pensamiento, bulliciosos, o fueron los que tienen interes de aparecer como víctimas, y hacer pasar a los libre pensadores como desalmados? Es por esto, señores, que os quiero recomendar una vez más, que en vuestras manifestaciones no se oigan ni un *muera*, ni una frase ofensíva para nadie, y ya que sois libre pensadores, y ya que nuestras ideas son vida, son amor, hagamos que triunfen hasta en las mismas conciencias de los adversarios, y tengamos presente, señores, que cuando un *viva* a la libertad surje del fondo de la conciencia libre, el importa una condenación, una acusación para las ideas contrarias!

Entrando de lleno al tema que me he propuesto desarrollar, puedo comenzar diciendo que esto a que nos hemos referido, acaso es señores, una muda lección de la influencia jesuítica en estos países, talvez es la síntesis de lo que esta noche voy a desenvolver. En estas cuestiones en que vais a pecho descubierto, el lójico y digno sitio del adversario sería aquí, rebatiendo las afirmaciones que en nombre del Libre Pensamiento se han hecho; esta sería la lójica contraversia, pero en estas cuestiones, señores, hace mucho tiempo ya—según voy a tratar de domostrarlo—que no triunfan ya ni siquiera aquellas antiguas devociones religiosas, sino la mano jesuita, que informa todos los actos de la iglesia; el jesuitismo, que «tira la piedra y esconde la mano.»

Tratar del jesuitismo, señores, sería tema, si deseamos desmenuzar su historia, de ocupar no una, sino diversas noches; sintetizaré, pues, este camino y trataré del nacimiento y desarrollo de esa institución.

Todos saben, y todos están de acuerdo en aceptar que la palabra jesuita es una palabra desacreditada en la vida. En Europa, llamar jesuita a un hombre es insultarlo; el mismo diccionario de la lengua lo define así

Hombre pérfido, de malas intenciones, hipócrita y astuto. La definición que daré yo, es la de la Academia de la lengua. Sobre esto están formados ya los criterios; hagamos unos cuántos razonamientos sobre el desenvolvimiento y método que tuvo el jesuitismo para formarse, y formar parte de la institución religiosa, y sobre todo de la influencia y úesarrollo del jesuitismo en nuestras sociedades actuales.

Todos vosotros sabéis que la institución jesuítica no tuvo el mismo fundamento, no se preocupó de los mismos fines que las demás instituciones religiosas. Yo hablaba de cómo las congregaciones religiosas se habían formado a expensas de la propaganda de dos hombres: Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, para recoger los donativos de los ricos y enriquecer su iglesia, y para hacer competencia a la miseria popular. El jesuitismo tuvo un origen muy distinto. Vosotros sabeis que el jesuitismo se fundó en el siglo XVI, que era una época calamitosa para la iglesia.

La política seguida por los papas, esa política que no tuvo relación con las aspiraciones populares; aquella que iba a influír sobre la joven Italia para impedir la consumación de la unidad italiana; aquella lucha que la iglesia había sostenido contra el imperio y la vida privada del papado,—que todos vosotros habeis leído, porque no hablo a un pueblo de analfabetos, que yo no me ocuparé en relatar, porque esta no es cosa que pueda hacer una mujer—esa vida del papado en que tuvieron tanta influencia mujeres como las Teodoras y las Morocias; esa vida del papado, en que se había llegado al extremo de dar a las mujeres, no ya el derecho de vender el Paraíso, sino los empleos y los puestos públicos; aquella *simonía* que levantaba en rebeldía a toda Europa, y mucho antes a Lutero y una parte del espíritu público de Europa, aquella cruzada en contra de la propia iglesia y en nombre del propio Cristo, aquella cruzada de Lutero que encuentra aceptación en todas partes: todo esto, señores y mucho más, determinó un movimiento político y social que puso en peligro aquella absoluta, imponderable, incansable autoridad de la iglesia, que en esos momentos volvía sus ojos a todas partes, buscando un elemento importante, un apoyo fuerte, para reconstituir su poderío. Y en este momento, cuando la iglesia necesíta un poder nuevo, que venga a sacarla del atolladero que su propia política le ha creado, entonces es cuando aparece el jesuitismo y ofrece sus servicios al papa.

¿Cómo es que se crea el jesuitismo?

Evoquemos la figura de un hombre que es santo, y que se llama Ignacio de Loyola, y que antes de ser santo, fué un buen soldado, y un buen galanteador de mujeres. Ignacio de Loyola, no se llamaba Ignacio ni Loyola, sino Iñigo Yáñez, como Francisco de Asis no se llamaba así, sino Juan Bernabé, como otra multitud de santos, que habían hecho con cier-

tas mujeres y como los toreros que toman un nombre, un *álias* para ocultar lo modesto de su apellido.

Iñigo Yáñez o Ignacio de Loyola, era hijo de aquella tierra abrupta de España, de aquellas provincias vascongadas, en donde la naturaleza toda parece que pone en el temperamento y el corazón de sus hijos energía y valor.

Ignacio de Loyola fué hombre de acerado e indomable carácter; como los hijos de todas las familias nobles de aquella época, Ignacio pertenece a la guerra. Este hombre, como buen militar de aquellos tiempos, en que los militares no habían llegado a esa conciencia del deber que tienen hoy, en que eran una mesnada de mercenarios al servicio de su señor, en que el soldado se embriagaba y entraba en pendencias por amoríos, no dejó de hacer lo que hacían todos. Gallardo, de buena figura, Ignacio fué por mucho tiempo el encanto de las muchachas, y el terror de los hermanos y maridos; muchas veces mostraba gallardamente su figura, y se había alistado muchas veces al servicio de su patria, se había levantado también para acallar, muchas veces con la punta de su espada, los celos de algún marido demasiado meticuloso en cüestiones de honor.

Ignacio de Loyola puede perfectamente representar para nosotros, la figura de *Don Juan*, al estilo de aquel valiente y aguerrido, capaz de todas las bajezas, que nos muestra Zorrilla en su drama «Don Juan Tenorio». Era así Ignacio, y así continuó siendo, hasta que en una acción de guerra estando en la defensa de una porción de tierra que le estaba encomendada, recibió una bala que lo imposibilitó para la profesión de soldado. Ya no podía hacer evoluciones en su corcel ante las muchachas bonitas, porque estaba cojo; no podía aspirar a los triunfos de la guerra, por que aquella imposibilidad física se lo impedía, y como a esto se agregan unos cuantos años de edad sobre él, resulta que en ese momento en que no podía conquistar muchachas ni triunfos, Ignacio de Loyola fué a convertirse, de antiguo soldado, en el monje fundador de una institución religiosa, y aquella espada que no siempre se había levantado para defender causas justas, aquella espada que representó multitud de veces el triunfo de pasiones bastardas, aquella espada, señores, se presentó a la iglesia, para devolverle su esplendor perdido, y ese ofrecimiento fué aceptado por el Papa.

Por la bula que al efecto se publicó, Ignacio de Loyola fundó la institución, más no pudo, señores, porque no estaba en su carácter, dejar de dar a esta institución, el mismo instinto bélico que bullía en él. Es por esto, que si observamos esta asociación religiosa, vemos que ya desde el nombre se diferencia.

Las otras se llaman congregaciones, esta se llama *Compañía*; el director de las Congregaciones se llama Abad, el de la comunidad jesuítica se

llama *General*; los que constituyen las congregaciones religiosas se llaman hermanos tales o cuales, los jesuítas son *soldados de Cristo*; las reglas que observan las congregaciones, se llaman instituciones, entre los jesuítas se llaman *reglas de táctica*; hay algo más todavía: en las demás comunidades se llaman simplemente devociones a los actos piadosos; entre los jesuítas tienen otro nombre, se llaman *ejercicios*.

Veis, pues, que todo lo que emana de la institución jesuítica tiene una expresión guerrera, de desafío. Los jesuítas quieren mucho a la espada, la tienen siempre alistada sobre las multitudes y sobre la iglesia cristiana misma.

La historia de los tiempos posteriores, los largos años que siguen a esta constitución jesuítica, bien conocida es; bien sabeis el espíritu de rebeldía que se levantó, época tras época en Europa contra los jesuítas; no hay un sólo país en Europa ni en América en donde los jesuítas tengan vida legal, en donde las compañías no hayan tenido que salir entre el desprecio de la opinión pública como tampoco hay sitio a donde no hayan vuelto; han salido por la puerta principal, pero han dado una vuelta muy digna de su táctica guerrera, y cuando todo el mundo los creía lejos, han entrado por la puerta falsa de la iglesia, a apoderarse del espíritu público.

Clemente VIII, dirigiéndose a un predicador francés, decía en un documento:

«Los jesuítas, la compañía de Jesús, se parece a la República de Venecia: aparentemente muy humildes y muy buenos, y en el fondo, ni son cristianos, ni creen en Dios».

Los papas no pueden engañarse, porque poseen la verdad divina, e indudablemente habría sabido Clemente que los jesuítas son así.

Pero veamos ahora—porque es esto lo que nos interesa—cómo esa compañía de Jesús ejercita sus armas para hacer que viva aquella institución que moría.

Todos sabemos que la gran tumba de la iglesia en la Edad Media fueron las diferencias establecidas entre la religión y la Ciencia. La religión había hablado de muchas cosas que no podían enmendarse, porque venían de la propia divinidad; sobre estas verdades, la iglesia había levantado una ciencia especial suya y había declarado herejes a todos los que dudaran de su palabra. Los jesuítas, con un talento indiscutiblemente superior, debido a la especial educación que hace a la compañía de Jesús superior a todas, los jesuítas, digo, inventaron la casuística, para poner en relación la iglesia con la Ciencia. Hablaron así:

«¿Quién ha dicho que la iglesia haya contrariado nunca la verdad científica? La verdad científica ha sido dada por Dios a la iglesia, pero en parábolas, en forma que los sacerdotes la recojan».

Todos saben cómo el jesuitismo fué expulsado de España por la prag-

mática de Clemente III, de Portugal por la ley del marqués de Pombal y todos deben saber que a aquella expulsión sigue una acusación contra un jesuita, el famoso jesuita Malbride, condenado por haberse comprobado que había dejado de rezar y decir misa unos cuantos años para convertirse en revolucionario, y más que revolucionario, en rejicida, para atentar contra la vida del propio soberano.

Todo el mundo sabe otras historias parecidas, que están en los labios de todos los que conocen la historia de Europa.

Todo esto acumuló odios contra la compañía, odios que llegaron hasta la propia iglesia, cuando la compañía que se había ofrecido como espada de defensa se volvía contra ella y la convirtió en agente suyo, cuando el papa negro, el general de los jesuitas, tuvo más infiuencia que el papa blanco. Como resultado de esta situación, la iglesia se proclamó contra la compañía, y ¿quién dió a conocer aquel decreto papal por el cual se declaró a la institución jesuítica expulsada de la iglesia, que la consideraba disuelta y perjudicial a los intereses católicos?

Y bien, señores, el papa que esto hiciera moría envenenado a los pocos días! Esta no es una suposición, es un hecho histórico recojido por un clérigo el padre Mir que dice que «los jesuitas no matan, solamente ayudan a bien morir».

Así, de este modo, todo lo que parece una contradicción entre la iglesia y la Ciencia, los jesuitas lo explican. Veamos un hecho: la iglesia sostenía, fundándose en la Biblia, que Dios había hecho el mundo en seis días; la Ciencia, investigando la duración de la tierra, comprobó que para que existiese la vida sobre la tierra, se necesitaba que ésta tuviera infinitos siglos de existencia. Y los jesuitas entonces, con mucha delicadeza y dulzura, vinieron a decirle a la Ciencia: los seis días bíblicos, no eran seis dias, eran un símbolo, eran seis grandes períodos; así no había diferencia entre la religión y la Ciencia, la religión hablaba en parábola...! Así se ha expresado el jesuitismo para establecer la armonía entre la religión y la Ciencia, y este casuismo, que como un parche dió un poco de vigor a la iglesia; y como semejantes manifestaciones no se rijen por la inteligencia, entre los que saben poco ha tenido una importancia enorme para la iglesia, porque han vuelto a ella.

De lo espuesto fluye claramente que si la iglesia y sus sacerdotes poseían la verdad científica que Dios les revelara, al ocultarla y terjiversarla, y aún más, quemando en el nombre de Dios en el tribunal de la inquisición a miles y miles de hombres, fluye, digo, la siguiente conclusión lójica: o Dios no poseía la verdad, en cuyo caso no era Dios, o la poseía y la dió a los sacerdotes y éstos la negaban hasta el punto de quemar por herejes a los que de ella hablaban, o Dios no había hablado nunca y los sacerdotes no sabían lo que era una verdad científica.

Veamos ahora cómo el jesuitismo desarrolla su táctica guerrera, aquella táctica que lo ha hecho adueñarse hasta de los gobiernos. Cuando el jesuitismo hizo evolucionar las creencias religiosas, en el terreno político y social, evolucionó él también en escaramuzas que debían darle a conquistar triunfos en pequeñas porciones territoriales que quería gobernar.

No sé si habeis observado, pero podeis hacerlo, al entrar a un templo religioso que pertenezca a los jesuitas, las diferencias que existen entre las iglesias de la Compañía de Jesús, y aquellas iglesias en que actúan «simples curas, o curas simples», y en las cuales se conserva siquiera un poco de la pureza cristiana antigua.

Si vais a alguna de las iglesias en que oraron nuestros abuelos, en que todavía el culto se practicaba con un poco de sinceridad, que tenían simples lámparas de aceite, que no tenían alfombra, y a las cuales iba la mujer a orar muy temprano; si visitais esas iglesias, digo, nada encontrareis de notable; más, hoy están completamente transformadas por los jesuitas; ahora el suelo tiene elegantes alfombras, a las antiguas lámparas ha sustituido la luz eléctrica, la luz eléctrica que puede influir en el ánimo de las penitentes; la propia luz natural es descompuesta por los cristales de colores, luz que determina en las masas femeninas una série de concepciones que enervan su misticismo; si vais a buscar en los altares, encontrareis que no se pare- cen a los sencillos altares de otras épocas, pues en ellos domina la nota azul y blanca, muchas flores y mucho arte, y si observais todo esto, vereis que la mujer se siente bien en medio de esto, porque todo está arreglado, en forma de incitar sus sentimientos al misticismo.

No se busca a la mujer creyente y sincera sino para embotarle la razón, para encausarla al misticismo· se busca el sentimiento femenino, para hacerlo soñar con ideales amores de séres invisibles, con esos misticismos imposibles, con aquellas antiguas uniones espirituales! Pero, si fuera esto solamente, señores! ¿Habeis tenido ocasión de observar en las iglesias que pertenecen a la compañía, los santos, sus altares y los dioses que elijen para la devoción de la mujer? Nuestros antiguos sacerdotes tenían como imágenes para la devoción, esas imágenes corrientes, ya sea la imagen de Dios Niño, ya la de María, ya la de Cristo crucificado.

Esas imágenes, aún para los que no necesitamos lo sobrenatural, nos expresan cierta dulzura que no puede ser confundida con la que experimentan los que sienten la sensación de la fe. Al fin y al cabo, la imagen de la maternidad es siempre admirable, la imagen de Maria que sustenta a su hijo en brazos, aquel hijo en quien «puso todas sus esperanzas» y si como ideal religioso no es reconocido, como hijo es siempre respetable; aquella manifestación de un hombre clavado en una cruz y que tiene en

todo su cuerpo las muestras del dolor humano, si no nos lleva a la admiración de un Dios, nos lleva, sin embargo, a respetar a ese hombre.

Pero los jesuitas no tienen nada de esto, señores; no tienen la imagen de la María Madre, sino la de María Inmaculada, la jóven virgen, linda y bella; no es la madre sino la mujer soltera, la negación de la Maternidad!

La imagen de Cristo también la encontramos completamente cambiada. No es la muerte, la crucificación; sería algo demasiado naturalista y podría molestar a las damas aristocráticas; se ha cambiado la imagen, y no es Jesús en la cruz, sino el hermoso mancebo de túnica roja, de hermosos bucles rubios que le dan un aspecto gracioso; sus ojos dicen de juventud y de pasión y parecen tenderse hácia las penitentes, no con la expresión de un dios que quiere ser adorado, sino de un mancebo que declara su amor a una mujer!

Hemos visto hasta aquí que la expresión general de la iglesia en este punto, es comparable con un rico estuche de terciopelo, digno de albergar las joyas femeninas. Además, el jesuíta no puede confundirse con el cura corriente; cuida de sus menores acciones, su hábito es cortado elegantemente, lleva siempre un tinte de aristocracia, sus maneras son distinguidísimas; sus manos son cuidadas, pulidas perfectamente, purificadas para que las damas aristócratas puedan besarlas sin repugnancia!

En el confesionario, el jesuíta es también distinto del confesor vulgar, que al fin y al cabo tiene remordimientos de conciencia y que investiga los menores detalles para ver si cumple con sus obligaciones y que teme todas las leyes divinas; el jesuíta es un cura de *manga ancha*, que tiene siempre una disculpa, cuando vé una remota idea de que hay una fortuna de por medio.

Le habláis de un acto malo que habéis cometido? No es nada; os habla de San Dimas, el Buen Ladrón, que os enmendéis y que basta...!

Para otra clase de delitos, el jesuíta tiene siempre una palabra para halagar; para una multitud de faltas femeninas que no puede disculpar la sociedad, tiene palabras como éstas: «No es tan grave el asunto, una firme contrición, un dolor de conciencia; Cristo perdonó a la mujer adúltera......» Y cuando no es ésta mujer la que sale a relucir, sale la Magdalena, la pecadora penitente, constituída en salvo-conducto para la delincuencia.

El jesuitismo ha inventado, además de esa inflencia que tiene sobre las mujeres,, un cargo eclesiástico, el cargo de director espiritual. ¿No lo conocéis, señores?

Es el cura. es el confesor de la esposa, que no ejerce su ministerio sólo en el confesionario, que visita constantemente la casa, que posee la confianza de la señora y del esposo, que tiene en éste un supremo resorte fuera del confesionario.

Jamás habla de religión con la señora, con ella habla de modas, fiestas sociales; la induce a la celebración de tal o cual fiesta de caridad; con el marido no habla de nada de ésto; habla de política, ciencias, artes, es el cura liberal que todos conocen; no sólo conquista la devoción del esposo que lo llama su amigo y que se aconseja de él en todo, sino que busca más que eso: busca al niño, primero con juguetes y dulces, para educarlo, conquistándose préviamente a la madre. De esta manera llega a ser el dueño, el árbitro del hogar, y sin embargo, le oiréis decir que no tiene ninguna influencia en la familia, que es amigo, pero......

Cuántas veces, señores, un legislador vuelve sobre sus acuerdos; cuántos hombres hay que no cumplen sus compromisos, jueces que prevarican; en todas partes, al lado del hombre hay una mujer que con lagrimas del corazón, con cariños, con promesas, con negativas, con todo el arsenal de armas que posee una mujer, ha obligado al esposo a derogar la ley, a faltar al compromiso, a torcer la justicia, sin saber que con ello no complace a su mujer sino al jesuíta.

No tengo mucho tiempo para ocuparme de otros asuntos interesantes, señores, pero es indispensable que me detenga en un punto: cómo se manejan los jesuítas en algunos casos notables para hacer pasar a sus arcas la fortuna de alguna familia rica. Hay muchos casos de éstos; veamos uno:

Se trata de una aristocrática española, la marquesa del Castillo. Esta señora, profundamente religiosa, no tenía, sin embargo, un confesor jesuíta. Un buen día, un lego de convento se presentó en el palacio de la Marquesa para llevarle, en nombre del padre provincial, unos pequeños regalos: un escapulario, una estampíta...; la Marquesa aceptó el regalo y dió limosnas para el convento.

Al poco tiempo, otro regalito; por supuesto que la marquesa tuvo que recibir al provincial. No se sabe cómo trabajó el jesuíta, pero sí se sabe que a los dos o tres años, la marquesa entregó unos cuantos millones a la Compañía de Jesús en Madrid, dinero con el cual la Compañía levantó un palacio que podía competir con el Real en magnificencia, y cuando murió la marquesa, el caudal de los hijos había mermado considerablemente, con las *mandas* hechas a casi todas las instituciones religiosas españolas.

Así es como los jesuítas se aprovechan de todo, de la debilidad y los sentimientos de la mujer, de la candorosidad del político; son el enemigo oculto! Llegan de tal modo a querer apropiarse todo, señores, que bien podéis escuchar todo lo que voy a decir: Han llegado los jesuítas hasta convertirse en los enemigos de sus compañeros de oficio, han llegado a entablar competencia, no solamente en América sino también en Europa contra el clero nacional.

No hace mucho, señores, ocurría esto en Barcelona:

Se trata de un sacerdote cuya delicadeza de alma ha sido copiada por un dramaturgo en el *Místico;* se trata de Verdaguer, poeta catalán de alma artística, alma nazarena. Verdaguer no había conseguido hacer fortuna; con esto está hecha su apología moral, señores!

Vivía con el producto de unas misas que decía en un palacio de Barcelona, en la casa del marqués de Comillas; pero esta casa es muy rica, señores, para que los jesuítas permitan que un pobre cura dirija la conciencia de esa familia... y el trabajo empieza, trabajo de zapa que dura dos años; al poco tiempo, porque el cura Verdaguer dice un día a la señora que es poco decoroso vestir de la manera que lo hace, y más cuando es una buena cristiana, ella se indigna, pero se dulcifica porque encuentra a un jesuíta que le dice, que le habla de ese buen cura, que no sabe vivir en el siglo, que le habla de la libertad con que una señora se puede escotar hasta el vientre si quiere, siempre, por supuesto, que no tenga intención de ir escotada......

El cura Verdaguer, expulsado de la casa, tiene la valentía de decir que han sido los jesuítas sus enemigos; entónces la guerra se hace cruda en contra de este hombre, hasta que le quitan la licencia para decir misa, lo acusan de loco y lo encierran en un manicomio.

Llega un momento en que Verdaguer, que es el único cristiano sincero talvez, es perseguido por todos y sólo tiene como amigos, fijáos bien, señores, a los Libre-Pensadores que lo ayudan!

Al ver semejantes cosas, al ver su abolición de creencias, sufre su alma nazarena y muere el pobre cura Verdaguer en medio de horribles torturas morales y miserias, lanzando talvez una condenación por el relajamiento religioso! Cuando el cura Verdaguer muere, la marquesa de Comillas ya tiene su director espiritual......!

Y bien, señores, la Transatlántica de que el marqués de Comillas es fuerte accionista, oculta la fortuna jesuítica invertida en negocios!

Me he extendido esta noche, señores, más de lo que quería, pero todavía debo seguir. Hemos hablado del jesuitismo actuando en la familia, de su influencia en ella; vamos ahora a ver al jesuitismo actuando en América, en estos sitios.

Aquí se realiza, se reproduce el mismo caso, absolutamente el mismo que se realizara en Europa en pasados siglos; pero aquí el problema es más grave. Cuando el jesuitismo llega, y llega disfrazado como simple sacerdote, habla quedamente, porque esa es la táctica jesuítica, y vosotros os engañáis, lo confundís con un sacerdote cualquiera. Elijen, señores, el mejor medio para dominar: la educación.

Las escuelas son el reducto de los jesuítas; por las universidades católicas es que los jesuítas ejercitan su dominio sobre la sociedad. ¿Cómo

se apoderan de la juventud? Halagando a la mujer. En América, la aristocracia, la que así se llama, entrega sus hijos a los colegios de jesuítas, porque están bien presentados, tienen hermosos salones, espléndidos jardines, perfectamente acondicionados. La mujer de la clase media, que sabe lo que más interesa, lleva también sus hijos al colegio de jesuítas, para que se rocen con la aristocracia, para que adquieran relaciones. Y aquí tenemos, señores, todas las fuerzas vivas del país, el capital—porque la clase media es la detentadora del capital—educándose bajo la influencia jesuítica!

Las otras clases, las clases productoras, las que ponen sus brazos al servicio del país, tienen también educación jesuítica, que con espíritu de caridad (?) levanta asilos, y organiza sociedades de damas que compran las conciencias a cambio de la caridad!

¿Habeis leido, señores, una serie de libros que forman el reglamento de la institución, como aquellos, por ejemplo, que es la *Guía de la Confesión*, por un jesuita, el padre Sánchez, y otra de Escobar, que yo recomiendo a los padres de familia que las oculten de sus hijos, y que los lean? Poned esa obra en manos de un hombre, el más depravado, esas obras escritas por dignísimos jesuitas, y pensad lo que haría!

Esos libros, señores, debieran ser conocidos por todos los padres de familia, para que supiesen las enseñanzas que reciben sus hijos para luchar en la vida, y yo me atrevo afirmar, en un caso particular, que cuando un padre de familia ha leido un libro escrito por esos hombres, y piensa que su hija va al confesionario, siente un santo horror y prohibe semejante acto.

Los jesuitas en su constitución, en su forma de educar, tienen esta palabra, esta frase, este concepto que encierra toda su organización de enseñanza: «*Así como al niño pequeñito se le fajan los miembros, al estudiante hay que fajarle la voluntad. para que no crezca con perjuicio de la voluntad*». Así, cuando la pedagojía nos habla de desarrollar el carácter, la voluntad, la libertad del niño, de modo de crearle su independencia; cuando esto es lo que necesita la humanidad, ved que la juventud va a los jesuitas a que le fajen la voluntad y haga de ella un *cadáver viviente*, a manifestarles que no tiene voluntad, que no tiene inteligencia, a que la prepare para lanzar más tarde a las sociedades, pobres séres incapaces de una idea, de un acto, de una realidad!

Es así señores, como desenvuelve el jesuitismo el carácter, miéntras anula la voluntad, que es su aspiración suprema, hace germinar pasiones bastardas en el individuo; sabe manejar a las maravillas los premios y castigos. En la escuela jesuita los niños tienen jerarquías, hay generales, coroneles, cosas que hacen germinar entre los niños, los odios y las rivalida-

des entre uno y otros; así de este modo, señores, una de las malas pasiones del individuo, se fomenta en la escuela jesuita.

Otro acto de estímulo es la delación, que acompaña siempre, absolutamente, en todos los casos, a la enseñanza jesuita.

El delator, cuando lo hace en nombre de la religión, cuando delata al compañero, porque no quiere cargar su conciencia con el pecado que puede perder a su compañero, es premiado en la escuela jesuita, es el más querido de los profesores y maestros, porque el que delata es de la madera en que se tallan los espíritus jesuíticos!

En esta forma, señores, es como se realiza todo el desenvolvimiento de la compañía, y más aún, por la intromisión del jesuita en la familia, del jesuita que es amigo del político, del hombre de ciencia, del mismo liberal, del mismo a quien repugna toda idea dogmática, hombres que no trepidan en entregarle sus hijos.

Yo he encontrado muchas veces, señores, libre pensadores sinceros que hacen lo mismo, y me han dicho que creen que enseñan bien, que dan una buena instrucción; la idea religiosa no les importa, cuando el niño salga resolverá, si es que no sale ateo. ¡Es cierto, señores, que de los colegios jesuitas salen muchos ateos, como salen también fanáticos! Esos ateos, señores, no lo son sólo en religión, por el hecho de negar un Dios, esos son hombres que han perdido la inteligencia, que no creen en nada, que no creen ni en la familia, ni en la patria, son cadáveres vivientes que ambulan en la vida! Si vamos a buscar a esos séres, nos encontramos con esa juventud desgraciada que forma parte de esas congregaciones, o asociaciones, de los Estanislaos y los San Luis Gonzaga ¡nos encontramos con aquellos desgraciados tipos escuálidos; que en la plenitud de la vida marchan encorvados, mirando de soslayo, porque los jesuitas enseñan que debe mirarse así!

Ved esta juventud en esta forma; tienen un aire de superioridad, se creen *superhombres*, que lo saben todo y que lo han olvidado todo; son esos niños enclenques, esos niños que se reunen en las congregaciones religiosas, que forman la avanzada de los partidos políticos clericales; son aquellos que, si les hablais de las cosas de la vida, os hablan de los ojos de una muchacha que deben ir a visitar; son aquellos que, si les hablais de algo que haga pensar, del pueblo, de la miseria os dicen que esas cosas quedan para los poetas!

De este modo, señores, se educan las jeneraciones del presente. Esos niños que saben cargar las *andas* en las procesiones, que saben hacer versos a la Virgen y romances para las fiestas, cuando entran a la vida no son hombres, sino séres dejenerados, séres física, moral e intelectualmente dejenerados, incapaces de toda idea de trabajo!

Ved, señores, la perniciosa influencia del jesuitismo en estos países;

¡ved ese jesuitismo—que no se llama aquí así — que vosotros llamáis del Corazón de Jesús, de los Sagrados Corazones, etc., pero que son jesuítas!

Y si tendemos la mirada a esta América, si vemos cómo la Europa, agotada ya en sus luchas científicas y dictatoriales envía aquí manifestaciones espléndidas de su voluntad; si vemos cómo en esta tierra, como en todo el Continente americano, todo se presenta espléndido para la vida, si vemos que la armonía reina, que los pueblos se miraban con odio al fin se acercan, si vemos esta América, si visitamos las entrañas de sus bosques vírgenes, si tendemos la mirada hácia las industrias que comienzan a nacer, si vemos las obras de inmigración, si vemes cómo por efecto de esa inmigracion, compuesta de hombres de todas las razas y todas las creencias, prosperan las industrias y se forman las razas nuevas, los hombres nuevos que necesitamos para la vida; si vemos todo esto, señores, que es el porvenir de América, si todo esto vemos y apreciamos y alrededor de esto observamos que se puede formar la voluntad soberana que levanta las industrias, si vemos el cúmulo de trabajo y energía, tenemos que eso que buscamos lo lograremos creando el carácter de estas jóvenes nacionalidades en la solidaridad y en la propia confianza, y para crear ese carácter colectivo, necesitamos crear el carácter individual; más, cuando esto buscamos, cuando necesitamos crear el tipo nuevo, sóbrio y fuerte para realizar esa labor en la vida, he aquí, señores, que nos encontramos con que se levanta ante nosotros el jesuitismo que nos arrebata las jeneraciones!

Obra de salvación humana y americana: salvemos a nuestros hijos! El jesuitismo existe entre nosotros, el jesuitismo legalmente expulsado de América no ha salido; expulsado por perjudicial de estas tierras, ha arrebatado al alma nacional a los niños, ha arrebatado a los maestros que imprimen orientaciones a la juventud, y de esta manera ha puesto un dique al desenvolvimiento americano. Seamos fuertes, enérgicamente humanos, para saber arrebatar a quien sea, a aquellos espíritus que harán el porvenir fecundo!

Yo, señores, pienso que los jesuítas, por su historia, por su influencia, se asemejan al *manzanillo*: su sombra es de muerte; el que se cobija a su sombra pasa a la inconciencia. Ese árbol, señores, está en toda América! ¡Vayamos contra ese peligro!

Recojamos nuestros hijos, fundemos escuelas laicas; la enseñanza laica, la que hace a los hombres aptos para la vida del Estado y de la Humanidad; neguemos a toda institución religiosa el derecho de educar a nuestros hijos, porque si la iglesia ha sabido siempre hacer siervos al servicio de un Dios, la enseñanza laica es la única que hace hombres para la vida, hombre de sentimientos y de corazón, hombres del porvenir!

Habremos conseguido el triunfo, cuando ese árbol fatídico de manzanillo no mate nuestros hijos, cuando haya desaparecido de la tierra americana, cuando la negra noche del jesuitismo no esté entre nosotros; entónces, señores, habremos conseguido el triunfo y entónces también la obra común, la escuela laica, hara los hombres nuevos que formarán las naciones nuevas, y entónces podremos elevar cánticos en todo el Continente americano, cantaremos la redención de los hombres que la fatalidad nos había arrebatado!!!



¡Abajo los Antifaces!

Crítica de la 7.ª Conferencia

LLEGAMOS al punto más culminante de nuestras ideas, llegamos al momento más decisivo del objeto de las Conferencias de la señora de Sárraga; cuando el sábado penetramos en el Teatro Nacional, al dirigir las miradas en todas direcciones y observar e numeroso público que llenaba todas las localidades, ya pudimos preveer lo que iba a acontecer: ¡se iba a desenmascarar al enemigo común!

Y el número de congregantes era infinitamente superior al de todas las noches precedentes; el entusiasmo más manifiesto; los clamores fueron más unánimes, más ensordecedores y en general en todos los rostros se contemplaba la ansiedad por conocer los fundamentos que espondría la conferencista, por oír las palabras que saldrían de sus labios, para hacer caer el antifáz de los que encubren con él su hipocresía, el afan de apoderarse de las conciencias y bienes ajenos.

Tomando el hilo de la narración desde el momento que los jesuítas ofrecieron su ayuda a Roma, después de Lutero, nos habló la oradora del fundador de la celebérrima *Compañía de Jesús* y del recordado y conocido San Ignacio de Loyola.

Todos los españoles saben aquella historia, conocen aquella biografía del Primer *Generalísimo* Había en las costas de Vizcaya, entre aquellas agrestes y magestuosas montañas que baña el Cantábrico, una familia poderosísima, fuerte i .. noble que se apellidaba Yaña, y cuyo hijo varón se nombraba Iñigo. En aquellos tiempos en que la iglesia extendía su influencia sobre todas las conciencias, sobre todas las costumbres y hasta sobre

todas las leyes, era muy frecuente ver a una familia dominadísima por el sentimiento místico de la época , sumamente preocupada con los principios del dogma y los preceptos de la religión, mientras un hijo constituía el escándalo de la sociedad, con sus costumbres licenciosas y sus intenciones belicosas, y así como encontramos en la tradición del pueblo andalúz un corrompido y calavera vicioso y hasta criminal, descendiente de copetuda familia y católica ascendencia, que se llamó don Juan Tenorio, en aquellas provincias tenemos al joven Iñigo completamente entregado a tan licenciosos entretenimientos.

Era su oficio, el de las armas; su distracción, la pelea; su regocijo, la sangre; su apetito, la lujuria; su pasión, provocar la deshonra o el adulterio; su entretenimiento, el juego; sus vicios...... todos los peores y su espíritu avasallador, dominante, altanero y orgulloso le imponía sobre todos sus amigos y compañeros de orgía: y es así como el célebre Iñigo de Yaña era aclamado por toda la juventud perversa de sus dominios y de los alrededores, como era obedecido, acatado y temido. Era, pues, el general en las armas y el general en el vicio.

Pero como todos los efectos van a parar en una causa, así como todos los ríos desembocan sus aguas en el océano, así como todas las cosas tienen ese fin de acuerdo y conforme con sus principios, así también aquellos efectos de la conducta del jentíl, el bravo y valiente galanteador y guerrero deberían tener una causa final y la tuvieron: el batallador no pudo volver a luchar, el bravo fué inepto para matar, el enamorado encontróse en un momento con que sus apetitos carnales se veían imposiblitados de saciarse..... y las mujeres casadas se vieron desde entonces menos perseguidas, las doncellas menos sitiadas, los amantes menos acribillados y los pueblos más tranquilos.

Pero ¿es acaso que podría conformarse un hombre de estos antecedentes, mil veces celebérrimo por su poder, su influencia y su fortuna, mil veces aclamado por el corte de su espada, la fuerza de su brazo y el ardor de su corazón, a verse relegado al montón, a verse convertido en uno de tantos y expuesto a la mofa y aún a la venganza de los enemigos que él mismo se creara con sus .pasiones y sus vicios?

No, por cierto; necesitaba seguir dominando a todos, le era forzoso a su imaginación fogosa y atrevida seguir imponiéndose a los demás, necesitaba continuar predominando en el mundo, en la sociedad, y hélo ahí convertido de conquistador de cuerpos, en conquistador de almas; de capitán de una compañía de soldados del rey, en Generalísimo de una compañía de soldados de Cristo y ya tenemos instituída la compañía de Jesús y a Iñigo cambiando su nombre por Ignacio.

Y desde entonces hasta ahora, desde la edad média hasta nuestros días, han ido ganando poco a poco, introduciéndose en la sociedad y en la

familia suavemente todos los soldados de esa compañía, que el mundo entero está plagado de esos acaparadores de fortunas que con su benevolencia, su modestia y su *liberalidad*, saben introducirse perfectamente y llegar a dominar en todos los hogares.

¿Pero no conocemos todos la organización formidable y sapientísima de esa Compañía? ¿No sabemos perfectamente la magnífica distribución de sus huestes?

Es esa una compañía no solamente *guerrera*, sino sumamente comercial en la manera de proceder, extenderse y maniobrar. Según nos decía la señora de Sárraga con sus elocuentes frases, hay una clase de jóvenes que habiendo permanecido en las escuelas de la compañía un cierto tiempo, han salido de ellas sin alma, sin espíritu; sus cuerpos andan por el mundo, pero son cadáveres vivientes, y esos son, estimados lectores, los que mas tarde cuando crean un hogar, cuando cimentan una familia, forman también en las filas de la compañía. Pero hay otros hombres en la sociedad, que no han estudiado en sus colejios, que no han recibido aquella educación y sin embargo son también *jesuitas;* y lo son, por conveniencia, por comercio, por profesión, son hombres de aquellos que buscan la fortuna, el bienestar, la comodidad, el lujo y los placeres y tratan de encontrarlos sin reparar en los medios, sin que les preocupe ni menos le importe la forma de conseguirlo, y estos también se ponen al servicio de la Compañía, que con su poder, con sus bienes y su influencia, los enriquece, enriqueciéndose, los hace poderosos para cimentar a la vez ella su poder, y son esos otros tantos *jesuitas*. Y de esta manera observamos una organización interna tan perfecta, tan bien concebida, que la compañía sabe cuanto desea saber, tiene ramificaciones por todas partes y ataca por todos los puntos vulnerables los hogares.

Hay un cuartel general donde sobre un mapa grandísimo que dibuja todas las partes del mundo, se marcan con puntitos, crucecitas, y clavando banderitas, los pueblos de la tierra donde existen soldados de Cristo. Hay registros mejor ordenados que los de todas las oficinas de estadística de todas las naciones, y allí se llevan anotadas todas las grandiosas fortunas, por orden de nacionalidades, capitales y hasta pueblos, y enseguida anotadas todas las indicaciones al respecto, toda la máquina montada para apropiársela y los medios puestos en práctica con las órdenes impartidas y los soldados que las ejecutan.

Y es ahí en estos libros donde se puede leer que una familia se encuentra rodeada por satélites del jesuitismo, bajo el nombre de director espiritual de la familia; si el esposo es comerciante o rentista, tiene siempre un íntimo amigo de su profesión, que frecuenta la casa, que es el íntimo en el club, en el paseo y a veces hasta consigue asociarse a sus empresas. Si hay una hija única, se consigue hacerla entrar en un convento o en último

caso se le dá un marido que también oportunamente hará que aparezca la compañía y si son varios los hijos, a todos se les coloca dignamente con esposas o maridos *santísimos y fieles* servidores de Cristo.

Pero hay mucho más que todo esto, estimados lectores, hay cosas mucho más graves en este terrible rejimiento de hipócritas, que hace pensar muy tristemente en las consecuencias que nos puede ocasionar el trato y la intromisión de estos hombres en las sociedades y en las familias.

Nos habló la oradora del caso del Marqués de Comillas en España y el del cura Verdaguer y los jesuitas, pero voy a referir un caso mucho más escandaloso, algo más indigno y también en la misma época actual acaecido y diré más, que la misma desgraciadísima protagonista me refirió hace cuatro o cinco años.

Me voy a referir a una historia no sé si de todos los madrileños conocida, pero al menos los principales hechos se publicaron en la prensa de la capital de España, aunque ocultando los nombres, y sólo publicaron *las iniciales* que a ellos correspondían.

Había en Madrid un banquero inmensamente rico, y diré todavía para que puedan mejor todos ir conociendo las personas, un contratista poderoso de las grandes obras de ferrocarriles, puentes y carreteras, el mismo que en aquellos años construyó el primer grandioso puente internacional que unió España con una nación vecina. Este banquero, cuyo nombre correspondía a las iniciales J. A. C. era casado, y fruto de su unión con la Marquesa M. R., una rubia y preciocísima hija de un viejo Marqués vecino de Coruña, fueron dos hijas. Pero es el caso que el *caballero* J. A. C., tenía dos hermanas, sumamente católicas, las cuales vivían modestamente en un edifició de su propiedad en la calle de Lira del aristocrático barrio de Salamanca.

De pronto el confesor de estas viejas damas, que era también un anciano *sacerdote* de la iglesia del *Corazón de Jesús*, un sacerdote de esos *prácticos*, experimentado en los azares de la vida, sumamente bondadoso y extremadamente *liberal*, pero cuyo *santo varón* vivía sólo, al decir de él, consiguió lo llevaran a vivir con ellas las dos caritativas y cristianas señoras, porque el padre G. era muy viejito, podia enfermarse y no era un acto religioso y de conciencia que estuviese abandonado y falto de cuidados. Y ya tenemos a este *soldado de Cristo* actuando en medio de toda la familia.

A poco, la señora Marquesa se separó de su marido, porque el banquero mantenía relaciones ilícitas con la *lavandera* de la casa, muchacha jóven, robusta, sana y coloradita, y ya tenemos a la Marquesa en Coruña con la hija mayor y al señor J. A. en Madrid con la más pequeña, niñita de catorce años.

Mas tarde, no estando en casa la señora y estando la lavandera en un estado que manifestaba demasiado claramente las relaciones sostenidas con el caballero, era un *caso de conciencia* recojer a la desgraciada y sobre

todo no abandonar el fruto de aquellas relaciones, porque podía venir el escándalo y esto era mucho peor, y ya tenemos la *lavandera* convertida en la señora de la casa.

De todos estos ejemplos de los mayores, tenía forzosamente que tomar una enseñanza perversa la hijita que continuaba al lado del padre, y la despreocupación por el momento y el abandono que se ejercía con ella, dieron por resultado que la señorita con quince años de edad, apareciese de pronto en el mismo estado que... la lavandera, y aunque el jóven causante del mal, el padre de aquella criaturita que ya sentía moverse en sus entrañas la señorita, era un honrado y laborioso mancebo, esto no convenía a la *compañía*, no entraba esto en sus *planes*, y se consideró una deshonra el caso y una desgracia, y hubo que llevarla a un *convento* donde todo el mundo creyera iba a instruirse y se conseguiría con la gran influencia del *curita* que saliera de él libre del pecado.

Y el mismo *hermanito* que consideró caso de conciencia recojer el *hijo de la lavandera*, estimó escandaloso salvar el de la señorita, pues no se podía casar a ésta con un advenedizo, un hombre sin fortuna y sin posición.

Más tarde aún, pasado el peligro para la señorita y limpia ya de su pecado, vuelve al mundo saliendo del convento, pero el *buen padre*, celoso de la conveniencia y el bien de todos, tiene ya un marido preparado para ella, un *caballero respetable*, que si bien carga algunos años, es precisamente lo que a ella le conviene, un hombre de mundo, de experiencia, que no se *asusta de nada* y que tiene además una posición social, es injeniero jefe de una provincia y, claro, el esposo desea y la caridad lo ordena que el padre dé a la hija la parte que le corresponderá de herencia a su muerte, para que ésta la done a las buenas religiosas que deben educar al fruto de aquellos *amores ilícitos*, con un pequeño regalo para el convento en pago de la buena obra que ejecutó y del compromiso que salvó a la niña con exposición de sus honras, su fama, y exponiéndose *al hablar* del mundo, que no comprende semejantes actos de caridad.

Y poco después, el rico banquero fué haciendo donaciones a la lavandera y a su hijo; en seguida vinieron los regalos a ésta y la otra iglesia, y, por último, el caballero murió pobre y en sus últimos días recibía por humanidad, por caridad, de la lavandera convertida en señora ya, lo que tan legítimamente era suyo.

Naturalmente que la señora, ex-lavandera, legó toda su fortuna, *cuarenta y dos millones de pesetas*, representados por magníficas acciones de los Ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, Banco de España, etc., etc., a la compañía de Jesús, representada por don Fulano y don Zutano, respetables caballeros al servicio de los *jesuítas*, sin perjuicio de que ella viva

siempre en un gran rango social y su hijo sea un afamadísimo abogado e influyente político... naturalmente del partido conservador.

Hoy aquella niña casada con el injeniero es viuda, tiene un hijo y yo mismo he conversado con ella, en el torbellino en que se encuentra lanzada en Madrid. Aquella señorita es hoy una desgraciada que arrastra por las calles de la capital su vergüenza, y cuando pasea por frente a los cafees y los clubs buscando el hombre que al pagarle un rato de mentido amor, un momento de sensualismo, le proporcione los medios de alimentar a su *hijo legítimo*, talvez se codeará con el causante de su deshonra y su bajeza, talvez pase arrellenada en cómoda victoria la señora aquella que un tiempo fué lavandera y siempre fué instrumento de los jesuítas. Y cuando mendigando una limosna, vendiendo sus amores, pase por la puerta de un convento de *hermanitas del Corazón de Maria*, pensará tristemente en sus primeros y *legítimos* amores, y la caridad de aquellas hermanas que hacen el bien al prógimo por medio de esos actos criminales, que pretenden ocultar la vergüenza ajena con la vergüenza propia.

Y ya veis, estimados lectores, cómo se desenvuelven, obran y maquinan estos soldados de Cristo que hacen iglesia a la moda, que convierten los templos en salones mundiales, que acaparan las fortunas y que crean por fin e inculcan en los cerebros de sus satélites, máximas como ésta, que nos dijo la conferencista: «*el fin justifica los medios*».

Es por esto que ellos no reparan en ningun medio con objeto de llegar a su fin; es por esto que ellos tienen siempre una palabra de consuelo, disculpa o protección para sus fieles; es por esto que a veces nos vemos envueltos en juicios, calumnias y maquinaciones, de que en realidad no conocemos el punto de partida y sólo sufrimos las consecuencias.

Y es preciso, pues, que todos nos dediquemos a desenmascararlos, allí donde los encontremos, sea bajo los hábitos sacerdotales, bajo la toga del abogado, o bajo la pluma del legislador, sin miedo a las consecuencias y aunque caigamos algunos en la contienda.

Yo quisiera que tomáramos el ejemplo de los japoneses—¿Se acuerdan todos de aquellos bravos soldados que pasaban los de atrás sobre los cadáveres de los que formaban en primera fila, para caer ellos a vez su encima, y luego los de más atras, constituyendo así una pirámide humana, sobre la cual se mantuvieron por fin los vencedores?

Pues he ahí, señores, la conducta que debemos observar; es esa la forma como debemos pelear.

Caiga uno de nosotros, dos, tres, ciento, mil ¿qué importa?

Nosotros los *Libres Pensadores*, debemos ser como los japoneses, héroes, y los que constituimos la generación actual dejarnos matar si es preciso para que sobre nuestros cadáveres se levanten victoriosos, vencedores nues-

tros hijos educados por nosotros con arreglo a la *Razón, la Igualdad y el Derecho de la Conciencia.*

Todas las ideas buenas, han costado lucha para implantarlas.

Es más fácil aprender el mal que doblegarse al bien, y es por eso, estimados lectores, que yo os pido desde estas columnas, valentía, serenidad, heroismo, y el que caiga, que no sea sepultado, caiga otro encima y otro más hasta que haya uno que alcance a dominar la altura, hasta que haya uno cuyo brazo esté al nivel del enemigo común, y ese, señores, será nuestro Redentor, el Regenerador de nuestra sociedad, el verdadero Mesías de nuestra Salvación Social, el Generalísimo que lleve a la Victoria, el Progreso y la Civilización.

Pero eso sí, señores, entre tanto no nos ataquen, no ataquemos, miéntras no nos hieran despreciémoslos y dediquemos toda nuestra enerjía a la ilustración de todos, a la propaganda de *La Luz*, hagamos llegar a todos los corazones nuestra Ciencia, estendamos los juicios de nuestras ideas todo lo más posible, y unamos de esta manera nuestras fuerzas haciéndolas cada día más numerosas, más valientes y mejor organizadas para que llegado el momento eu que nos ataquen seamos bastantes a vencerles en buena y honrosa lid; pero no por los medios que ellos practican, no ocultándonos o hiriendo desde la sombra, sino cara a cara y a la luz del sol que es como luchan los verdaderos valientes que llevan en su corazón el aliento de la victoria y en sus actos la justicia de su razón.



Clericalismo y Democracia

Octava Conferencia

Al levantarse el telón, aparece la insigne conferencista rodeada de los miembros de la Federación de Estudiantes; la sala le tributa una ovación prolongada; hasta el palco escénico llegan dos hermosas palomas, que ella acaricia, en medio de una lluvia de flores y de las banderas chilenas y españolas.

Nos cuentan las viejas historias bíblicas que cuando el mundo fué invadido por las aguas, en aquel célebre castigo del Diluvio, cuando Noé con su arca tomó tierra, lanzó una paloma, la que volvió con una rama de olivo en el pico, señal de que la tierra había sido integrada a la vida y que la esperanza de una nueva generación era realidad.

Y bien, en este acto habeis querido también celebrar un simbolismo; no hay aquí ningún castigo divino, ningún diluvio (aún no cae el del adversario); sólo hay, esperanzas regeneradoras; aquí las palomitas significan un valioso emblema, entre flores y banderas de hermosos colores, esos colores que constituyen a los pueblos, que representan a los que quieren redimirse, que simbolizan, el blanco, la pureza de los sentimientos, el rojo, la sangre valerosa de estos pueblos, y el azul la esperanza de un mundo nuevo, de una vida mejor; estas palomitas, señores, simbolizan al Libre Pensamiento volando sobre la libertad de los pueblos!

Y es en medio de este ambiente de cordialidad, confraternidad y alegría que yo debo hablar por última vez entre vosotros, y será, no mi adiós de despedida, porque los que están unidos por los ideales no se separan con las distancias sino el ¡Hasta siempre! de los hermanos en la doctrina; esta es la noche última, y es en este ambiente de libertad, de alegría y de Democracia, que yo he de tratar precisamente lo que a la idea de libertad se refiere.

El absolutismo, señores, es la negación de la libertad; la libertad ha de ser, pues, contraria siempre, en todas sus manifestaciones, a toda clase de imposiciones, a toda clase de autoritarismo; la Democracia es, pues, la que recoje en el primer momento, el primer grito de libertad del hombre, y que busca los derechos, las leyes, la forma de gobierno a que ha de entregar su individualidad y su conciencia.

En cambio la tiranía, la que todos conocen—vosotros los hijos de América no la conoceis tanto y tan bien como nosotros los europeos; habeis tenido la fortuna de venir a la vida de la humanidad más felices, pero la conoceis por la historia!—la tiranía, señores, ha sido la compañera del desenvolvimiento humano en los primeros tiempos; adoptada a la religión, dió el autoritarismo de lòs dioses y de los papas; en la política dió aquellas tristes épocas, en que un hombre, emperador o monarca, disponía de la vida de los suyos.

El autoritarismo ha tenido un aliado en la vida: la iglesia.

Entre nosotros, la Democracia ha nacido con el concepto filosófico, en los primeros momentos en que el hombre comprende que en la solidaridad está la felicidad de los pueblos.

La Democracia, señores, ha sido siempre la víctima del clericalismo; cuando surje el primer grito de Democracia, se levanta también el primer grito de autoritarismo clerical, y cada vez que esto pasa, un hombre abarrota, en nombre de la tiranía, los impulsos de los pueblos.

Sabeis, señores, y yo también he tenido ocasión de decirlo, que el cristianismo primitivo fué, en su expresión, en su constitución, absolutamente democrático; no he de volver yo sobre cosas tratadas ya, pero sí debo recordar que cuando se constituyó aquel grupo de cristianos, cuando hablaron por primera vez de la libertad y de los derechos humanos, iban contra dos tiranías, la de los Césares y la de los sacerdotes. El cristianismo no tuvo sacerdote, no conocía las jerarquías, y si es cierto que había alguno que llevaba el título de obispo, esta palabra no tenía la acepción que más tarde se le ha dado, es uno de los tantos de la comunidad; los cristianos practicaron un admirable comunismo, en que se repartían las cargas y los alimentos, y ese obispo que tenían, era el anciano venerable y augusto, y era elegido como vosotros elegís vuestros Presidentes! No hablo de cardenales, ni de papas, porque los cristianos no conocieron esto, y si

han usado la palabra papa para señalar un obispo, es porque se le ha querido llamar padre.

Tal es, señores, el cristianismo bien conocido de todos; más cuando aquel cambio de que nos hemos ocupado aquí ocurre, el cristianismo muere, para dar paso a una religión nueva, que no tiene del cristianismo sino el nombre; los que recojieron ese nombre, establecieron su constitución a semejanza de las autoridades civiles de aquellos tiempos; el papa vino a ser en la iglesia lo que el emperador en los pueblos: la autoridad elevada al grado sumo.

El papa, como los Césares, es la omnipotencia dentro de la iglesia, es inalcansable autoridad soberana: todo debe someterse a ella sin vacilar. el papa es un soberano absoluto que tiene a su alrededor cardenales, arzobispos y aristocracia; tiene además el clero, los pobres sacerdotes y los fieles, que si hemos de atender a la constitución eclesiástica, ocupan menos puestos que los siervos en las constituciones civiles, son *ceros* colocados a la izquierda de la autoridad religiosa.

Cuando así se constituye el papado, y cuando este papado, señores, ya cambia el espíritu de la iglesia, y de aquella república espiritual hace la monarquía absoluta, es cuando podemos tomar como punto de partida para estudiar el desenvolvimiento del clericalismo, éste que es el espíritu de imposición de la iglesia, nó para realizar aquella obra de cristianismo de Jesús, cuando dice que *su reino no es de este mundo*, sino para influír en la política y poder decir: «La tierra es de la iglesia; en nombre de Dios vamos a hacer por apoderarnos de ella».

Veamos entónces cómo la política, la que podemos llamar *política clerical*, se va a desenvolver hasta nuestros días.

La política clerical es, pues, practicada por el papado, que aspiraba, no ya a la dominación espiritual, si nó que empezaba a soñar con poseer una soberanía real, un Estado del cual se le considerara soberano, y cuando el Imperio de Occidente empezó a decaer, cuando vino esa decadencia que dejó a la Italia sin hallar donde buscar una reparación política, entónces el papado prepara su política clerical para retar en la primera oportunidad a guerra a los elementos civiles, y luego consigue el primer triunfo porque tuvo al rededor de Roma las tierras que constituyen el Estado pontificio, en cambio de dar al rey de Roma un poco de fuerza, de prestigio. Que el papa ha dado al rey de Roma, que la iglesia se ha preocupado de darle autoridad, talvez es cierto...

Pero veamos cómo se constituyó el poder temporal de los papas.

El papa Zacarías gobernaba la cristiandad en tiempos de la caída del imperio, y los Merovingios gobernaban una série de pueblos de los cuales el más importante era el de los francos. Esta familia merovingia era una familia en decadencia, pero que seguía gobernando apoyada en los dere-

chos de herencia y los divinos, y porque había un hombre, un mayordomo de palacio, Pepino, que en realidad gobernaba a los francos. Pero he aquí que de repente ocurre un caso curioso.

Un día, dos representantes de Pepino se presentan donde el papa a preguntar si en vista de que el pueblo franco decae en su fe religiosa, si en bien de la iglesia podía Pepino aspirar al trono; el papa le manda su bendición en nombre de la religión y Pepino usurpa el trono y se declara emperador. Pero los resultados no se dejan esperar, porque a los tres meses Pepino declara la guerra a los lombardos porque molestaban al papa, y éste lo declara rey de Roma.

Así vemos que todos los derechos de la Edad Media, esos derechos que las instituciones políticas y religiosas han levantado hoy en los códigos para buscar ésto, y más todavía, la cuna de las familias reinantes actuales, debemos remontarnos hasta aquella época y encontramos que esos derechos y esas dinastías se asientan sobre el papa y Pepino, dos usurpadores!

Esta casuística forma de cimentar el derecho, me hace recordar un curioso cuento de mi tierra andaluza: «Eran dos viejos, dos gitanos, muy amigos de lo ajeno; un día charlaban, y queriendo de alguna manera convencerse de que eran honrados, el uno dijo al otro: compadre, en este pueblo no hay más que dos personas decentes: una de ellas es Ud. y la otra Ud. dirá quién es!» Del mismo modo el papa se entendía con el imperio, señores!

Más tarde empezó aquella série de luchas que la iglesia entabla, dirigidas bajo esa forma muy discreta, aunque nó muy noble, que empleó siempre.

Cuando un sucesor de Pepino ocupa el trono de Italia, se enciende la guerra, porque los pueblos que quieren su unidad se ven constantemente limitados en sus deseos; entónces el papa llama nuevamente a los francos y va a buscar a Carlo Magno para ofrecerle la corona de emperador; pero Carlo Magno acaba de casarse con una hija del rey lombardo, y esto dificulta un poco la negociación.

Entónces Carlo Magno pide el divorcio y el papa se lo concede con júbilo (hoy la iglesia se opone!) y Carlo Magno paga al papa su coronación con la guerra de Italia.

La política clerical que el papado sigue, la debe a algo más: cuando otro emperador, Ludovico Pío, vé levantarse la figura de un hijo rebelde, encuentra al papa al lado del rebelde, y existe en Francia un lugar en donde se encontraron los dos ejércitos.

El papa, el propio papa, llegó al campo a dirimir la cuestión; llegó donde el ejército del padre y arengó a los soldados, no se sabe de qué manera, pero sí se sabe que al día siguiente los soldados se pasaron a las

filas del hijo rebelde. Este campo se llama en Francia el «Campo de la Mentira», y la mentira política va unida a la historia de la religión, señores!

Pero hay otro caso que expresa bien claro cómo bambolea, cómo se inclina la balanza papal, cómo se dirije la política clerical siempre al lado de la conveniencia, pasando por encima de todo.

Existe una lucha pendiente entre un rey de Inglaterra, Juan Sin Tierra, y un rey de Francia que le disputa la corona; la cuestión es delicada, porque hay ciertos antecedentes; cuando la Inglaterra se apodera de Irlanda, pide permiso al papa, y éste le contesta: «Bien sabéis que todas las islas del mundo pertenecen a la iglesia. Irlanda nos pertenece, pues; pero yo os la daré siempre que me rindáis tributo y gobernéis en nombre de la Santa Sede».

Pero más tarde supo el rey de Inglaterra que en esta forma perjudicaba a sus intereses, porque Inglaterra es también isla y por lo tanto un feudo de la iglesia...

Y bien, señores, cuando estos dos monarcas se preparan para discutir el derecho sobre la corona de Inglaterra, el papa, que recuerda eso de las islas de la iglesia, ayuda a Juan Sin Tierra, pero éste se había negado a aceptar el nombramiento de un obispo; entonces rompe el papa con Juan y vuelve tranquilamente sus espaldas y se inclina para buscar en el rey de Francia el verdadero representante de Inglaterra. El rey francés ordena todo para la gran batalla y se considera dueño de las islas, pero en ese momento el papa le manda detenerse, porque la iglesia ha atravesado de nuevo la Mancha, y porque Juan consiente en ser administrador de lo que el papa había declarado que tenía derecho a gobernar el rey francés.

Más, señores, esta parte histórica tiene importancia para el desenvolvimiento de los pueblos; porque hay una masa popular en Inglaterra, que ve mal estas cosas, que rechaza esa imposición del papa, y viene la primera conmoción del sentimiento público, que produce la Carta Magna. El pueblo no está con Juan, ni está con el rey de Francia ni con el Papa. La Carta Magna es la resultante de aquella comedia política intentada por el clericalismo, y que da a la Inglaterra, antes que a ningún pueblo, la concepción de los derechos individuales!

Otra fórmula que reviste la política clerical, la encontramos en el hecho de que siempre quiso impedir que las pequeñas nacionalidades en que se dividía la Europa se reunieran, como en Italia, por ejemplo. Esa misma política del papado lo llevó a la guerra con el imperio. Cuando se van descubriendo los pueblos y van formando su nacionalidad, su carácter, sus ideas, algo de su propia característica, cuando pueden aspirar a constituir las nuevas nacionalidades, es el momento en que surjen las primeras explosiones de Democracia, aquella aspiración que quita un poco de autori-

dad a los reyes, para crear los nuevos estados, los reinos que serán una avanzada de la Democracia. Pero, señores, en frente de estos anhelos, cuando la Europa se prepara para efectuar la transformación, cuando de todas partes surjen esas aspiraciones de regeneración social, allí está el papado, dividiendo por las luchas, y cuando estas son insuficientes, lanzando *excomuniones* e *interdictos*, que traducen la voluntad divina. Estas son las causas primeras del retardo de diez siglos del reinado de la Democracia en Europa!

En esta época, el papa Hildebrando, cuando no pudo ya impedir la formación de los Estados, cuando no pudo contener los acontecimientos, piensa en su autoridad, y he aquí que sobre todos los pueblos de Europa lanza una reclamación diplomática en nombre del propio Dios, y dice, por ejemplo, a España: «Bien sabeis que España, desde tiempos inmemoriales, pertenece a la iglesia»—esto tiene la misma razón histórica que en el caso de las islas—«pero yo os dejaré gobernar, si me pagais tributo». En la misma forma se dirige a Inglaterra y a todos los paises. Ved lo que dice a un rey de los Paises Bajos: «Hay un reino, un país, cerca de nosotros (Italia), habitado por hombres sin religión y sin fe (lombardos); enviadme un hijo para hacerlo rey, siempre que me pague tributo». Y cuando se trata de Rusia, dice a Demetrio: «Tu hijo ha venido a visitar las santas sepulturas y me ha pedido tu reino, y bien, yo se lo he concedido, en la creencia de que tú consientes». Y bien, señores, este hijo, que pide al papa un reino que pertenece al que debe respeto y veneración, recibe la corona, y después de estos hechos que se repiten constantemente, puede leerse todavía en la doctrina cristiana un cuarto mandamiento que dice: HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE! ¡Este mandamiento puede dejar de cumplirse, tratándose de beneficiar a la política clerical, señores!

La política clerical la seguimos viendo señores, actuando siempre en contra de la Democracia, que tiende a levantar nacionalidades, que busca apoyo en las leyes y en las costumbres, y hasta contra los reyes, cuando combate el cisma, y aún más, señores, contra los propios obispos, cuando ha visto que estos propagan algunas reformas liberales, contra los propios hijos de su religión, contra sus hermanos en cristianismo, señores!

Tal ha sido esa política seguida a través de los tiempos en contra de la democracia, que jamás, sin embargo, abandonó la esperanza de imponerse en el corazón humano. Cuando vemos todo esto que es la vida de toda Europa, cuando pensamos en las poderosas armas que poseían los papas, no nos extrañamos de que casi toda Europa le rindiera tributo, en aquellas épocas en que la excomunión o maldición religiosa aislaba completamente a las personas, ya fuera al padre de los hijos, o el rey de sus súbditos......!

Resumiendo en una frase la política clerical de los papas podemos

decir: «Mantenían la ignorancia de los pueblos para gobernar, y gobernaban para mantenerse».

Un hombre inteligente, Pedro Abelardo, bien conocido, por otra parte, no sólo por su influencia filosófica, sino también por su nombre literario, concebía y expresaba ya aquella aspiración de la Democracia, que iba a buscar, no todavía la amplitud del Libre Pensamiento, más si aquella concepción del derecho político que da al César lo que es del César, que da a la iglesia el derecho de ocuparse de la dirección espiritual de los pueblos, y a los reyes el derecho de gobernar, traduciendo las manifestaciones de los pueblos. Pero ya comprendereis que Pedro Abelardo fué declarado hereje, y cuando Arnaldo de Brescia propagó esa doctrina en Italia, cuando este hombre valiente sitió al enemigo en su madriguera, cuando al rededor de él los pueblos italianos que sueñan con su unificación se reunen y cuando la opinión pública se levanta por las predicaciones de este hombre, la tiranía papal y Federico Barbarroja, que están enemistados, se alian para luchar y triunfar contra la Democracia naciente, y entonces las dos tiranías se entienden para hacer su víctima en los pueblos italianos. Arnaldo de Brescia es quemado en una plaza pública de Italia, y sobre aquellas cenizas, sobre las cuales cree el papa que ha quedado quemada hasta la esperanza de la libertad, las dos tiranías se dan la mano!

Por otra parte, señores, cuando más adelante se realiza aquello de que tres papas se dicen a la vez sucesores de Pedro, cuando los tres se creen de derecho divino, y con la voluntad de Dios, cuando hay un papa en Avignon, y otro en Italia, y aquel de España, que es como un tercero en discordia, entonces se reune un concilio que debe decidir la contienda papal. El concilio de Constanza debió levantar al papado del ridículo de esa cuestión que ya empezaba a ser mirada con una sonrisa sarcástica, y reconocer un sólo papa de derecho divino.

Pero como el concilio estaba compuesto por los mismos que habían actuado en las guerras religiosas, lo menos que hicieron fué eso, y lo más, destrozarse mútuamente y quemar en las hogueras inquisitoriales a hombres como Juan Huss y Gerónimo de Braga!

Pero, afortunadamente, señores, aquel espíritu de Inglaterra y de Francia, y el de aquellos comuneros de Castilla que ya demuestran en España el espíritu liberal, aquellas corrientes democráticas deben ser de aquello, lógica resultante. Y todas estas manifestaciones del espíritu que anima a los pueblos, señores, informan a aquellos filósofos del siglo XVIII, que van a conseguir los derechos humanos, a aquellos enciclopedistas que van a hablar muy alto del derecho, que van a encontrar su apoyo en el pueblo francés, que van a consignar sus aspiraciones en la declaración de los derechos de los pueblos, en esa Revolución Francesa, abolidora de derechos

divinos y tiranía y que debía llevar el derecho a todas partes, a Europa, a América!

Cuando en Francia la gente se entusiasma, y cantando himnos de libertad se va a derribar la Bastilla, el símbolo de la tiranía, esto no es más que el principio del triunfo de la Democracia, porque tiene un valor reflejo; más tarde, cuando en Italia, Garibaldi, con su roja camiseta de combate, rodeado de los cien representantes de la unidad italiana, asalta la Porta Pía, sin fijarse en que el Papa posee la suficiente gracia divina para resistir y proclamar la unidad italiana, hunde el poder temporal de los papas, hunde la tiranía de la Bastilla religiosa, y constituye la anhelada libertad de Italia!

Desde entonces no podemos decir realmente que la política clerical no tiene una verdadera influencia; puede el clero hacer política, verdad que a veces el juego suele resultar peligroso y es conveniente blindarse, porque si es cierto que no puede pasar de un simple entretenimiento sacerdotal, puede resultar peligroso para el desenvolvimiento de los pueblos.

La labor de la política clerical desde el triunfo de la libertad ya no tiene el arraigo y la fuerza de otro tiempo, pero entonces toma otro rumbo; no es esa la política papal, pero sí en nombre de ella se la sigue por las congregaciones místico-religiosas, por esas especies de ayuntamientos civiles y religiosos, a veces de jesuítas y de otras órdenes político-civiles, y de otras político-civil-religiosas. Así se realiza esa labor clerical!

Esta labor la habeis podido observar en España y bien sabeis quien da el dinero para las campañas. ¿Y sabeis donde se hace esa política? Se hace en los salones, en los salones de la buena sociedad y en el confesonario! La dádiva de las devotas, el dinero de las propias mujeres de liberales, servirán mañana para ayudar al político carlista, para alimentar a los clérigo-soldados que compran con ese mismo dinero las balas con que han de herir el corazón de los liberales!

Un recuerdo más próximo lo tenemos en el Portugal. Allí el clericalismo gobernaba con la casa de Braganza. La política del rey, mejor dicho del rey consorte, que de una manera tan triste desapareció del mundo, esa política era clerical. Pero un día, como todos sabeis perfectamente, el pueblo proclama una República en Portugal. Los jesuítas tienen muy buenas relaciones con la reina madre; el padre provincial está intimamente ligado a ella, talvez es su confesor. Una noche—y por cierto que esto no es nuevo, porque cualquiera encuentra en una obra escrita para relatar la vida del papado que León XIII tenía una gran simpatía por una princesa de Saboya y que todas las noches brillaban una luz en las ventanas del Vaticano y otra en el Quirinal y por medio de las cuales el Papa y la prineesa se daban las buenas noches—una noche, digo, después de aquel movimiento revolucionario, los hijos del pueblo vigilan un convento de je-

suítas para evitar algún acto de violencia contra sus propios adversarios; de repente en el convento de Tesla luce una luz y en el palacio de los reyes otra: es la señal de la contra revolución y los jesuítas, a quienes el pueblo generoso y democrático resguardaba sus vidas, arrojan sobre él bombas y otros proyectiles y cuando el pueblo ve à los infelices que han pagado con su vida el respeto al adversario, cuando el pueblo ve caer de una manera tan indigna a sus conciudadanos, entonces es solamente cuando entra en el convento y persigue y mata uno a uno a los jesuítas!

Y bien, señores, qué horrores encierra el convento de Tesla!

Ese inmenso edificio ostenta *puertas secretas por todas partes*, *un subterráneo que comunica con un convento de monjas*, *y en ese subterráneo*, *señores*, *pobres víctimas de fatales violencias a la naturaleza*, *pobres y desgraciadas creaturas extranguladas*!

En América, claro es que ya no sirve eso de la excomunión; el arma está gastada, después que Napoleón demostró que si sus balas no podían llegar al papa, la excomunión tampoco podía llegar hasta él.

Entre vosotros la política clerical también es de salón, también es de gabinete, también el clericalismo, si bien es cierto que a veces se muestra a pecho descubierto, la mayor parte de las veces obra por tercera persona, tiene sus ministros plenipotenciarios.

La politica clerical que quiere que una ley no sea promulgada, no recurre a sus representantes en las Cámaras, porque tiene poca confianza en ellos; posee otros elementos más importantes en sus ministros plenipotenciarios; estos son las mujeres de la alta sociedad, a quienes entre una conversación se las induce a una especie de cruzada contra tal o cual cosa, se las induce a pasar por todo, con el cariño o la violencia a conseguir del marido lo que se desea, y yo os decía la otra noche, ¡cuántos hombres, personajes de la política, claudican y en la Cámara cambian de táctica y se retiran a la vida privada, y otras veces aparecen defendiendo ideas de libertad y pactan en la sombra con el adversario!

Busquemos el motivo de esta dejeneración y lo encontraremos en la política clerical que no se vé, que agarra a la mujer con mano certera para dominar al marido que se entrega a la mujer, sin saber que tras ella están sus enemigos.

A pesar de todo, no puede negarse, porque está en el ambiente, pese a todo el clericalismo que persigue hasta la menor idea de libertad, que la Democracia se apodera de la conciencia universal y un día próximo la dominará.

¿No veis en Europa ese admirable movimiento, no veis, vosotros americanos, rota la fuerte, la invencible tiranía?

¿No veis aparecer al jesuítico Portugal ya gloriosamente independiente, no veis a la Bélgica que impide la aprobación de leyes contrarias

a la libertad y que a la enseñanza religiosa opone la educación racional; no veis junto a esos pueblos, a los pueblos balkánicos que nos muestran multitud de conquistas liberales; no veis que la misma Rusia es llamada al progreso por la Douma, y no veis a la Italia, en que el rey se confunde con el pueblo en la paz y en la guerra; no veis, por último, en España a esa dinastía borbónica, que no supo hasta hace poco sino pedir consejos al papa, no la veis olvidarse del papa y acercarse a los políticos republicanos, porque sabe el rey de España que no es en España donde se gobierna con el papa, sino con el pueblo, si quiere que su reinado llegue tranquilo a su fin?

La Democracia triunfa; pues, señores; bien podéis distinguir que nuevos triunfos le sonríen en Europa; y en América vemos levantarse juventudes enérgicas, hombres que llevan valiente cooperación a las leyes y florecimientos de Democracia y Libertad! Hasta en el Extremo Oriente, que hasta hace poco permanecía completamente apartado de la libertad, surje ese espíritu.

¿No hemos visto levantarse al Japón y a la República China, no hemos visto a los *jóvenes turcos* buscar para su patria mejores días y encausar la guerra, que yo no discutiré, porque me llevaría al problema clerical—esa guerra, señores, en que el resultado será el mismo, venza o sea vencida la Turquía, porque esos elementos de Democracia harán ondear un día la bandera republicana ahí mismo donde reina la ferocidad del Islam?

La época de la libertad ha llegado ya; el triunfo de la justicia, de las ideas de justicia, se ha sentado ya en la conciencia de los individuos. No es un pueblo, es el espíritu del siglo que proclama la Democracia, la Libertad, el Derecho. ¿Qué pueden hacer, entónces, contra este levantamiento los pobres engañados con el espejismo de otros siglos, que intentan deformar y detener la gran idea?

Nadie puede ahogar la Democracia; se necesitaría tener un poder inmenso para ahogar el instinto natural!

Día llegará en que, libertados los espíritus por la caída de los intereses religiosos de los pueblos, veamos los resultados de esa política clerical, veremos en el polvo de los fanatismos religiosos hundirse las viejas tradiciones del Vaticano, y sobre los humeantes escombros de la Iglesia, veremos levantarse los cimientos del nuevo edificio humano y ondear la bandera que hace más grande al Derecho, y omnipotente diosa a la Razón!

Terminada esta Conferencia, dos oradores, en representación de la Federación de Estudiantes y de una Sociedad Española, hablaron obse-

quiándole una medalla el primero y un ramo de flores el segundo, manifestación que la señora de Sárraga agradeció en estos términos:

Hay manifestaciones, señores, que tienen una significación tan alta, son expresión tan hermosa de un elevado sentimiento del alma, que no hay palabras suficientes para poder expresar, en el momento que se reciben, todo el júbilo, todas las alegrías que ellas producen. He aquí que en estos momentos, en que yo debo separarme de vosotros, en que debo dar por terminada mi modestísima labor en Santiago, he aquí que dos representántes vuestros vienen a poner una nota afectuosa, una cariñosísima nota de afecto en ésta mi despedida.

Son un representante de la tierra que yo amo tanto, de esa España que yo miro desde América como hija cariñosa, y de la juventud de este país, que representa y puede representar todas las fuerzas vivas, desde el hombre que labora con su cerebro y su actividad, hasta el pueblo viril y esforzado, pueblo compuesto por diferentes nacionalidades de Europa, congregadas y reunidas con el pueblo americano y que representa la actividad del músculo, que representa la mayor manifestación de capacidad de la porción productora de la Nación.

¡Qué he de decir yo de estos entusiastas españoles, que vienen a poner una nota alegre de aquellas tierras que tanto quiero, que hacen vibrar mi alma y ponen ante mis ojos épocas de juventud que ya pasaron para mí! Me recordáis, señores, aquellas estudiantinas alegres y graciosas de mi tierra, que hacen vibrar el aire con el toque de sus guitarras, castañuelas y mandolinos y que dá a los pueblos españoles jentileza y gallardía.

Esta estudiantina me trae, junto a la nota de arte y de color, el recuerdo de ese pueblo ausente, de la sangre derramada por los hombres que luchan por la redención de sus hijos; me recuerda, señores, la España a que yo diera toda la alegría de mi juventud, en aquellas tristes épocas en que tuviéramos que ir confundidos a luchar con la iglesia y los viejos fanatismos que nos querían arrebatar un profesor!

En mí reviven, señores, todas las alegrías pasadas, y por sobre esas imájenes y sobre el presente, veo destacarse la España del futuro, la España del porvenir, aquella que amamos tanto, aquella España de Pí y Margall, la España levantada por el Libre Pensamiento, que es la gran fuerza que la hará en el porvenir grande, que le dará días de gloria!

Jóvenes estudiantes, vosotros que me habeis acompañado, que desde el primer momento estuvísteis a mi lado, me hacéis recordar la frase que se atribuye a Mahoma. Cuando éste hacía su primitiva campaña, encontró una mujer intelijente que lo comprendió y le dió una fortuna para que hiciera triunfar sus ideales. Mas tarde, cuando se le preguntaba por qué no olvidaba a aquella humilde mujer, entónces Mahoma respondió expresando que no

podía dejarla porque ella lo acogió cuando todos lo abandonaban, y ella lo amó cuando todos lo despreciaban.

Y bien, señores estudiantes, vosotros estuvísteis conmigo desde el primer instante, y aún cuando no me habíais oído una palabra, por la propia intuición que tiene la juventud, creísteis que los conceptos por mí sustentados eran los vuestros, y ahora me despedís con ruido de alas, sonidos y flores, y con una expresión simbólica de vuestro cariño.

Y bien, queridos españoles, vosotros habéis dicho que las flores representan la juventud; bien, sean estas flores símbolo de la idea, sean las hermosas manifestaciones de la vida ideal que lleváis en vuestros juveniles corazones, y sean ellas las que perfumen más tarde, cuando entréis en la vida, el nuevo hogar fundado por el Libre Pensamiento en la ley del Amor!

Esta medalla, que yo conservaré siempre cerca del corazón, con todo el afecto que la ofrenda requiere, sea ella también un símbolo, sea el cóndor, el águila, la expresión del pensamiento humano, que en magníficos vuelos, se eleva al infinito; sea esa águila símbólica la que dirija vuestros pasos por la vida; sea ella más tarde símbolo de la raza chilena que haga brillar muy alto la estrella solitaria, perdiéndose en el infinito de la idea!

Puesto que yo debo también mi saludo, una frase de gratitud para todos aquellos que conmigo han convivido estas noches, para todos aquellos que han oficiado conmigo las misas del Libre Pensamiento, puesto que así de este modo todos nos hemos entendido, dejadme que desde aquí yo os diga cuán íntimamente unido queda mi corazón al vuestro, y ya que hombres de diferentes manifestaciones de la vida se congregan en este sitio, y ya que credos distintos han hablado aquí, sea ésto símbolo del Libre Pensamiento, que informa los altos ideales de confraternidad en la vida.

Y ya que la tierra americana es tierra de promisión, yo deseo para el Libre Pensamiento que actúe directamente en el porvenir de la América; yo deseo para vosotros un luminoso nombre, conquistado en esos triunfos del futuro, nó por la guerra, sino asentados en ideas!

Yo quiero que llegue para Chile el día fecundo, dia admirable, en que la América, reintegrada a la libertad por la sagrada conquista de la Democracia, obtenga el verdadero triunfo del amor, condensado en la libertad y los afectos, y en la idea constante de que por el trabajo vengan a integrarse todas las fuerzas sociales en la gran religión del porvenir, que realizará las supremas aspiraciones de la vida, en el culto eterno de la Naturaleza......



El Gobierno de la iglesia y el Gobierno del mundo

Crítica de la 8.ª Conferencia

SEÑORA doña Belén de Sárraga.—Honorable paisana e ilustre hermana de ideas: Ved aquí, señora, cómo yo llevo ya dos días que tomo la pluma para hablar de su Conferencia octava, y siempre encuentro algún inconveniente para hacerlo: ayer, una historia; hoy...... una *canalla.*

Yo bien sé que Ud. prefiere la razón moderada a los ataques violentos; yo conozco perfectamente que Ud. desea más palabras convincentes que insultos groseros; pero, perdóneme señora, que manche el respeto debido a su nombre contestando a los *rufianes* en el mismo tono y con el mismo vocabulario en que se expresan. A cada cual hay que hablarle en su idioma; y el idioma de estos rastreros, es el que emplean los «vampiros».

¿Sois vosotros, diarios que os llamais cultísimos, los que así ultrajais a la sociedad respetable santiaguina, los que así deshonrais a vuestra noble patria chilena, injuriando y calumniando a una dama extranjera, que valientemente, con la serenidad y tranquilidad de las personas que nada tienen que temer, llega a acojerse a la sombra de hogares mil veces jenerosos, mil veces nobles?

¿Sois vosotros, clericales insolentes, jesuítas hipócritas, descendientes de Borgias, hijos de la prostituta Marosia, nietos de Selvagia, los que así ofendeis a la moral, los que así ultrajais el respeto debido al país que os cobija y os mantiene y os hace ricos, ofendiendo, ultrajando y calumniando groseramente a un extranjero, es decir, a una extranjera, cuya única falta ha sido trataros con un respeto que jamás habeis merecido?

¿Y, sereis vosotras, nobilísimas damas santiaguinas, señoras respeta-

bles que siempre habeis merecido por vuestra educación, vuestros principios y vuestra nobleza, el respeto y admiración de propios y extraños, las que continuareis creyendo en la «mansedumbre, caridad, amor al prógimo», etc., etc., que predican esos *fariseos?*

¿Y sereis vosotros, valientes chilenos, hijos de la raza más hidalga, descendientes de los hombres que supieron ser los más caballerosos con las damas, ilustres descendientes de los americanos más fuertes; sereis vosotros los que protejais ese *crimen* impreso en las hojas de los *jesuitas?*

¡Oh, nó, señora! No es ese el espíritu del pueblo donde vivimos; no es esa, ciertamente, la idea de esta sociedad exquisitamente educada. Esos epítetos, esas frases, se oyen sólo en los *conventillos* (diminutivo de *conventos*).

Pero mi idea, al dirigiros esta carta, RESPETABLE SEÑORA, es haceros llamar la atención sobre el hecho de que hombres serios, caballeros respetables por su edad, jerarquía y posición, vienen a traernos sus protestas en forma de artículos que firman con sus ilustres nombres, obreros honradísimos, deseosos de progresar por sus propios esfuerzos, traen aquí sus elocuentes frases devolviendo las injurias que también les lanza *la canalla frailuna*, estudiantes de todas edades, de todas las ciencias, llegan hasta nosotros alzando sus frentes donde se adivinan futuros jénios, para lanzar palabras moderadas, propias de su ilustración, pero duras, a esos *sacristanes*; señoras respetables, madres honradas de familia, nos envían sus quejas contra los calumniadores; así, pues, señora, no os molesteis; permitid que os aconseje como amigo, como hombre y como hermano, que no mancheis vuestras manos tomando en ellas la pluma para contestar a los propagandistas del oscurantismo, a los encubridores de la ignorancia: vuestra mano está destinada a fines más altos; vuestra imaginación tiene otros pensamientos más *humanos* de redención en qué preocuparse.

Dejad al pueblo esa tarea, y tened la evidencia de que sereis defendida tal como lo mereceis, porque el pueblo chileno, señora, es noble, es jeneroso, es hospitalario, es ilustrado y, por último, señora, los chilenos de verdad son caballeros.

Esos que lanzan su furia infernal, porque no tienen razones científicas ni históricas para discutir, porque tienen sus cerebros *embotados* con los misticismos y no son capaces de pensar ni estudiar, no son chilenos, señora; y sin han nacido en este hermoso país, es, por cierto, para ignominia y baldón de la Patria, que cría hijos que se venden al extranjero, que se baten calumniosamente por el fanatismo, que defienden a los *jesuitas* que pagan jenerosamente su grosería.

Y además, señora, contais en este país con un diario eminentemente liberal, jenuinamente libertador de las conciencias, un diario que se llama LA RAZÓN, que sabe colocarse al lado de la *Luz*; y si ellos dedican sus

tipos a ametrallar al pueblo, nosotros los dedicamos a ilustrarlo, y si ellos proveen a sus sucuaces de *revólvers y puñales*, las armas de los asesinos, nosotros sabemos manejar la pluma y la intelijencia, que son las armas de los pensadores; en último caso, nosotros, es verdad que no tenemos *plata* para comprar asesinos, es cierto que no sabemos tampoco intrigar cobardemente, pero sabemos tener una espada en la mano, que es el arma de los nobles, y tenemos un pecho muy ancho que oponer frente a nuestros enemigos.

Es así, señora, que yo me hago eco de todos los deseos de las personas «sensatas, cuerdas, honradas y valientes», dirigiéndoos, con todos mis respetos y consideraciones, estas líneas.

B. S. P.—FEDERICO ROBERTO.

Hablando, por fin, de la octava Conferencia dada por la señora de Sárraga en el Teatro Nacional la noche del Domingo último, quiero empezar por dejar constancia de que desde sus comienzos hasta el fin, fué una manifestación solemne de aprecio, estima y admiración a la notable conferencista, a su preclaro injenio y a su vasta ilustración.

Contestando los términos injuriosos que *un diario jesuita* lanza editorialmente a la selecta concurrencia, diré que el proscenio estaba totalmente ocupado por *caballeros*, muchos de ellos ya recibidos de *abogados*, *médicos*, etc.; *respetables damas* de la exquisita sociedad *intelectual* i *mundial* de Santiago y respetables *personalidades* de la numerosa colonia española. Y hasta noté la presencia bien ostensible, por cierto, de un redactor de LA MAÑANA, diario que, aunque llamándose liberal, empezó la campaña de doña Belén de Sárraga haciendo causa común con la prensa *clerical*, en el célebre cuadrillazo del silencio, y que a última hora parece que ha vuelto hácia la civilización.

Después, entre el público que invadía totalmente las localidades, se veían damas igualmente escogidas, señoritas distinguidas, políticos, doctores, trabajadores *muy honrados* y toda una coleccion de *personas a cual más respetable*.

Empezando por la historia de los tiempos antiguos, vemos aquellos emperadores y reyes absolutos, que ya estaban en lucha abierta con la Democracia, que ya la combatían con sus leyes y con sus imposiciones al menor amago, o asomo de sus manifestaciones.

Y, naturalmente, que siendo el absolutismo, como el Imperio, una negación de la libertad del individuo y siendo, por el contrario, la Democracia la que sustenta las ideas que reconocen el dominio completo del sér

sobre sí mismo, sobre su fé y sobre sus obras, habían forzosamente de estar en pugna estos dos principios.

Pero como la base primordial de la constitución de la iglesia católica, las ideas necesarias para el desenvolvimiento de su poder terrenal, son aquellas que hacen oscurecer la sabiduría, son las que mantienen la ignorancia, encontramos, pues, los primeros papas, que no son sino reyes con derechos divinos, y asi se rodean de un báculo que parece cetro, un trono símbolo de un altar y un rosario que es la característica mas clara de la cadena con que quieren esclavizar a los pueblos.

Y ved desde entónces a los papas, y aquí empieza la política *clerical* de los representantes de la iglesia romana, unas veces unirse a los reyes y emperadores cuando convenía a sus intereses, otras veces, como en 1243, pagando asesinos para hacerlos desaparecer. (Inocencio IV mandó envenenar a Enrique V).

Y desde que aquel traidor Pepino cooperó al poder terrenal de los papas hasta que Garibaldi levantara heróico y valiente la bandera a cuya sombra se reconstituyó la unidad del hermosísimo país del arte, de aquella Italia dominada y dividida durante siglos y siglos por la política nefasta y el poder del Vaticano, siempre vemos en la historia de todos los pueblos la intromisión de los papas dominando o tratando de dominar, y siempre seguramente apoyando al más vil, levantando al más esclavo de su avaricia.

Y es, señores, la Democracia la que siempre se vé perseguida tenaz y cobardemente por la iglesia, porque ella ha proclamado y defiende el principio más sagrado de libertad, las leyes más humanas de confraternidad.

Y poco a poco, lucha tras lucha, vá desapareciendo aquella política abierta, aquel poder real que se mostaba a la faz del mundo, y al cerrarse las puertas del Vaticano dejando a Roma libre de las cadenas que la oprimían, se encierra también allí; entónces el foco que hipócritamente, con un trabajo, ahora de zapa y sigilo, vá a pretender y pretende continuar influyendo en los Gobiernos de los demás países.

Ahora, ya no es el rey, ahora es el papa-rey, y no el dictador que impone sus voluntades al pueblo, sino el representante de la iglesia que dirije sus *súplicas* a *sus fieles*. Y como con la constitución del papado nacieron a su sombra y amparo toda esa serie de cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y sacerdotes que forman, como si dijéramos, el Estado Mayor y la oficialidad del Ejército de *humildes ovejitas*, como ellos mismos los llaman, que en contacto con el mundo obran y ponen en práctica aquellos deseos, aquella avaricia inmoderada de poder que emana de Roma, he ahí cómo nos vemos atacados hoy en nuestros mismos Estados, en nuestras mismas sociedades, de una manera oculta y solapada, pero en realidad lo mismo que ayer lo hacían a cara descubierta.

Y vemos paises donde el partido *católico* existe, pero partido esencialmente político, que si exteriormente lo condena el papa, interiormente pagan y sostienen *los cleros*, y otros países donde estos partidos están disfrazados con nombres de *realistas*, *conservadores*, etc.

¿Y cuál es la enseñanza que debemos deducir de esto?

Ved ahí cómo esa influencia del *clericalismo* llama a grandes gritos a las conciencias liberales, a las Democracias populares, que deben continuar su lucha en frente de ese enemigo que les roba sus capitales para oponerse con la influencia y el poder de los mismos a la civilización y educación de los pueblos.

Debemos todos combatir enérgicamente al enemigo de nuestras conciencias, al favorecedor del oscurantismo, y sostener y desarrollar aquellas teorías sapientísimas que nos legara Rousseau.

El problema del *clericalismo* es el problema de la Humanidad; es la explotación por medio del engaño, la explotación por medio de las vanidades, la explotación por medio de la tiranía y la intromisión en la Política Gubernativa de los Estados de los *Jesuítas* llamados *clericales*, que acaparan los bienes terrenales, cuando el Gran Socialista Cristo predicaba la indiferencia, el desprecio por esos bienes y el amor a lo divino.

Guerras intelectuales contra el pensamiento, venganzas divinas sobre los temerosos, he ahí las armas de que se valen para dominarnos.

Por eso es que dijo un gran sociólogo:

«La Igualdad en el momento de la partida para la lucha, hará menos odiosa la vida y ésta valdrá la pena de la victoria».

El proletario que tenga odio o temores para hacer libre albedrío de su pensamiento, será siempre un esclavo.

El capitalista que no comprenda o no quiera comprender los dolores y sufrimientos y aspiraciones de la Humanidad, será un tirano, y como tirano, odioso.

Capitalistas, obreros, pensadores, intelectuales, políticos liberales de todos los bandos, ya os llaméis demócratas, radicales, socialistas o cualquier cosa, decid como los franceses: *Le nom ne fait pas la chose;* no importa que os llaméis blancos o amarillos, lo que interesa es la causa común, lo que interesa es que seais en el fondo todos iguales y unidos todos, unidos sin odios, sin rencores fútiles, estrechados todos contra el enemigo común, contra el *jesuíta* que invade nuestra política pagado por Roma, sostenido por la iglesia, uníos todos y habréis conseguido el bienestar de Chile, habréis merecido bien de la Patria.



La Iglesia y el Trabajo

Ultima Conferencia

Dada en la fiesta que organizó «LA RAZON» en honor de la Señora de SÁRRAGA

(Con anterioridad a la conferencista, usaron de la palabra varios oradores en representación de «La Razón», *de la Federación de Estudiantes, de las Sociedades Obreras y de los partidos Socialista y Demócrata).*

Permitidme, señores, que agregue mi modesta prosa a los cantos bellamente admirables aquí pronunciados por quienes en este momento dejaron este sitio: que turbe el reposo espiritual que experimentáis todos los aquí congregados. Más, si la prosa en que yo pienso dirigirme a vosotros no tiene la armonía vibrante y atrevida del poeta, yo os pido que esa prosa sea protegida, porque lleva los altos sentimientos, los poéticos sentimientos de la idea que se levanta al cielo en alas del Libre Pensamiento!

Sabéis ya, porque se os acaba de decir y porque ántes ya se dijo públicamente, que mi nueva venida a este sitio, que no tenía la pretención de volver a ocupar, obedece a deseos expresados cariñosamente por los buenos y muchos compañeros de causa que en Santiago me rodearon; obedece también esta venida a la necesidad que yo he sentido siempre de ponerme una vez más en contacto con vosotros y expresar otra vez mis

ideas, y también obedece este acto y mis palabras a tomar nota de la forma, poco cortés y conveniente, en que se me tratara por una parte de la prensa periódica. No he venido, como comprenderéis, a contestar determinados ataques: primero, porque ya lo hice en una carta que dirigí a la prensa; segundo, porque como no ha habido una sola persona, en un solo día, en un solo diario, que una sola vez haya demostrado que una sola de mis palabras no sea ajustada a la verdad; no tengo por qué entrar en polémicas!

He elegido, señores, un tema que talvez sea necesario para completar la série de asuntos tratados en las diversas noches: «La Iglesia y el Trabajo».

Preciso es, sin embargo, que nos pongamos de acuerdo ántes de hablar algo en este sentido, con respecto a lo que significan la palabra «Iglesia» y la palabra «Trabajo». La iglesia, en su acepción vulgar, es de todos conocida; la iglesia no ha sido, sin embargo, siempre lo que es hoy; porque en un tiempo supuso la «comunión de fieles». Cuando se levantó el cristianismo de que os he hablado, la iglesia fué la comunión de fieles, la congregación de todos los creyentes; esa palabra indicaba la hermandad de todos los elementos humanos en una fe, en un sentimiento y en una sola verdad. Pero la iglesia, en su acepción conveniente, no es esto, señores, porque los fieles han quedado a un lado! Son tratados como simples laicos, jentes que viven en el siglo, y denominan *iglesia,* no ya a las congregaciones de creyentes católicos, sino a la reunión de sacerdotes, desde el simple cura de aldea hasta los cardenales y papas, y nó de los católicos y creyentes, cuyas ideas, si son sinceras, merecen todo mi respeto, porque todas las ideas, cuando son sinceramente sentidas, deben merecer el respeto de amigos y enemigos.

Definamos ahora, señores, la palabra *trabajo.*

El trabajo es una ley de vida, es una ley de la naturaleza que rije en nosotros en la vida colectiva y universal. ¡Todo trabaja, todo se agita, todo tiene movimiento y acción, todo contribuye para realizar la labor de un pueblo, de un continente, de un mundo, de muchos mundos, señores!

Hay algo, como sabeis, que viene a sintetizar esta manifestación de la naturaleza con respecto al trabajo. Los órganos que no funcionan, biológicamente hablando, se atrofian, y he ahí cómo la naturaleza determina el trabajo, no ya como obligacion, sino como necesidad del individuo. Si nosotros no ejercitamos nuestros músculos, se desorganiza la máquina del cuerpo. Del mismo modo en el mundo colectivo, si no se ejercitaran los músculos, los hombres, se corrompería el cuerpo social, y no sería el trabajo la redención de la vida!

En este sentido, los hombres que se abandonan el ejercicio fisico, si

dejan algunos de sus órganos sin funcionar, experimentarán un perjuicio en su salud, y así como el hombre en cualquier forma ejercita sus músculos, tiene la seguridad de conservar su vida, porque sabe que la vida premia el trabajo intelectual tanto como el físico.

La resultante en la vida ha de ser siempre la misma: aquellos que trabajan, que se ejercitan; no tan solo en beneficio propio sino también en el de la colectividad. el que en cualquier forma de la vida da una cantidad de trabajo, tiene el derecho a consumir; todos conquistan el derecho a la vida, porque tienen derecho a exigir la parte de producción que les corresponde por su esfuerzo.

Y señores, los que no producen, los elementos humanos, las partículas humanas que se niegan así mismos, al negarse al trabajo colectivo, ¿tienen o nó, señores, que sufrir las consecuencias de su falta, y pueden consumir lo que no es suyo, lo que es producto del trabajo ajeno?

He aquí, que después de haber determinado lo que puede significar para todos el «Trabajo» y la «Iglesia», vamos a abordar, señores, el árduo problema, de ver si en efecto la iglesia ha cumplido con esa ley de la naturaleza, que está escrita en todos los mandamientos de la vida, o si realmente ha realizado la labor de consumir sin haber producido.

Veamos, pues, señores,—con permiso por supuesto de los que creen que no se debe desenterrar *viejas antiguallas* abriendo la historia, porque hemos de buscar a la iglesia en su cuna y nó en el presente, porque hemos de ir a buscar la legitimidad de los millones que hoy posee y defiende de los *atentados liberales*, no en el presente sino en el pasado, si efectivamente esas riquezas son productos del trabajo de los sacerdotes o son productos de la explotación al pueblo.

No iré a ahondar mucho, en la profundidad de los siglos, el desenvolvimiento económico de la iglesia, porque recordareis que cuando el primer hombre—y de esto trataba aquí en noches pasadas—cuando el primer hombre sintióse débil, buscó en lo desconocido la fuerza a que podía recurrir y forjó la Divinidad, entonces surjió del hombre y la Divinidad, una figura sacerdotal; el sacerdote tendió la mano y se apoderó de la omnipotencia divina, tendió la otra mano y se apoderó de la fé del pueblo, y así cometió dos atentados contra el poder de la divinidad y contra la fé del pueblo.

La religión judaica, de donde ha tomado tanto la religión católica, mantiene ya estas cosas que encontramos también en los catecismos cristianos, en forma de una curiosa distribución del trabajo.

Recordareis vosotros, si habeis leído la Biblia, aquellos 12 hijos de Jacob, fundadores del pueblo de Israel; pues bien, de ellos, 11 han de dedicarse a la conquista de la «Tierra prometida», han de trabajar en forma

de sostener a las doce tribus, una de las cuales, la de Leví, está excenta de trabajar, porque es la de los sacerdotes!

Jesús, el Cristianismo, pudo y quiso abolir estos privilegios; Jesús se levantó en contra de esto y abolió por completo aquellos privilegios. Los cristianos de los primeros siglos, no tenían autoridades que vivieran del trabajo ajeno; aún los obispos, los propios obispos, hombres ancianos, investidos de poderes por la colectividad, por sus virtudes y por los años, esos trabajan para vivir; viven de la cuestación de sus bienes o trabajan en lo que han ocupado su vida. Los cristianos pobres se reunen en hermandades y los ricos venden sus bienes o los entregan a la comunidad para que sean distribuídos a los pobres; y este cristianismo, señores, no quiere hacer mendigos, sino trabajadores; nada sobre la base de la limosna! ¡El hermano pobre, recibe por derecho lo que el hermano rico le dá!

Cuando pasaron aquellos siglos, cuando el cristianismo se llamó ya catolicismo romano en el siglo IV, en el Concilio de Nicea, se restableció una curiosa determinación para hacer la distribución de aquellos capitales que los cristianos ricos han entregado a la iglesia, *comunión de fieles*, para que esta distribuya esos elementos económicos entre los hermanos, según sus necesidades. Sabeis bien que la iglesia no es ya comunión de fieles, porque ahora hay sacerdotes, y con éstos hay obispos y cardenales que se disputan el papado de Roma, porque de la sencilla república cristiana se ha pasado al papado, y es necesario mantener a los sacerdotes.

Pues bien, he aquí que en el Concilio de Nicea, se hizo esta repartición:

«Los bienes de la iglesia se distribuirán en cuatro partes; la primera, para los obispos; la segunda para las necesidades de la iglesia; la tercera, para los sacerdotes y la cuarta, para los pobres.»

Como veis, ya en el siglo IV la iglesia recoge para sí las tres cuartas partes de lo que pertenece al pueblo y deja a éste la cuarta parte, lo demás irá a formar las bases del capital de la iglesia, del negocio católico, de ese capital que ha de ir a parar donde el papa, que tiene dos mil habitaciones y posee la mayor fortuna del mundo!

Es preciso pensar, es preciso detenerse en la legitimidad de esas tres cuartas partes de la iglesia, porque claro que si los sacerdotes no trabajan, no producen, ¿de donde salen esas riquezas? Pero veamos cómo se desenvuelve ese capital católico.

Con esta base de capital, he dicho que la iglesia empezó sus operaciones mercantiles, pero hay algo muy importante que considerar, algo que había tomado el cristianismo primitivo: los cristianos habían establecido un donativo voluntario e individual para formar el fondo común, no ciertamente para comprar mantos a las vírgenes, ni ricos velos de altar; se destinaba á comprar a los procónsules los cadáveres de los muertos en los

campos o en los martirios, para enterrarlos devotamente. ¡A estos actos piadosos se dedicaban aquellas cuestaciones voluntarias de los cristianos! Los católicos no solamente recogen estas cuestaciones voluntarias, ya los católicos no son muertos ni perseguidos, ahora son los católicos que matan! Entonces esto se aplica también a los bienes y a las necesidades de la iglesiá, y de aquí nacen el *diezmo* y la *primicia*. El diezmo empezó por ser voluntario y acabó por imponerse a la cristiandad: Cuando los cristianos se dan cuenta de que sus dineros no se emplean en actos piadosos, sino en engrandecer determinadas personas de la iglesia. cuando los mismos creyentes que un día se despojaron de su fortuna, ven a la propia autoridad de la iglesia que acusa a los obispos públicamente, de invertir los bienes de la iglesia en cosas pecaminosas, cuando esto sucede, los fieles se niegan a dar la cuota voluntaria, y entonces esta se impone con la excomunión; el papa excomulga a todo el que no entrega el diezmo, y los emperadores imponen penas corporales a los que se niegan al diezmo! Así se arranca el diezmo al pueblo durante siglos y siglos y esta práctica ha dado a la iglesia muchos millones. Y estos millones, señores, han sido arrancados al individuo y a la colectividad, en nombre de dos engaños, dos autoritarismos, la horca y el infierno, el rey y el papa.

Estamos hablando de la legitimidad de esta fortuna. Si cualqueira de nosotros posee un capital, producto de las acumulaciones de su propio trabajo, si cualquiera de nosotros recibe un donativo de un pariente o de un amigo, ese donativo es legítimo; pero si uno de nosotros marcha por un camino y salen dos hombres que le arrancan lo que posee, esos hombres son *salteadores*! Pero en nombre de Dios os arrebatan vuestro dinero, esos que os roban no son salteadores!

Y bien, señores, no soy yo quien lo dice, sino la Historia, el diezmo no fué nunca voluntario, y llegó a tanto, su fuerza y su exijencia, que el pueblo, todos los elementos de trabajo, todos los que en cualquier forma producen, no podían dar un paso sin encontrar con que ese camino le era cortado por la iglesia y por el poder civil.

El diezmo y la primicia se impusieron a todo, al trigo que no podía cortarse sin pagar el diezmo y sin que las primicias fueran para el sacerdote; se impuso en todas las cuestiones de la vida, en todo, en la tierra, en la simente, hasta en la vaca de leche, la vaca que produce unos cuantos cántaros de leche. ¡Esta debe ser llevada al cura, que no sabe ordeñar una vaca!

Entre todos los impuestos, hay uno que causa verdadera revolución en aquellos siglos y fué el impuesto que se llama de *nodal*. Existían en Europa, como existen hoy en América, multitud de terrenos por desmontar, selvas vírgenes en que los hombres iban a ejercitar su actividad, pero antes de entrar, antes de levantar el hacha, la iglesia lo llamaba a cuenta,

debía pagar un impuesto para la iglesia. Este impuesto, señores, detuvo toda manifestación de progreso, porque no sólo se refería a los bosques, sino a muchas otras cosas, hasta a los molinos, que no podían mover sus ruedas sin pagar el impuesto. Todo esto he dicho que llegó a producir verdaderas revoluciones en Europa, que no fué abolido hasta el siglo XVIII y que hizo sentir rebeldes a los pueblos, todo esto que no fué dado a beneficio de los pobres, constituyó un magnífico rendimiento a la iglesia. Y yo quiero preguntar, en lójica y en razón, yo quiero preguntar si el dinero que así ha sido arrancado a los pueblos, de siglo en siglo, sin la voluntad y contra la voluntad de ellos mismos ¿por qué hoy defienden todos esos millones, si pueden legítimamente, las manos puestas sobre el Evangelio, decir que son productos de la iglesia, que forman un capital legítimamente adquirido, o son de procedencia dudosa y obscura?

Los diezmos y primicias no se extienden solamente a los bienes materiales; la iglesia representada por sus monges y sus abades, tuvo el diezmo y la primicia en cosas muy intimas, en lo que afecta ya al honor y a la honra de una familia.

Todos recordareis aquella célebre costumbre que durara siglos, aquel derecho establecido que se llama *derecho del Señor*. Yo trataré de pasar por estas cosas de la manera más suave y más discreta...

Todos recuerdan aquél derecho del Señor, por el cual, la esposa recién desposada del siervo, del individuo de la gleba, del *pechero*, antes de habitar el techo conyugal, quedaba un día y una noche bajo el techo del señor feudal!

Y bien, señores, este derecho lo usufructuaba también el abad; el abad que imponía al pobre hijo de la gleba esta vergüenza Y ese hombre no tiene derecho a ser digno a las caricias de su esposa, porque las primicias pertenecen al señor del castillo o abad! (Una voz de la galería: Aún hoy sucede lo mismo! (Risas).

—No podemos, hablar todos, señores, pero yo trataré de interpretar el sentimiento general...

Y bien, señores, hasta aquí hay un verdadero atentado a la organización del hogar y la familia. Pero la iglesia ha tenido en todas las ocasiones el remedio para esto, y el que tuvo en este caso no podía dejar de ser un impuesto!

El esposo tenía derecho de marchar inmediatamente con su esposa, pero a cambio de una cantidad determinada; no era bastante que el hombre no dispusiese de su honor, debía comprarlo, señores!

Vayamos más adelante. El proletariado actual, el que se siente mal en la vida i reclama más derechos, porque tiene cada día mas necesidades, sabe que hubo un tiempo en que no existía la libertad del trabajo, esa libertad que es la consagración de nuestro siglo democrático!

Los hombres, los individuos, su vida, sus brazos, su trabajo, su voluntad, dependían de un señor. Cuando un padre quería librar de esta esclavitud a su hijo, esto es, hacerle proletario, debía obtener licencia real, y esta se pagaba. Y cuando el rey le concedía el derecho de emplear sus brazos, cuando conseguía ésto, iba a ocupar un puesto como aprendiz, y esto durante 6 o 7 años. Cuando había trascurrido este tiempo pasaba a ser *compañero* y cuando habían pasado otros 6 o 7 años, cuando el hombre había consumido la mayor parte de su vida, se le hacía maestro y podía trabajar por su cuenta.

Pero esto que era una liberación para la esclavitud, que era el primer paso en las conquistas del proletariada moderno, fué también un medio de enriquecer a la iglesia, porque si este proletariado iba de aprendiz a compañero y después a maestro, para emanciparse de la esclavitud, la iglesia en cambio, instituyó lo que se llama la *prestación personal*, esto es, la obligación del trabajador de dar a la iglesia, cuando ella lo pidiese, sus brazos para ser empleados en faenas desempeñadas gratuitamente, por supuesto.

Era en aquel tiempo en que el obrero podia trabajar por su cuenta en determinados días de la semana; la iglesia tenía el derecho de exijir la prestación personal, para levantar la hermita, para ello convidaba a los de los alrededores.

Necesitaba la iglesia levantar un templo, he ahí, pues, los artistas, los pintores, albañiles, que daban su prestación personal, sin que esto costara a la iglesia un solo centavo.

Así se levantaron grandes templos en la Edad Media, grandes propiedades eclesiásticas, lo mismo que pasa en América.

Y así como la iglesia habla de la legitimidad de su fortuna, habla también de la legitimidad de sus templos y propiedades, olvidando que se deben al trabajo de obreros que no fueron remunerados; olvida que esos templos fueron levantados por los obreros de la clase media. Y cuando los Estados, señores, van a quitar esas propiedades, no hacen sino reintegrar a los pueblos lo que es de su pertenencia.

Todo esto de que os he hablado son cosas antiguas; ya no existen diezmos ni primicias, aunque podemos leer la doctrina cristiana «y pagarás diezmos y primicias a la iglesia de Dios»; podía decirse que ya no existen los diezmos y primicias, ni la prestación personal, ni el acaparamiento de las tierras por la iglesia, que esto no interesa a la América, que pasó en Europa.

Pues bien, yo, a pesar de esto, os he de decir que todos esos problemas que han podido presentarse en esos sitios, tienen gran concordancia con América.

He hablado del pasado, señores, pero siempre la delicadeza y el respeto me han impedido hablar del presente del país que me acoje.

A pesar de todo yo he de decir, que en efecto el diezmo y la primicia han sido abolidos en Europa, los abolió Mirabeau, cuando en aquella célebre Constitución francesa, declaró y demostró que el diezmo no constituía la décima parte sino la tercera parte de la fortuna popular, no existe pues el diezmo. En muchos países el Gobierno ha intervenido en las riquezas de la iglesia para beneficiar al pueblo.

Pero lo mismo no podemos decir de America! Aquí existen el diezmo y la protección personal, yo no he de hablar de lo que puede afectàr a Chile, no lo he conocido bien; pero ya que hablo de América he de decir algo que afecta a otros países, y quiero recordar el caso del Brasil. Aquí existen también los grandes territorios acumulados en beneficio de la iglesia y ¿sabeis lo que ocurre?

Hay grandes tierras que desmontar, grandes, inmensos bosques en que el hombre no ha puesto su planta. Pues bien, un hombre o unos cuantos piden al Gobierno el derecho de desmontar. Los pobres obreros exponen su vida, luchan constantemente con las inclemencias de la naturaleza, con todos los peligros de la selva, para dar un beneficio a la colectividad. El dueño paga al trabajador su jornal y nada más, pero en cambio, por una herencia, por esa tradición que llevamos en nosotros desde tiempos muy viejos, el dueño de aquellos terrenos, cuando quiere valorizarlo haciendo plantaciones de café, lo primero que hace es entregar un poco a la iglesia para que esta levante una capilla; el resto lo vende, dejándolo sujeto a *censo.* Y bien así la iglesia da sus tierras. Y bien, sabed que el problema brasilero es grave: hay un sitio en que la propiedad de la iglesia es grande, en San Pablo; aquí tiene tales dominios, que el obispo Campiña recibe 70 contos, como cien mil pesos chilenos, por razón de arrendamientos y tributos de las tierras!

Y comprendereis que no es este caso sólo y no solamente en el Brasil. En México y en toda la América Central, existe la prestación personal; en las grandes ciudades las mujeres van a vestir los altares, y si son ricas a dar sus joyas. Pero la prestación personal se hace en los campos.

El sacerdote sube al púlpito y dice a los obreros que deben venir el domingo a ejecutar las obras de la iglesia, y los hombres no cometen delito; tratándose de la iglesia, no es pecado trabajar en domingo, señores!

Si se tratase de expresar, de difinir punto por punto, todo esto de que me he ocupado esta noche, veríamos con desagrado que si la ley no lo autoriza, la costumbre lo mantiene; que si el diezmo no se paga ya por ley, se sigue pagando en los terrenos americanos por los pobres, los ignorantes de la aldea, porque la iglesia tiene todavía un arma poderosa: la ignorancia de los pueblos, y sobre ella actúa, y no hay hombre que niegue el diezmo cuando hay un sacerdote que lo amenaza con las llamas del infierno!

Este es un problema grave, árduo, importante a resolver en estos paises. No es Europa, es una lucha necesaria, indispensable, que se levanta en todos los pueblos, es la lucha de este siglo que no es de violencia, pero que es de discusión y razonamiento, en que los contendientes ocupan distintas posiciones. Ahí está la iglesia que funda su poder en los millones, esa iglesia que se vé en el papado, que se debate en fiestas paganas, en que el papa sale del Vaticano para ir a la basílica de San Pedro y lleva los mayores brillantes y rubies del mundo.

Bien, señores, yo he visto esto, y he recordado la historia de esos millones, de esas grandes joyas acumuladas, cuando he visto al pueblo confundirse en la gleba, producir en todas las manifestaciones del trabajo, y que no tiene el derecho de vivir del producto de su trabajo; cuando he visto todo esto compendiado en el papa, que levanta las manos para dar su bendición, yo he evocado la figura dél Nazareno, aquel hombre paseaba sus piés descalzos por las calles de Jerusalén, y al mirar al pueblo todo en la miseria y en el sufrimiento, al ver a la iglesia gozar de millones que no le pertenecen, yo he visto en todo aquello no el poder ádquirido por la honradez, he visto la sangre de la humanidad colocada sobre la frente del representante de Cristo!

Es en nombre; señores, de eso que yo he venido a háblaros; no sé ni quiero saber, si muchos o pocos de todos han respondido, pero sé que todos llevan en su corazón la expresión de deseos de bien que yo llevo en el mío y han sabido resdonder con sus sentimientos a mis palabras.

Yo no he traido una idea de odio, ni un densamiento de venganza, po que yo he venido a pedir las miradas de todos para dirigirlas hacia un mal social que existe en América y nó en Europa, y que puede minar el cuerpo social y puede enfermar mortalmente la enérgia americana. Y bien, alguien ha creído que esto no es de la época; pues bien, yo quiero pensar en un médico, que llamado a observar un enfermo que se debate en una afección cancerosa, tapase la parte dolorida y marchase a su casa, diciendo que el enfermo estaba bien de salud. Y el que esto hiciera merecería el castigo y la condenación de los que vemos en la muerte del enfermo la ünica responsabilidad del médico. Y bien, señores, se quiere hechar sobre estas cosas de que os hablo, el lienzo de la hipocresia, para engañar al mundo diciendo que la iglesia esta sana.

Pero, señores, yo he tomado el lienzo lo más delicadamente posible, lo he levantado y he mostrado a vosotros la enfermedad. Vosstros que habeis oído, recordad las palábras del evangelio: *Quienes tengan ojos, que vean y quienes tengan oidos, que escuchen.*

Vosotros sabeis que volverá a taparse otra vez la herida, entonces levantad de nuevo el lienzo y aplicadle la terapéutica de la razón!



Riquezas sin Trabajo

Crítica de la última Conferencia

Describir el cuadro que presentaba la noche del Domingo último el Teatro Nacional, sería casi imposible, porque todo lo que dijera resultaría en extremo pálido comparado con la realidad de los hechos. Era materialmente imposible encontrar el más pequeño hueco entre los asistentes, y eso que frente a las puertas se estacionaban cerca de mil personas que no podían penetrar al coliseo por falta de localidades.

El elemento femenino estaba representado dignísimamente por lo mas selecto de la sociedad santiaguina. En cuanto a hombres, era aquello una verdadera reunión de intelectuales y obreros, de políticos y literatos, comerciantes y rentistas, todas las clases sociales unidas en íntimo consorcio y estrechamente enlazados todos por un sólo anhelo: el amor al *Libre Pensamiento*.

La Razon puede sentirse orgullosa al pensar en la forma cómo todo el pueblo acudió a su llamamiento para presentar el homenaje de admiración a la conferencista, para protestar con su presencia de los insultos que le dirigiera esa plebe clerical y dar un «adios» cariñoso a la que por varias noches nos ha recreado la inteligencia con su armonioso razonamiento.

Nos habló la conferencista de «La iglesia y el Trabajo».

En un principio, la iglesia no significaba lo que hoy; al decirse iglesia, la jente se refería a la comunidad de cristianos, al grupo de hombres unidos por una fe y una doctrina, sujetos todos a las mismas preeminencias y a los mismos derechos. Hoy la iglesia la forman un puñado de hombres que visten un hábito y se acuerdan solo de los fieles... para explotarlos.

En aquellos tiempos, los cristianos trabajaban todos para cada uno, y si es cierto que tenían un fondo común, si es verdad que cada uno dejaba una pequeña parte de su producción en beneficio de la comunidad, no era ciertamente para que nadie viviera sin trabajar, era para socorrer a los indijentes, era para socorrer a los enfermos. Porque, como decía muy bien la oradora, en aquellos tiempos no había pobres; nadie recibía una limosna, porque el menesteroso tenía un derecho a pedir lo que los demás estaban obligados a darle.

Es éste el verdadero principio del Socialismo, que siempre ha existido en la edad antigua; en todas las tradiciones, leyes y costumbres que se conocen de aquella época, el principio de igualdad y equidad que sostiene hoy el Socialismo político, se ejercitaba ya por los pueblos primitivos.

Pero desde que la iglesia se convirtió de reunión de fieles en congregación de sacerdotes, de grupo de cristianos en predicadores y transformistas que hacen del cristianismo una nueva religión en la forma que ántes estudiáramos, y convirtiendo a la iglesia en algo como si digéramos una nación con rey absoluto, en la persona del papa, ministros en forma de cardenales y toda una série de jerarquías con nombres de arzobispos, obispos y sacerdotes, desde que ya en un principio, al dividirse las doce tribus como nos cuenta la Biblia, una de ellas se dedicó al sacerdocio, teniendo las restantes el deber de trabajar para ésta. Todos esos magnates y príncipes del catolicismo no hacen sino explotar al pueblo para vivir sin trabajar.

Porque ¿qué es el trabajo? Ya nos lo decía la elocuente señora: el desarrollo de la intelijencia y la energía del hombre que produce un tanto a sus semejantes a cambio de lo que los demás le rinden en forma de una especie, es decir, que cada uno dentro de los medios que la sociedad le concede, dá a otros el producto de su fuerza intelectual o material, para recibir en cambio una remuneración proporcional y adecuada.

Pero es que cuando la iglesia ha trabajado, no lo ha hecho ciertamente produciendo sino acumulando y, en jeneral, nunca ha rendido un verdadero producto, no ha acatado la ley social necesaria para el equilibrio económico de los pueblos.

Desde entónces, desde que aquella iglesia cristiana se convirtiera en iglesia católica, desde que el grupo de cristianos se convirtió en legión de parásitos, la iglesia no ha hecho sino acumular fortuna sobre fortuna para escarnio de los pobres y menesterosos.

Y nos comparaba la figura del apóstol del Socialismo, aquella imagen de un Cristo descalzo y semi - desnudo recorriendo las calles de Jerusalem repartiendo entre los pobres inválidos o menesterosos lo que exigía con máximas a los ricos, con este otro representante suyo en la iglesia católica, con ese otro Cristo moderno que, envuelto en sedas y pieles, cargado de joyas y ostentando la riqueza más fabulosa del orbe, se sienta

en un trono decorado y pasea su holganza por los palacios más suntuosos de la tierra.

Pero es necesario conocer la historia de aquellas riquezas, y fué así cómo la conferencista nos habló de los diezmos y de las primicias.

Para ello, traigamos a la memoria aquella edad media que parecía haber terminado con la esclavitud sin olvidar que ellos mismos, los mismos obispos y sacerdotes, tuvieron esclavos. Hablemos de aquella edad aborrecible y maldita, de aquella época odiosa que convirtió al esclavo material en esclavo moral, mil veces más escarnecido y deshonrado que ántes.

En los siglos X, XI y XII, aquellos señores abades, que no se conformaban con ser ministros de su iglesia, señores de su convento, sino que eran caballeros feudales que cambiaban el báculo por la espada y el sillón por el caballo, tenían derechos llamados de *corveas*. Estas corveas, reglamentadas ya en el Código Teodosiano, (*Operæ sordidæ*) se clasificaban en servidumbres personales y comprendían jornales prestados por los hombres o los animales que servían en la heredad del señor, el cual tenía derecho a usarlos ya para sí particularmente, ya para el cultivo de sus tierras, conservación de sus bosques, recolección de sus frutos o a título de mano de obra según la profesión que ejercían los individuos.

Pero.... como todas las cosas de esta iglesia... el vasallo podía ofrecer una suma de dinero pára *redimir la corvea*. Y dice Fernando Nicolay (*Lib. 7.º-133*) que los trabajos que más generalmente se exigían eran los surcos de la labranza (*Rigæ*), los arreos de leña, de cosechas, de carbón, de ganado (*Carroperæ*), la mano de obra para el cultivo de los campos, la construcción o reparación de edificios (*Manoperæ*), el cargo de vigilante nocturno (*Vacta*) y de guarda de monte y otros servicios, según las necesidades del señor (*quantum eis injungitur*).

En general, los terrazqueros solo estaban obligados a las corveas durante un número de días limitado; pero llegó un momento, hácia el siglo XI, que no tenían más limitación que la Humanidad y la Justicia del señor, por lo cual los abusos fueron considerables, y Loisel y Lauriere comentan una Jurisprudencia que resolvía la expresión «sometido a corvea a capricho» en el sentido de «sometido a corvea a voluntad razonable», que quería decir «doce corveas al año impuestas como un hombre bueno debe pedirlo (*arbitrio Coni viri*).

Tal cúmulo de corveas en las que el trabajador, cada día más ilustrado y más deseoso de su libertad, solo veía una vejación injustificable, unida a las bochornosas obligaciones que le imponían *las primicias*, hizo comprender al pueblo que ya no correspondían a una protección que sus padres habían necesitado y llegó un momento en que tales gabelas fueron suprimidas a fines del siglo XVIII.

Y ¿qué se podrá decir de *las primicias?* Es algo mucho más deshonro-

so para el pueblo, es algo más inaudito...; sin embargo, existió y de ella se aprovecharon esos hombres que hacen *voto de castidad*.

Pero pasó por alto esta parte del discurso de la conferencista, porque fué demasiado delicadamente tratado por ella y temería yo romper con mis palabras el velo de su discresión.

Pero llegamos a una conclusión respecto al trabajo de la iglesia, que todos pueden deducir: la iglesia, o sean los sacerdotes, nunca han trabajado, nunca han producido, han acumulado riquezas, bienes, fortuna sobre fortuna, a costa de la sangre del pobre, y eso va contra las doctrinas del cristianismo, aún contra lo que sus mismos libros y sus propios apóstoles predican.

El Génesis declara la gran ley del trabajo y obliga a todo hombre a producir, haciéndose útil para ganar el pan, y dice San Pablo: *Si quis non vult operari non manducet.* Si alguno no quiere trabajar, no coma.

Y ellos no trabajan, no trabajaron nunca, y comen, y no solamente comen, sino que viven en medio del mayor lujo, dentro de las mayores comodidades y el boato más escandaloso.

Así vemos que ya en aquel tiempo, en aquel siglo XVIII se alzara el poder real sobre el feudalismo y Luis XIV, cuando escribe para instrucción del Delfín, dice:

«En el estudio de nuestro Estado, *todo nos pertenece* por un mismo título; los reyes son señores absolutos y tienen la libre y plena disposición de todos los bienes que son poseídos, *así por la iglesia* como por los seglares.

Pensad hasta dónde llegaría el abuso de la iglesia, cuando el rey absoluto, el rey déspota, el rey que coadyuvó con toda su pléyade de comerciantes con investiduras de Ministros, a la miseria de todo un pueblo trabajador que más tarde luchara por el pan que los ricos almacenaran y el trigo que el Estado acaparara, se vé obligado a alzarse contra el poder inmenso que de día en día iba acumulando la iglesia.

Pero forzosamente debía llegar el momento de la Libertad, y llegó. Aquellas declaraciones de los Derechos del Hombre hechas por hombres que legaron a la posteridad los primeros albores de un día glorioso para el mundo, en que la libertad individual sea efectivamente un hecho y la Conciencia un código, aquellas asambleas que se reunieron del 12 al 26 de Agosto de 1789, marcaron con letras de oro en el libro de la posteridad estas leyes:

«LA LIBERTAD CONSISTE EN HACER TODO AQUELLO QUE NO PERJUDICA A OTROS.» (Art, 4.º).

Porque cuando se les dijo a los esclavos «sois libres» aquella libertad era sólo relativa, era una libertad de la cual podía disponer un abad de un convento.

«LA LEY DEBE SER LA MISMA PARA TODOS. (Art. 6.o).»

Es decir, no solamente debe aplicarse la ley igual para todosen la verdadera acepción de la palabra, sino que *todos debemos trabajar si todos queremos vivir.*

Y aún dijó algo más hermoso aquella Asamblea:

«NADIE PODRÁ SER MOLESTADO POR SUS OPINIONES, INCLUSO LAS RELIGIOSAS.» (Art. 10).

Este artículo no lo comento, lo traslado sólo al Gobierno de este país, de este Chile que se llama *liberal.*

Y, por último, un hombre que se llamó Mirabeau, un amigo de la Libertad y del pueblo trabajador, presentó a la Asamblea Nacional el 2 de Noviembre de 1789 una fórmula: que decía «Los bienes del clero *pertenecen* a la Nación» y si los jesuítas pudieron combatirla y la hicieron reformar en el sentido que dijera «Los bienes del clero *están a la disposición de la Nación*», el hecho es que como en su discusión dijo ese mismo patriarca del pueblo: «No se trata de tomar los bienes del clero para pagar las deudas del Estado como de contínuo se quiere dar a entender: se puede declarar el principio de la propiedad de la Nación; sin que el clero deje de ser el administrador de esos bienes.»

Y fué así como el 26 messidor año IX, (10 Setiembre 1801) se celebró el concordato en el cual se establece en el art. 13: «Su Santidad, por el bien de la paz y por el felíz restablecimiento de la religión católica (¿?) declara que ni ella ni sus sucesores molestarán en modo alguno a los adquirentes de bienes eclesiásticos enajenados; y que, en consecuencia, la propiedad de estos mismos bienes y los derechos y rentas a ellos ajenos permanecerán inmutables en sus manos o en las de sus causahabientes».

He ahí marcada la era donde comienza el hombre a conocer sus verdaderos derechos y el Estado sus deberes con el pueblo. He ahí donde se establece el ningún derecho que la iglesia tiene a unos bienes que son los ajenos.

Y aquí debemos reconocer la enseñanza que dejó en la Historia aquella Asamblea constituída por eminencias y a cuyas secciones concurrían obispos que no tuvieron suficientes razones que oponer al derecho que reclamaba el pueblo.

Hay que trabajar para vivir. El mismo san Pabló dicen ellos que escribió: «Si alguno no quiere trabajar, no coma».

Esa es la máxima que debemos todos seguir: trabajar y hacer trabajar a esos que acaparan bienes para regalo del papa y de sus ministros, y *el que no produzca, que no coma.*



BELÉN DE SÁRRAGA

Noticias de su vida

Deliberadamente no he querido llamar Biografia a estas líneas, por que en rigor no lo son, ni podrían serlo dada su brevedad; me limitaré en ellas a relatar ligeramente unos pocos incidentes de la vida de propagandista de las doctrinas de Libertad que desde los 16 años viene desarrollando la más gran mujer que ha conocido Chile.

Ninguna vida de mujer más interesante que ésta; a los 40 años no cumplidos de edad cuenta con 24 de intensa labor en beneficio de todos los que sufren alguna tiranía, alguna imposición de conciencia; vida de sacrificios, de privaciones por contribuir al imperio de la Libertad, yo la expongo como el mejor ejemplo que pudiéramos imitar los ciudadanos de estos países en que todas las ideas se conocen falsificadas, por móviles nteresados eniunos casos, por ignorancia del movimiento doctrinario universal siempre.

Tengo la satisfacción de conocer en detalles la vida de esta sublime mujer y en relatarla solamente, sin comentarios, ocuparía un libro mayor que éste; fácil será imaginarse cuán poco diré en la escasas páginas que van a continuación.

Comprendo las deficiencias de mi trabajo, pero me obliga a ello el hecho de no poder demorarse más la aparición de este libro, que el país entero está ansioso de poseer.

Nació Belén de Sárraga en Valladolid el 10 de Julio de 1873, durante la República Española, siendo sus padres don Vicente de Sárraga, ciudadano portorriqueño, y doña Felisa Hernández, española, natural de Valladolid.

Don Vicente era entonces capitán del ejército español, y cinco meses después de nacida Belén, habiéndose restablecido ya la monarquía, recibió del nuevo gobierno el castigo—por ser republicano—de no poder continuar prestando sus servicios en el territorio español, sino en las colonias, y fué enviado a Melilla, más para que lo mataran los moros que para que sirviera a España.

Y allá se dirigió con su familia.

De manera, pues, que ya a los cinco meses de edad Belén de Sárraga, esta gran fulminadora de tiranías, era desterrada de su patria por una monarquía clerical.

Al poco tiempo la familia de Sárraga se estableció en Puerto Rico, hasta que Belén tuvo cinco años, época en que fué enviada a España, para que empezara sus estudios.

Recibió la primera enseñanza en un colegio de Barcelona, ingresando en seguida a la Universidad del mismo pueblo, en donde se graduó de bachiller a los 14 años.

Allí, al mismo tiempo, se tituló de profesora; su afán deaber y ssus ansias de independencia la indujeron a seguir una carrera y elijió la de medicina.

A pesar de este trabajo ya bastante pesado para una niña de 14 años, asistía a diversas clases sueltas, tales como Ciencia Política, Sociología, Historia de las religiones, etc.

Tuvo por profesores, entre otros sabios, al eminente don Francisco de Pí y Margall, Presidente de la República Española, catedrático de Ciencia Polltica y Sociología, y al célebre naturalista Eduardo Benot.

Fué alumna distinguidísima en todos sus estudios y ello se comprueba con el avance que en tan pocos años había realizado.

El venerable Pí y Margall le profesaba entrañable estimación y la llamaba cariñosamente *la chiquita*.

Más tarde, en las luchas de la vida pública, hicieron ambos muchas campañas juntos y a pesar de que habían trascurrido algunos años, el maestro continuó nombrándola *chiquita*, hasta su muerte.

Un incidente que ha quedado memorable en Barcelona, vino á lanzar a Belén de Sárraga en medio del fragor de las batallas doctrinarias y a revelarla como altísima oradora.

Contaba 16 años y hacía 2 que cursaba medicina, cuando un buen día los elementos reaccionarios acusaron al ilustre naturalista Odón de Buen

de predicar desde su cátedra universitaria *ideas disolventes* y pidieron su inmediata separación.

Lo que en realidad hacía el sabio profesor era analizar el cuerpo humano y poner de manifiesto las falsedades que respecto de él cuentan las leyendas religiosas.

Como es natural, los estudiantes se pusieron del lado de su maestro y celebraron innumerables manifestaciones de protesta por el atentado que el clericalismo intentaba.

En una de estas manifestaciones Belén de Sárraga arengó a sus compañeros y a la cabeza de ellos se dirigió a la Universidad a exigir la confirmación inmediata de Odón de Buen en su cátedra.

Y Odón de Buen siguió tranquilamente hasta hoy —esto ocurría en 1889—derramando la luz de su ciencia en el cerebro de la juventud española.

Así apareció en la vida pública esta mujer sin igual: batiéndose denodadamente con el enemigo de la Humanidad, exhibiendo sus propósitos funestos y pulverizando sus intentos con las primeras palabras de su boca de oro.

Muchos éxitos igualmente grandiosos habría de alcanzar más tarde, durante su dilatada vida de luchadora de ideales.

Y aquí viene para mí la parte más difícil, pues desde ese momento hasta hoy la vida de Belén de Sárraga es de contínua actividad, en España y fuera de ella y, francamente, no es posible relatar en tan pocas líneas los innumerables hechos e incidentes de su benéfica labor.

Hay mil cosas que exponer y no tengo tiempo ni espacio para hacerlo.

Procuraré extraer lo más importante de esta gran vida y apuntar solo algunas generalidades.

El incidente estudiantil hizo pensar a Belén que había en su patria muchas tiranías de que eran víctimas los espíritus libres y adoptó el decidido propósito de luchar por la abolición de tales tiranías.

Y dominada por la conciencia de este deber superior, cortó sus estudios y empezó las formidables campañas anti-clericales que le han creado fama mundial.

Por espacio de 20 años ha propagado en España doctrinas de anticlericalismo, de defensa del obrero, de republicanismo; en una palabra, de cuanto signifique libertad y dignificación de la Humanidad.

Desde su entrada a la vida pública no ha habido lucha electoral en España, sin que su palabra y su pluma hayan estado resueltamente del lado de los partidos avanzados.

Y su labor ha producido expléndidos resultados.

Bastará citar el pueblo de Málaga, netamente clerical 20 años atrás, y que hoy elije representantes liberales únicamente.

En Málaga estuvo Belén de Sárraga durante 6 años consecutivos, trabajando incansablemente por su liberación y tanto lo consiguió que ahora existe allí una Asociación del Libre Pensamiento, con TREINTA MIL SOCIOS, entre los cuales se cuentan todos los maestros de escuela y profesores de ambos sexos.

Y esta Asociacion de hombres libres ha conseguido, bajo las inspiraciones de su maestra, la abolición de algunos impuestos, rebajas de otros, y muchas más facilidades para la vida que nunca le dieron los municipios y diputados clericales que en en otros tiempos eligiera.

La incansable propagandista fundó en Málaga el periódico *La Conciencia Libre*, el año 1896, publicación que después se ha editado en Valencia y Barcelona, alcanzando un tiraje de veinte mil ejemplares.

Durante los 6 años de permanencia en Málaga, nó hubo semana sin que organizara un *meeting*, dándose en ocasiones el caso de celebrarse dos o tres por día, cuando había alguna campaña en desarrollo.

Por ese mismo tiempo empezó a tomar activa participación en el Partido Republicano Federal, fundado por Pí y Margall.

Como en aquellas épocas las luchas políticas eran sólo para hombres, hubo necesidad de un acuerdo especial respecto del nuevo y gallardo miembro del Partido y se resolvió, como distinción debida a sus méritos, no considerarla mujer para los efectos de sus derechos dentro del Partido.

Como Libre Pensadora y representante del Partido Republicano Federal, ha recorrido toda España organizando comitées, *meetings*, y toda clase de manifestaciones tendentes al esparcimiento de sus doctrinas.

Su actividad ha sido incomparable, no ha tenido un minuto de reposo y los mil peligros y sacrificios inherentes a una vida asi parece que hubieran estimulado más sus energías y le dieran mayor fuerza y vigor para continuar en el desempeño de la gloriosa y abnegada misión que voluntariamente se impusiera.

En muchas ocasiones ha hablado en manifestaciones celebradas en plazas de toros, como la de Sevilla, donde habló ante 60,000 personas, y siempre sus discursos en estos sitios han terminado con unas cuantas frases pidiendo la abolición de las corridas de toros.

La fuerza de sus convicciones le ha dado un valor intrépido para afrontar todos los peligros, aún aquellos en que podía zozobrar su vida.

Tal ocurrió en Málaga al regresar el general Polavieja, Gobernador Militar de Filipinas, después de la guerra con Estados Unidos.

Acompañó a Polavieja y fué el inspirador de sus más trascendentales actos el obispo Nozaleda, un fanático inquisidor que si sólo de su voluntad dependiera ya habría hecho desaparecer a todos los nó clericales.

Como todos sabemos, eran jefes de los insurrectos filipinos el célebre Aguinaldo, talento militar de primer orden y José Rizal, dos muchachos, el último de los cuales contaba en aquel tiempo 24 años de edad y se había revelado ya un estadista de alto vuelo, un futuro eminente hombre de Gobierno.

Rizal era autor de un libro contra los jesuítas, muy conocido hoy, *Noli me tangere*, (*No me toquéis*) y además masón y libre pensador.

Por haber escrito aquel libro y profesar estas doctrinas, Polavieja, obedeciendo sin duda a Nozaleda, hizo matar a Rizal, perdiéndose así, víctima del espíritu criminal que anima al clericalismo, un cerebro superior.

Terminada la guerra, Polavieja regresó a Málaga y el mismo día de su llegada, Belén de Sárraga organizó una manifestación y poniéndose a la cabeza de muchos miles de personas, llegó hasta las puertas de la casa del Gobierno Civil en que aquel se hospedaba y lo apostrofó llamándolo: ¡ASESINO DE RIZAL!

Fué tal la animosidad del pueblo malagueño contra el ex-gobernador de Filipinas, que éste se vió obligado a huír a Madrid y permanecer en la capital hasta que se calmaran los ánimos.

Su arranque de honrada indignación valió a Belén de Sárraga un proceso *por desacato.*

La vista del proceso le dió oportunidad para una nueva propaganda de sus ideas y una nueva prueba de su carácter valeroso e indomable.

Rechazó ser defendida por abogados y se defendió ella misma.

Según las leyes españolas, el reo en su defensa puede exponer las ideas que quiera y el tribunal, mientras emplee palabras cultas, no puede hacerle la menor observación.

Usando de esta facultad, Belén de Sárraga habló largamente, haciendo el elojio de la Masoneria y llamó hermanos suyos a Rizal y a todos los masones.

Por su defensa brillantísima, conmovedora y convincente, consiguió la absolución del Tribunal.

Belén de Sárraga ha estado procesada innumerables veces, y nunca ha sido condenada.

Publicaba un artículo, pronunciaba un discurso, y la acusación no se hacía esperar.

A veces ha tenido seis o siete procesos simultáneamente.

En cierta ocasión, publicándose *La Conciencia Libre* en Valencia, los clericales se propusieron obligarla a cerrar el periódico y consiguieron al efecto que el juez le fijara una fianza de 3.000 pesetas para ponerla en libertad y continuar después el juicio.

No tenía la ilustre mujer el dinero necesario y a fin de procurárselo

publicó una edición especial de su periódico, consiguiendo reunir las 3.000 pesetas.

Frustrada así la clausura del periódico, se absolvió a su directora, se le devolvieron las 3.000 pesetas de la fianza y con ellas fundó en Valencia una Bibloteca Pública de Obras Libre Pensadoras, que ahora es una gran Biblioteca en la que el pueblo encuentra las obras de todos los grandes hombres de ideas emancipadoras.

Incidentes así hay por centenares en la vida de Belén de Sárraga.

—Pero—se preguntarán los lectores—¿el clericalismo no hacía nada para cortar definitivamente su propaganda?

Sí, el clericalismo no permanecía ocioso en presencia de esta audáz mujer que lo iba desplazando seguramente y en varias ocasiones le aplicó el remedio supremo: trató de asesinarla.

¡La eterna respuesta clerical al razonamiento de los pensadores!

El primer atentado fué en Bilbao, hace 20 años.

Bilbao estaba entonces dominado por el clericalismo y se anunció que doña Belén—así se la nombra cariñosamente en toda España—iba a hablar en un *meeting* anti-clerical que se celebraría en un Frontón situado junto a la iglesia de la clásica virgen de Begoña.

Se celebró el *meeting*, habló doña Belén y al terminar bebió una copa de sidra, obsequio de uno de los oyentes.

La sidra estaba envenenada y la valiente oradora pasó dos días entre la vida y la muerte.

Se conservó su preciosa vida merced a los abnegados esfuerzos del Dr. Conde de Pelayo, en cuya casa se hospedaba.

Poco después, yendo en viaje de Málaga a Linares, para hablar en el Centro Republicano Federal de Montilla, ocupaba ella sóla un departamento en un tren con puertas a los costados.

Iba dormitando y de improviso despertó, en el preciso momento en que un individuo, frente a ella, preparaba la más infame de las puñaladas.

El despertar de la señora desconcertó al criminal, y mas aún cuando su víctima se armó rápidamente de un revólver que siempre lleva a la mano.

Frustrado el crímen, el pícaro se tiró tren abajo, a pesar de la velocidad.

Al regresar doña Belén a Málaga, sus correligionarios la colmaron de manifestaciones de aprecio, y el Centro Republicano le obsequió una medalla con esta inscripción: *A Belén de Sárraga, la primera en el peligro de la Libertad.*

En el mismo pueblo de Málaga recibió un día una pierna de carnero, *homenaje de un admirador.*

Ese día no comió en casa doña Belén y no tuvo, por consiguiente, ocasión de saborear el obsequio.

Pero, comieron de él los miembros de su familia y media nora más tarde estaban envenenados sus dos hijos varones, su abuelo y sus hermanos.

No murieron, por fortuna, las inocentes y casuales víctimas, y por tercera vez el clericalismo vió frustrados sus planes criminales.

Se ha probado ya que el *terrorismo de Barcelona* fué obra clerical, como quiera que terminó con la muerte de dos individuos directores del terrorismo, a quienes pagaban los jesuítas.

Una tarde se dirigía doña Belén por la rambla a tomar un coche y estalló casi en sus piés una bomba.

Por suerte los proyectiles volaron en otra dirección.

Parece indudable que no habrían los liberales y libre pensadores de dispararle una bomba a su compañera, y esta observación señala claramente el origen de aquella.

El quinto y último atentado fué el año anterior en México.

Tenía anunciado para un día determinado un viaje a otro pueblo, en tren noturno.

Emprendió el viaje y en mitad del camino voló un puente en el momento mismo en que el tren terminaba de pasarlo.

Bien puede asegurarse que Belén de Sárraga va por el mundo jugándose la vida a cada momento, pues el clericalismo no conoce más castigo que la muerte para los que contrarian sus planes.

Doña Belén conoce este peligro, habla de él, pero puede más en ella el amor al ideal que su propia conservación, y con un altruismo de que hay pocos ejemplos en estos tiempos de mercantilismo, sigue adelante en su noble y redentora misión.

¡Santo apostolado cuyo ejercicio en Chile debemos agradecerlo como un bien inapreciable!

Gran figuración ha tenido también Belén de Sárraga en los Congresos del Libre Pensamiento celebrados en París, Roma, Ginebra y Buenos Aires, en los años 1900, 1902 1904 y 1906 respectivamente.

A estos Congresos concurren delegados de todas las naciones en que el Libre Pensamiento está organizado en Asociación y en ellos se hace un balance de su marcha y se estudia y resuelve la mejor manera de realizar los fines que persigue.

La dirección suprema del Libre Pensamiento reside en París, donde funciona permanentemente un Comité Federal de la Organización Internacional del Libre Pensamiento, que se halla en comunicación constante con todos los paises.

El primer Congreso del Libre Pensamiento se reunió en Bélgica hace 30 años y asistieron a él más o menos 100 delegados; al de Roma, celebrado 21 años más tarde, concurrieron 5,000 delegados, todos represen-

tando a varias asociaciones: doña Belén llevaba la representación de 300 sociedades españolas.

Estos Congresos ejercen enorme influencia en la vida doctrinaria de las naciones; el clericalismo debe a ellos la pérdida de muchas formidables posiciones.

Baste saber, para apreciar la importancia de estas reuniones, que del Congreso de Ginebra, en 1900, fueron miembros *43 diputados franceses* que en una de sus sesiones hicieron el juramento solemne de trabajar incansablemente en el Parlamento de su país por conseguir la extirpación del clericalismo en la República Francesa.

Cuatro años más tarde Francia se veía enteramente libre de toda influencia clerical: la enseñanza y la beneficencia en manos laicas y el clero emigrando a América.

Y el año último la Cámara Francesa aprobó una manifestación de confianza al Gran Ministerio que presidía M. Poincaré con......... 3 votos en contra.

A eso se reduce hoy el clericalismo en Francia.

En la consecución de este bello estado de cosas yo concedo una influencia enorme, talvez decisiva, a los Congresos del Libre Pensamiento.

Allí se congregan las más altas mentalidades de cada país: el sabio Berthelot, ya muerto, Sebastian Faure, cuya obra *El Dolor Universal*, es la biblia del anarquismo, sociólogos y políticos como Ferri, Rodrigo Soriano, y miles más así de tanta elevación intelectual.

Actuando entre ellos, Belén de Sárraga alcanzó enorme notoriedad y en el Congreso de Ginebra fué nombrada vice-presidente.

Vino por primera vez a América la ilustre conferencista en 1906, con motivo del Congreso que se celebró en Buenos Aires.

Terminadas las labores de aquella Asamblea, ocupó 7 meses en recorrer todo el territorio argentino, fundando en todas las provincias la Asociación del Libre Pensamiento.

Después regresó a España: en el mismo año 1906 habló en Barcelona en varias ocasiones y meses más tarde se estableció en Montevideo, donde vive actualmente con su abuela y sus dos hijos, Demofilo y Volney, de 13 y 11 años. El mayor de sus hijos eramujer y se llamó Libertad; murió hace algunos años; ahora contaría 16 años de edad.

La jira que actualmente ocupa las energías de doña Belén empezó en Octubre de 1911.

Salió entónces de Montevideo con un itenerario según el cual debía estar de vuelta en 6 meses; lleva ya año y medio y demorará todavía algunos meses más.

Ha visitado, dando conferencias, México, Brasil, Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Costa Rica, Perú y Chile.

Estuvo también, pero sólo con móviles de estudio, en Guatemala y Panamá.

Durante su estadía en Cuba, se debatía en la Cámara de aquel país la cuestión del divorcio.

Los clericales resistían el establecimiento de esta ley fundándose en que *eso fomentaría la inmoralidad.*

A instancias de los elementos liberales, doña Belén dió una Conferencia sobre la materia y con la Historia en la mano probó que la iglesia, doctrinariamente, es partidaria del divorcio; pero, como la iglesia ya no se acuerda de doctrinas, resiste el divorcio con tinterilladas y finje horror por él, aunque reservándose el derecho de provocarlo en muchos casos por medio de las intrigas que el confesonario desparrama en los hogares.

Tal es, incompleta y malamente narrada, la vida de la ilustre mujer que hoy es nuestra huésped y maestra.

De esta vida tan noblemente vivida yo saco una enseñanza: debemos imitarla, sin reparar en los peligros y sacrificios a que personalmente expone el cumplimiento de tan altruistas deberes.

Prescindamos de nuestra vida, prescindamos de cuanto a la persona de cada uno interese, por servir el ideal.

Acordémonos de esos séres de todos los paises, que por amor a la Libertad y al Progreso pasaron la mitad de su vida en las cárceles y la otra mitad en la persecución y hasta murieron trágicamente, pero contribuyendo con su sacrificio al bienestar de los demás.

Así tenemos la obligación de ser todos, así nos enseña a ser esta mujer intrépida que se llama Belén de Sárraga.

¿Resistiremos los chilenos, los invadidos por el clericalismo, el cummiento de este deber?

Me parece que nó.

Hay indicios, hay un principio de despertar que hace concebir la esperanza de que pronto aparecerá una bella luz en el Oriente.

Y para terminar, lanzo la idea de que, como medio de hacer algo práctico, se funde en este país la *Asociación del Libre Pensamiento de Chile.*

No se ocuparía absolutamente de política y formarían en ella personas de todas las nacionalidades, sexos y partidos, mancomunados por el deseo de combatir al enemigo de la Humanidad: el clericalismo.

Corresponde a los séres de caracter, intelectualidad y desinteres llevar al terreno de los hechos la idea que me atrevo a proponer.

CARLOS RIVERA.

Santiago, Abril 10 de 1913.